



# Navidad con el príncipe



EMMA WINTER y  
ELLA VALENTINE

# Navidad con el príncipe

Emma Winter y  
Ella Valentine

1ª edición noviembre 2021

Copyright © Emma Winter y Ella Valentine

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

# Índice

[Prólogo](#)

[1](#)

[Frederick](#)

[2](#)

[Belle](#)

[3](#)

[Frederick](#)

[4](#)

[Belle](#)

[5](#)

[Frederick](#)

[6](#)

[Belle](#)

[7](#)

[Frederick](#)

[8](#)

[Frederick](#)

[9](#)

[Belle](#)

[10](#)

[Belle](#)

[11](#)

[Frederick](#)

[12](#)

[Belle](#)

[13](#)

[Frederick](#)

[14](#)

[Belle](#)

[15](#)

[Frederick](#)

[16](#)

[Belle](#)

17

**Frederick**

18

**Belle**

19

**Frederick**

20

**Belle**

21

**Frederick**

22

**Frederick**

23

**Belle**

24

**Frederick**

25

**Belle**

Epílogo

**Anuncio real**

# Prólogo



## **Nacen los príncipes de Snowberg la noche de Navidad**

*25 de diciembre*

Su Alteza Real la reina Eda ha dado a luz esta madrugada a sus mellizos, mediante parto natural, una semana antes de lo previsto. Sobre las cuatro de la tarde, antes de la tradicional cena de Navidad en el Palacio Real, la reina rompió aguas, iniciándose así el protocolo previamente acordado con los servicios médicos. El parto duró 13 horas y fue asistido desde palacio. El primero en nacer fue Frederick VI, quién pasó a ocupar el primer lugar en la línea de sucesión al Trono; la princesa Angela nació pocos minutos después, ocupando el segundo lugar.

El rey Frederick V compareció ante la prensa alrededor de las seis de la mañana visiblemente nervioso y emocionado para ofrecer los primeros detalles del nacimiento. El príncipe Frederick VI pesó 3,150 kilos y midió 49 centímetros. La princesa Angela pesó 2,800 y midió 47 centímetros. Tanto los mellizos como la reina gozan de buen estado de salud. “La reina Eda y yo estamos felices, radiantes. Frederick y Angela son el milagro navideño más bonito que le puede ocurrir a nadie”. Frederick V explicó que estuvo con su esposa en todo momento y que él mismo cortó los cordones umbilicales de los pequeños siguiendo las indicaciones del doctor.

Su majestad señaló que su hijo varón lleva su mismo nombre para seguir con la ancestral

costumbre. “Me gusta pensar que un nuevo Frederick reinará Snowberg con la misma honestidad y generosidad que sus antecesores”. Respecto a Angela, contó que se barajaron varios nombres. “Pero nos decidimos por Angela por el valor sentimental que tiene este nombre para la reina Eda, en honor a su amiga más querida a la que perdió de forma inesperada hace unos meses”.

Frederick VI y Angela llegan después de una década de búsqueda por parte de los reyes. En una entrevista concedida para anunciar el embarazo, la reina relató el infierno sufrido durante aquellos años en los que llegó a pensar que era infértil y que nunca sería bendecida con la dicha de la maternidad.

Eda no tuvo un embarazo fácil. Según fuentes allegadas a la reina, nunca cesaron las náuseas ni los problemas estomacales, por lo que tuvo que pasar largas temporadas en reposo sin poder acompañar a su marido en sus obligaciones reales.

El nacimiento de los príncipes se produjo durante una de las nevadas más intensas de las últimas décadas. Según las leyendas locales, nacer durante una tormenta de nieve es símbolo de fortuna y prosperidad, como el rey recordó antes de despedirse de la prensa para regresar junto a su mujer y sus hijos.

NOTICIA PUBLICADA EN *SNOWBERG NEWS* HACE 30 AÑOS

# 1



## Frederick

*25 de noviembre*

El príncipe Frederick VI de Snowberg era conocido por muchos motivos. Era conocido, por ejemplo, por ser un gran comunicador. Frederick siempre sabía lo que tenía que decir para ganarse a su interlocutor. La prensa lo adoraba, las mujeres caían rendidas a sus pies y los hombres lo admiraban. También era conocido por su impactante atractivo. Frederick era un hombre alto, de cuerpo atlético, espaldas anchas, facciones varoniles, cabello cobrizo y ojos tan azules como un cielo invernal. Encabezaba la lista de príncipes más atractivos del mundo y su magnetismo carismático y su porte aristocrático lo habían convertido en uno de los hombres más deseados de todos los tiempos. Otro motivo por el que Frederick era conocido era por su fama de libertino y vividor. Se decía de él que había dejado centenares de corazones rotos a su paso, que había participado en un sinfín de orgías y fiestas y que no tenía intenciones de comprometerse a corto plazo, aunque todo esto no eran más que rumores imposibles de constatar, pues si algo sabía hacer Frederick era hacerlo todo bajo estricta confidencialidad. Eran muchos los motivos por los que Frederick VI de Snowberg era conocido a lo largo y ancho del mundo, sin embargo, la puntualidad no era uno de esos motivos.

—Te lo juro por todos nuestros ancestros, Frederick VI de Snowberg, como tu culo real no aparezca aquí en menos de cinco minutos y me vea obligada a sustituirte contra mi voluntad una

vez más, prometo explicarles a todos los presentes que tu película favorita a tus 30 años de edad sigue siendo *El rey león*. —La voz de Angela sonaba muy enfadada al otro lado del hilo telefónico. Frederick, sentado en la parte trasera de un vehículo oficial, suspiró pesadamente. Después de dos trasbordos y más de 24 horas de vuelo en el que apenas había podido descansar y en el que había bebido más de lo aconsejable, la voz de aguda de su hermana le martilleaba la cabeza.

—Estoy de camino. No sé a qué viene tanta hostilidad, hermanita. Dile a los de protocolo que atrasen el encendido hasta que llegue. Por otro lado, tu amenaza no me preocupa lo más mínimo. *El rey león* es una gran producción cinematográfica.

Angela bufó y Frederick, a pesar de no poder verla, supo que había puesto los ojos en blanco. Angela no era para nada una persona huraña y malhumorada, como se mostraba en ese momento, al contrario. Angela de Snowberg era de carácter dulce y reservado, y no solía perder los nervios casi nunca. Excepto cuando Frederick hacía una de las suyas y ella tenía que pagar las consecuencias. Entonces dejaba de ser el ser angelical que era y se convertía en un diablillo ansioso por arrancarle la cabeza.

Frederick sabía que llegar tarde al encendido de luces navideñas al que había prometido asistir era una falta de respeto enorme para el pueblo al que representaba, pero él no tenía culpa alguna de que el vuelo hubiera llegado con horas de retraso. Puede que sí que hubiera sido culpa suya posponer su regreso a Snowberg una semana más por culpa de cierta diplomática japonesa que lo había retenido más tiempo del debido en su paso por París, pero las cosas habían salido así, no las había programado.

—Una hora, Frederick. Ese es el tiempo que llevamos esperando. Está nevando, hace frío y la gente está empezando a marcharse.

Una punzada de culpabilidad lo atravesó. Pero fue una punzada pequeña. La realidad era que en menos de un mes Frederick VI dejaría de ser príncipe para convertirse en rey, pues su

padre, su Alteza Real Frederick V deseaba abdicar, y, entonces, su vida estaría tan cargada de responsabilidades y obligaciones que se había tomado aquellas últimas semanas como una especie de despedida de su antiguo yo.

Colgó la llamada asegurando a Angela que llegaría a tiempo y fijó la mirada al otro lado de la ventanilla, donde la ciudad de Snowberg, la capital del reino apareció hermosamente enclavada entre montañas altas y nevadas. El manto de la noche se cernía sobre la ciudad ahora iluminada por las luces de las casas, los comercios, las farolas y los coches. Tras dejar atrás la carretera que estaban transitando, accedieron al municipio y se adentraron en sus calles. Frederick se fijó en las guirnaldas de luces navideñas que colgaban por todas partes y que permanecían apagadas a la espera de que él diera su discurso inaugural, lo que marcaría el inicio de la temporada navideña en la ciudad y el reino. Los techos a dos aguas de las casas típicamente alpinas estaban cubiertos con nieve cuajada, igual que las copas de los árboles y los salientes de los edificios, algo que daba al lugar un aspecto mágico que parecía sacado de las típicas postales navideñas que vendían en los estancos. En aquel instante, nevaba, y pequeños copos de nieve danzaban en el aire perezosamente hasta alcanzar la superficie más próxima.

No tardaron en cruzar el centenario puente de piedra que atravesaba el río Eis hasta llegar al Casco Antiguo y a la Plaza del Ayuntamiento, frente a la cual el chófer estacionó el vehículo. En el mismo centro de la plaza adoquinada se alzaba el majestuoso árbol navideño de Snowberg, que sobresalía a pesar de la muchedumbre, y que estaba decorado con bolas plateadas y espumillón azul. Aquel árbol se había convertido en los últimos años en uno de los símbolos navideños más importantes del reino.

Frederick se colocó el abrigo de paño negro sobre la ropa, salió del coche acompañado por sus dos guardaespaldas y se abrió paso ante la multitud hasta llegar a la tarima que habían dispuesto junto al árbol. Sobre la tarima había un atril y, tras esta, la bandera ondeante de Snowberg, una bandera de tres franjas horizontales de color blanco y azul.

—Por el amor de Dios, Frederick, al menos podrías haberte afeitado. —Ángela lo abordó

desde su derecha y lo llevó hacia uno de los laterales acordonados por el equipo de seguridad. Allí habían dispuesto un pequeño campamento donde se aglomeraba el grupo de trabajadores del palacio.

Angela de Snowberg era una mujer menuda, de facciones delicadas y expresión dulce. Su cabello rubio, herencia materna, estaba arremetido bajo un grueso gorro de lana negro con borla en la parte superior, a conjunto con el abrigo y las botas de pelo. En contraste, una enorme bufanda blanca enrollada sobre su cuello le tapaba parcialmente la cara, lo que hacía que sus ojos azules, que en aquel momento lo miraban desaprobatoriamente, destacaran de forma poderosa.

—He venido directo del aeropuerto. No he tenido tiempo para nada.

—Ya lo veo. Menudas pintas de “recién salido de un avión” que llevas, querido. Dime que al menos has preparado el discurso. —Angela lo miró con desconfianza.

—¿Qué discurso? —lo provocó él con una sonrisa de medio lado.

—¡¡Frederick!!

—Tranquila, hermana, lo tengo todo controlado. —Le guiñó un ojo.

Era mentira. Por supuesto que era mentira: no tenía nada controlado. Pero eso no importó. En cuanto Frederick subió al escenario frente al atril e hizo su discurso, las palabras fluyeron de su boca mágicamente, como siempre. Dijo al público lo que quería oír como el encantador de serpientes que era y, al terminar, una oleada de aplausos y ovaciones lo envolvió engrosando un poquito más su ya enorme ego.

—Y ahora, por favor, demos comienzo a una de las fechas más mágicas del año. Que la Navidad ilumine las calles de Snowberg y la vida de sus ciudadanos. —Alzó las manos, miró al técnico encargado de conectar las luces y en pocos segundos las guirnaldas navideñas que colgaban en árboles, farolas, postes y fachadas de la ciudad, se iluminaron, y una versión instrumental de *Here Comes Santa Claus* empezó a sonar por los altavoces.

\*\*\*

Un poco más tarde, Angela insistió en compartir el vehículo oficial para regresar a palacio. Tras quince minutos de trayecto, Frederick lamentó haber accedido a ello:

—Eres un irresponsable, Frederick VI de Snowberg. Te marchaste de viaje sin avisar y regresas más tarde de lo previsto. Va siendo hora de que madures.

—Solo he estado fuera unas semanas.

—¿Que solo has estado fuera unas semanas? ¡Vas a convertirte en rey en un mes! ¿Crees que este era el mejor momento para marcharse a recorrer el mundo? ¿Con todo lo que hay que preparar para el gran día?

Frederick levantó las manos mostrando sus palmas como si Angela estuviera apuntándolo con un arma.

—Perdona por querer tomarme un descanso de mis obligaciones reales.

—¿Crees que a mí no me apetece tomarme un descanso también? Me he pasado las últimas semanas sustituyéndote en toda clase de actos y eventos, y eso sin contar los míos propios. Estoy cansada, Frederick, muy cansada. Porque, además, yo no tengo tu don de palabra. Cada vez que hago un maldito discurso tengo que aguantar luego las comparaciones odiosas contigo en las que siempre salgo perdiendo.

Podía ver en la mirada de Angela que aquello le causaba un gran malestar. Su hermana, al contrario que él, era reservada e introvertida. A ella le gustaban los números, las cosas intangibles, no las palabras, por ello se había doctorado en Física. Se le daba bien representar el papel de princesa dulce y adorable que le habían impuesto, pero lo hacía con pesar.

—Lo siento, Angela, tienes razón, pero necesitaba airearme un poco antes de la coronación. En cuánto me convierta en rey, mi vida, tal como la conozco, va a terminar.

—Lo dices como si eso fuera algo malo.

Frederick se encogió de hombros y se fijó en la silueta del Palacio Real que apareció recortada a lo alto de la montaña que estaban ascendiendo por una serpenteante carretera. El palacio de Snowberg se situaba en una de las montañas que rodeaban la capital, a varios kilómetros de distancia.

—No es malo, solo... distinto. Y necesitaba prepararme para ello.

Angela asintió como si quisiera decirle con aquel gesto que entendía lo que quería decirle. Frederick quería ser rey, había sido educado y preparado toda su vida para ello, pero ser rey era un trabajo exigente y lo sabía.

—Bueno, no te preocupes, aún tienes un mes para hacerte a la idea. —Frederick asintió—. Además, mañana llega Belle Caruso a Snowberg, seguro que su estancia en palacio te ayuda con eso.

—¿Qué? —Frederick parpadeó, desconcertado—. ¿Quién dices que llega mañana?

—Belle Caruso.

—¿La *influencer* estadounidense?

Angela asintió despacio y Frederick la miró boquiabierto. Puede que él no tuviera redes sociales, pero sabía perfectamente quién era Belle Caruso, una chica insoportable, pija y tonta que se pasaba media vida subiendo fotos y videos en Internet mostrando todo lo que compraba, las fiestas que se pegaba o los viajes que hacía gracias al dinero de su padre millonario. Su popularidad era tal que había conseguido pequeños papeles en series y películas del momento.

—Hace una semana papá tuvo una reunión con el gabinete de comunicación real y le sugirieron contratar a Belle para acompañarte durante tus últimas semanas como príncipe antes de la coronación. Dijeron que era una buena manera de aumentar tu popularidad. Todo el mundo adora a Belle.

—La gente también me adora a mí.

—Eso es cierto, pero no cómo deberían... —Al captar la forma en la que Frederick la miró sin comprender, Angela añadió—: Las mujeres quieren acostarse contigo, los hombres quieren ser como tú, pero ninguno de ellos te cree capaz de gobernar este país.

Las palabras de Angela cayeron como un cubo de agua helada sobre su cabeza. ¿Sería eso cierto? ¿Los ciudadanos de Snowberg no lo veían capacitado para ser rey? Y, en caso de que eso fuera cierto, ¿cómo demonios una niña tonta como Belle Caruso sería capaz de cambiar eso?

## 2



## Belle

*26 de noviembre*

Increíble, pensó Belle Caruso mientras observaba los picos de las montañas de Snowberg. Si de pequeña le hubiesen dicho que existía un lugar donde todo parecía un cuento de hadas no lo habría creído. Habría deseado que fuese cierto, por supuesto, porque Belle era soñadora por naturaleza, pero su mente infantil no habría logrado imaginar la belleza de un lugar como el que veía a través de la ventanilla del avión. No eran solo las altas montañas nevadas, o la sensación de frío y cobijo que ofrecía la estampa. Eran las casitas alineadas alrededor de la montaña y el castillo. Dios, el castillo era un maldito castillo de ensueño. Las altas torres puntiagudas y circulares, las cientos de ventanas que podía ver, o quizás no fueran tanto pero lo parecían. ¡Casi podía imaginar a Cenicienta en él!

Torció el morro. En realidad, eso había sido una fantasía suya. Probablemente su niña interior tendía a pensar que era mucho mejor una Cenicienta simpática, amable y humilde que una familia real de verdad, con su rey, su reina y sus príncipes. Volvió a mirar las anotaciones que había hecho después de que le confirmaran su misión y se centró en la ficha del príncipe. Frederick VI de Snowberg era guapo, eso era indudable, y también sabía comunicarse con su pueblo. Había visto no uno, sino varios discursos los días previos a su viaje para saber a qué tipo de persona se enfrentaba.

En realidad, las conclusiones no habían sido muchas. Frederick decía las palabras correctas en los sitios correctos y eso estaba bien, pero había una parte completamente rebelde de él que, a Belle, y aunque no quisiera, le fascinaba. Era uno de sus muchos defectos (aunque jamás admitía tener tantos frente a sus conocidos). Tendía a quedarse prendada de los hombres un tanto canallas. Oh, nada demasiado exagerado, tampoco. No es que le gustara que la trataran mal ni nada de eso. No, era simplemente que le hacían gracia los hombres con la suficiente picardía como para meterse en follones y salir indemnes de ellos. Frederick vivía entre faldas, era obvio, pero sin embargo se las había ingeniado para que ninguna amante resentida hiciera una entrevista pública. Claro que, en parte, esto podía deberse al tremendo respeto que el pueblo tenía por sus padres, el rey Frederick V y la reina Eda. Al parecer, el pueblo pensaba que debían perdonarle todo al principito solo porque sus padres gobernaban con amor y respeto al pueblo. En cambio, el príncipe tomaría el mando en apenas un mes y no era una, ni dos, las encuestas que decían que el pueblo no confiaba en él para esa labor. Caía bien, era zalamero y podía salirse de los embrollos empleando simpatía y buen talante, pero eso no era suficiente para gobernar a un pueblo.

Su trabajo, por increíble que pareciera, era limpiar su imagen hasta el punto de conseguir que la gente no pudiera esperar ni un segundo más para tenerlo como rey. Parecía un trabajo arduo, y lo era, pero en realidad Belle no estaba tan asustada por eso. Estaba acostumbrada a moldear las apariencias. Lo había hecho con ella misma, se había convertido a sí misma en un producto, había convencido a todo el mundo de que no era más que una niña pija y tonta dándose la vida padre y había recaudado los beneficios del papel que interpretaba con una sonrisa ladina y más inteligencia de la que podrían demostrar muchos de los altos cargos de empresas multinacionales.

—Casi puedo ver el humo saliendo de tus orejas, cariño. —A su lado, Nolan, su amigo y fiel escudero sonreía y señalaba la ventanilla con cierta desgana—. ¿Crees que podré follar sin congelarme el culo?

Belle soltó una carcajada. Cualquiera que los oyera llegaría rápido a la conclusión de que

ellos estaban juntos, pero no era así. Belle había conocido a Nolan en una circunstancia un tanto especial y, desde esa noche, pasó a ser la única persona digna de su plena confianza. La única. Belle no contaba sus problemas, preocupaciones, alegrías y confidencialidades a nadie, salvo a Nolan Lewis. Y lo hacía por la sencilla razón de que estaba convencida de que Nolan se dejaría matar a cuchillazos antes que soltar algo que la comprometiera. Y era así porque el propio Nolan se había sentido salvado al encontrarla. Aunque no tanto como ella...

Dejó de lado aquellos dolorosos recuerdos y volvió a centrarse en su amigo, sombra, guardaespaldas y fotógrafo personal.

—Creo que deberías comprar calzones térmicos.

—¿Calzones? ¿Cómo esos que se ven en algunas pelis y se sujetan con tirantes?

Belle soltó una carcajada.

—Más bien me refería a dejar de usar calzoncillos de esos tan apretados que usas. No entiendo cómo no te has quedado estéril, es imposible que algo tan apretado sea cómodo.

—Necesito mantener a salvo la mercancía, cielo, ya lo sabes. Eso y que me empalmo tan a menudo que sería un cante ir por ahí con todo levantado.

Pese a estar viajando en primera clase y, por lo tanto, tener cierta distancia entre los asientos, Belle vio a la señora que iba justo delante removerse inquieta en su asiento. No podía culparla. Nolan era, a todos los efectos, un chico malo. El único del que Belle nunca podría enamorarse, por desgracia. Solía vestir pantalones tan rotos que se reía de él, porque creía que debería pagar menos por ellos, teniendo en cuenta el montón de tela que faltaba. Tenía una cazadora de cuero que no se quitaba salvo cuando el calor era sofocante y no sabía lo que era un abrigo de paño, lo que sería un problema en Snowberg. Belle se lo advirtió mientras hacían las maletas pero Nolan se empeñó en que él con una camiseta térmica, un jersey y su cazadora estaba más que listo para enfrentarse al frío del reino. Así lo dijo, con esas palabras, y Belle no lo discutió porque sabía bien que no merecía la pena. Nolan se empeñaría, se saldría con la suya,

ella acabaría con migrañas y, finalmente, para cuando Belle tuviera la victoria estaría tan cansada que apenas le quedarían ganas de discutir. En cuanto comprendió esto, empezó a dejarlo seguir adelante con sus peculiaridades. De este modo, cuando llegaba la hora de regodearse podía hacerlo con toda la energía del mundo. Sí, era algo un poco maquiavélico, pero estaba segura de que su querido Nolan haría lo mismo al contrario.

—Centrémonos, ¿quieres? ¿Qué te parece si repasamos los datos que tenemos de Snowberg? —preguntó Belle.

—Hace un frío de la hostia, tiene un reino con sus reyes, sus príncipes y una princesita con los ojos del mismo tono del hielo que seguramente sea tan fría como uno. Tienen casas, montañas, nieve... ¿Algo más?

Belle rio y sacó movió la documentación frente a sus ojos.

—Al parecer, también tienen un mercado navideño conocido no solo aquí, sino en los alrededores. Hay un museo con una de las más grandes colecciones de Belenes de la zona alpina, un desfile de los Krampus, que no sé bien qué es, y tienen conciertos de música sacra en la iglesia principal. Ah, sí, durante el fin de año tienen música en directo, sorpresas culinarias y un impresionante espectáculo de fuegos de artificiales donde más de 5.000 cohetes iluminarán las montañas.

—Vaya, como el 4 de julio pero en versión Heidi.

—Eres un capullo —contestó Belle riéndose—. No, no es como en Heidi. Estoy segura de que esto es bastante más impresionante que aquella serie.

Justo en ese instante, el piloto del avión anunció por megafonía que comenzaban a ejecutar la maniobra de aterrizaje. Por un instante Belle sintió pánico, no por el aterrizaje, sino por el hecho de estar ya allí. ¿Habría hecho bien en aceptar aquel trabajo? Sabía que era un honor por el que matarían cientos de influencers pero no quería hacer mal su trabajo. Contra todo lo que pensara el mundo entero, Belle era una mujer inteligente y comprometida con su trabajo. No

tuvo tiempo de pensar mucho más, porque las ruedas tocaron la pista y Nolan se incorporó en su sillón.

—Bien, hora de comprobar qué visión gana. Te hago un adelanto: si vemos una cabra al bajar del avión, probablemente gane yo.

Belle soltó una carcajada y no tuvo tiempo de mucho más, porque las azafatas informaron de que, por fin, habían llegado a Snowberg.

# 3



## Frederick

*26 de noviembre*

Belle Caruso llegó a palacio escoltada por un coche de seguridad, según le contaron. Él estaba en la sala principal, sí, en efecto, sentado en su trono. Sabía que podía resultar un tanto pretencioso recibirla así, pero también pensaba que era mejor que se acomodara a aquella visión cuanto antes. En menos de un mes Frederick sería rey de Snowberg y tenía que empezar a comportarse como tal. Aunque no lo dijera en voz alta, las palabras de su hermana causaron quemazón suficiente como para que Frederick, por su cuenta, hiciera algo que no tenía por costumbre: buscar qué se decía de él en la red.

No lo hacía por la sencilla razón de que, lo que escribían sobre él, al final, eran opiniones. Sabía que era un mujeriego y no necesitaba leerlo en las columnas periodísticas. Sabía que se lo tomaba todo con buen humor y tampoco por eso necesitaba buscarse en Google, pero las palabras de Angela calaron y, cuando se encontró con los resultados de las últimas encuestas, no pudo evitar que sus pensamientos se volvieran taciturnos. No sabía por qué sus padres no le habían dicho nada, aunque podía imaginarlo. Por mucho que su padre no estuviera de acuerdo con su estilo de vida, siempre había respetado a Frederick y lo protegía, en la medida de lo posible, de todo lo que pudiera hacerle daño. Aquella actitud podía ser consentidora, sí, pero Frederick sabía que lo hacía desde el amor. Ahora, en cambio, deseaba que se lo hubiera dicho a

tiempo de poner remedio a todo aquello.

Torció el gesto. En realidad, sí se lo había dicho, pero como opinión suya y no del pueblo. Insistía en que se tomara su trabajo en serio, en que no saliera tanto de fiesta y no se acostara con tantas mujeres y le decía que eso no era respetable. Frederick siempre pensó que era la opinión de su padre, no del rey. Se dio cuenta de lo equivocado que había estado y se pasó buena parte de la noche mirando al techo, lo que hizo que su humor al despertar no fuera el ideal.

Las puertas del salón real, de más de tres metros de altura, se abrieron de par en par y la famosa influencer entró acompañada de una mujer que trabajaba para la casa real, pues llevaba el uniforme de falda y chaqueta con el sello bordado en la solapa, y un hombre que probablemente venía con Belle, a juzgar por las pintas que ambos traían.

No es que estuvieran mal vestidos, bueno, al menos ella, pero venían de un mundo muy distinto y se notaba. Mientras Frederick vestía un traje de chaqueta hecho a medida con las condecoraciones que había ganado a lo largo de los años (y que solo se puso para impresionar a la influencer) ella llevaba un vestido fucsia por encima de las rodillas, con vuelo, manga larga y una diadema haciendo juego. Estaba preciosa, porque era preciosa, pero en opinión de Frederick, debería usar colores que fueran más con su rostro dulce y armonioso. Tenía el cabello castaño oscuro y muy liso, aunque supuso que lo había peinado así adrede. Era largo y bonito, sobre todo en contraste con su piel pálida y sus ojos azules. Tan azules como el cielo de Snowberg en un día despejado. Lucía una sonrisa confiada y caminaba con seguridad, lo que era de respetar, porque sabía que mucha gente temblaría por el simple hecho de estar ante un futuro rey. Casi parecía que no estuviera nerviosa, pero Frederick se había fijado en que se sujetaba las manos por delante del regazo, probablemente en un intento de ocultar su expectación.

A su lado, un chico con cazadora de cuero y pantalones con rotos por todas partes camina con los pulgares en los bolsillos y mirando los techos abovedados, como si no pudiera creer que este lugar sea real. Parecía escéptico y un tanto chulo, pero no era un problema para Frederick. Podía manejarlo y lo haría.

Observó a sus padres, que estaban a un lado, en el centro y en los tronos más altos, y al otro extremo a Angela, a la que apenas logró ver el perfil. No pudo calcular cuáles eran sus expresiones porque la trabajadora tomó la palabra.

—Majestades —hizo la reverencia pertinente y señaló a la influencer—. Les presento a Belle Caruso, influencer y la persona encargada de llevar a cabo la labor para la que ha sido contratada.

Para sorpresa de Frederick, Belle hizo una reverencia perfecta, al contrario que su acompañante, que apenas inclinó la cabeza. Sí, definitivamente estaba dispuesto a poner las cosas difíciles.

—Es un auténtico honor servir a la corona —murmuró Belle con un tono de voz tan dulce que Frederick sonrió.

Era guapa, era educada y era dulce... pero no la creía. Se preguntó cuánto de Belle Caruso era pura fachada. Y no es que se lo preguntara porque sí, sino porque él mismo era una fachada en sí mismo y no tenía ningún interés en dejar de serlo. Y cuando su padre comenzó a entrevistar a Belle y a dejarle claro cuál era su trabajo, Frederick se convenció aún más: sería encantador en todo momento, pero si Belle quería captar la vida de un príncipe iba a tener que ponerse las pilas, porque no pensaba colaborar demasiado. Sería educado, por supuesto, y amable, un príncipe perfecto, pero también un príncipe muy muy muy ocupado y esquivo, razón por la que, apenas pasaron diez minutos, se levantó y se disculpó con los presentes.

—Había quedado en que montaría a Copo un rato antes de comer. Belle, un placer haberte conocido, nos veremos.

—Pero, alteza...

No la dejó acabar. Salió de la sala y la dejó allí descolocada, posiblemente pensando que era difícil plasmar la vida de un príncipe... sin el príncipe, lo que divertía de un modo curioso a Frederick.

Montó a Copo, su caballo desde hacía años llamado así porque era blanco como un copo de nieve. Lo llevó hacia las montañas y solo cuando estuvo tan mimetizado con el ambiente que supo que poca gente lo vería, se permitió pensar en lo mucho que cambiaba la estancia de Belle su vida. Él, que quería aprovechar los últimos días antes de su coronación para exprimir la vida al máximo, se veía atado por una influencer que pretendía retransmitir su vida a sus millones de influencer sin ningún tipo de escrúpulo. No sabía si sus padres habían puesto algún tipo de límite, pero en cualquier modo era insultante que pretendieran convertir su vida en un reality.

Observó la ciudad de Snowberg rodeando la montaña, con las luces encendidas y la suave nieve que comenzó a caer de nuevo. Acarició el lomo de Copo y casi le pareció oír un villancico de los que sonaban constantemente por el hilo musical. Adoraba a Snowberg. Quería reinar, estaba completamente seguro, pero también quería vivir su vida sin que le impusieran constantemente cada acto del día. No soportaba la idea de acostarse y levantarse con cada hora del día coordinada y ocupada por personas ajenas, porque él ni siquiera llevaba su agenda.

¿Acaso no era eso ser un muñeco?

Quiso pensar que no tenía por qué ser así. Sus padres habían conseguido crear una familia de verdad dentro del reino, pero sus padres se amaban y se tenían el uno al otro para refugiarse en casa, en la cama y, en general, en los momentos malos. Frederick no tenía a nadie, porque no se veía a sí mismo confesando esos pensamientos a sus padres o a su hermana y no podía confiar en nadie lo suficiente como para contarle que a veces sentía que se ahogaba.

No soñaba con abandonar Snowberg, sino todo lo contrario. Quería ser rey y quería ser uno bueno, pero no quería renunciar a la diversión, ni el sexo. Y por Dios, no quería renunciar a ser algo más que una corona con patas.



## Belle

*26 de noviembre*

Belle Caruso sabía muy bien como enamorar a la cámara. Tumbada sobre la enorme cama con dosel de la enorme habitación que le habían ofrecido ocupar en palacio, Belle miró al objetivo del teléfono móvil con el que Nolan la estaba apuntando con una sonrisa en los labios. Era una de sus sonrisas estudiadas, con las comisuras de los labios ligeramente subidas y mirada de niña buena que nunca ha roto un plato. El vestido que llevaba se le había subido un poco por los muslos, pero no lo suficiente como para parecer vulgar ni provocativa, sino sexy y evocadora. Para Belle, representar el papel de niña de papá tonta y consentida era tan fácil como respirar, algo bastante irónico teniendo en cuenta que su historia personal distaba mucho de la que había inventado.

—Vale, yo creo que con esto tenemos más que suficiente. —Nolan se acercó a ella y le tendió el teléfono móvil de última generación para que examinara las fotos que acababa de hacerle. Belle fue pasando las imágenes una a una hasta dar con la ganadora. A pesar de que todas se parecían entre sí, esa en particular le parecía excepcionalmente buena: el ángulo, su expresión, la iluminación...

—Esta. Sube esta con el hashtag que acordamos para las próximas semanas: #Navidadconelpríncipe.

—Yo sugiero hacer una pequeña variación: #Navidadconelpríncipecapullo, creo que ese hashtag refleja mejor la realidad.

Belle reprimió una sonrisa.

—Nosotros no reflejamos la realidad, nos dedicamos a adornarla, ¿recuerdas?

Nolan asintió con una sonrisa burlona, se sentó a su lado en la cama y deslizó con rapidez sus dedos por la pantalla del móvil. Tras escribir un texto para las redes sociales dejó que Belle lo leyera para darle su visto bueno y lo subió a todas sus cuentas.

Poco antes, al llegar a la habitación, había hecho un *stories* para Instagram mostrando cada rincón de aquel lujoso sitio lleno de muebles de madera noble y diseño renacentista. Lo había hecho fingiendo sentirse maravillada ante tanta opulencia, pero lo cierto era que todo aquello le parecía demasiado... demasiado. No era para nada su estilo. A Belle le gustaba la decoración moderna, sencilla y práctica, y aquellos muebles de diseño intrincado carecían de todo eso. Era una experta disfrazando la realidad, no cabía duda. Y también era una experta fingiendo. Nolan, en broma, le solía decir que en lugar de *influencer* tenía que haberse convertido en actriz porque actuaba a las mil maravillas. Y no le habían faltado ofertas para ello. Sin ir más lejos, unas semanas atrás le habían ofrecido interpretar el papel protagonista de una comedia romántica para una gran productora para un servicio de Streaming, pero Belle lo rechazó. No le interesaba entrar en ese mundillo. Sí que había aceptado algunos papeles pequeños o cameos en películas y series, pero nada que la hiciera destacar demasiado. Sabía que triunfar en Hollywood la expondría demasiado y, en realidad, sabía que la vida de mentiras que había construido a su alrededor era demasiado endeble como para aguantar si alguien empezaba a tirar un poco del hilo.

—Ahora en serio, Belle —dijo Nolan llamando su atención—, ¿cómo demonios vamos a conseguir convencer al principito para que coopere con nosotros? No parecía dispuesto a ponernos las cosas fáciles.

Belle asintió, recordando lo sucedido hacía un rato en la sala del trono real. Frederick los

había recibido con desgana y se había marchado de allí dejándola con la palabra en la boca. Belle no estaba acostumbrada a que nadie la tratara de esa manera. Todo el mundo adoraba a la inocente e ingenua Belle Caruso, se había codeado entre la élite neoyorkina en más de una ocasión y en todas ellas había sido el centro de halagos y cumplidos. También había asistido a fiestas con artistas famosos, y nunca nadie le había hablado con la indiferencia que había mostrado el príncipe Frederic. Al recordar la escena, la irritación corrió por sus venas.

—Encontraremos la manera. Belle Caruso siempre consigue lo que quiere —dijo Belle, más para sí misma que para Nolan.

—No sé, empiezo a arrepentirme de que aceptáramos este trabajo, Belle. ¿No viste la forma en la que nos miraban todos los miembros de la casa real? Con arrogancia, como si no fuéramos más que unos insectos insignificantes a los que podrían machacar con tan solo proponérselo. —Chasqueó la boca—. Además, hace un frío de cojones. Cuando hemos bajado del taxi han estado a punto de salirme estalactitas por todo el cuerpo.

—Mi madre solía decir: no existe el frío, sino ropa inadecuada —citó Belle con una sonrisa nostálgica—. Tenías que haber cogido prendas de abrigo como te dije, no esos pantalones agujereados que dejan que el aire circule por todas partes. —Como respuesta Nolan se limitó a gruñir—. Por otra parte, creo que venir aquí fue una buena decisión. Ya viste lo rápido que se viralizó el vídeo que hice dando la noticia. Ganamos miles de seguidores solo con ese anuncio, imagino que estos se irán multiplicando en las próximas semanas. —Suspiró pesadamente—. Aunque sea un capullo pretencioso, Frederick IV de Snowberg goza de mucha popularidad entre nuestro público objetivo y tenemos que aprovechar al máximo esta oportunidad.

Eso era así, por mucho que pesara. Ser influencer podía parecer muy bonito de puertas hacia fuera, pero de puertas hacia dentro todo era marketing y estrategia. Tomaba sus decisiones en base a los beneficios que estas podían proporcionarle. Una mala decisión podría hacerle perder popularidad o hacer que la gente se aburriera o cansara de ella, lo que podía ser el fin de su carrera. La presión de que eso no sucediera era tal que vivía con estrés y ansiedad constante.

Incluso le costaba dormir, lo que provocaba que tomara una cantidad indecente de ansiolíticos.

Tras intercambiar algunas impresiones más sobre su llegada a Snowberg, Nolan se retiró a su habitación, que era contigua a la suya, y ella se quedó sola, cosa que agradeció enormemente. Necesitaba descansar. El viaje en avión había sido largo y apenas había podido pegar ojo. Así que se cambió, se puso ropa cómoda y desconectó el teléfono móvil para evitar la tentación de consultar las redes sociales. Sabía que en aquel momento tendría miles de notificaciones pendientes y empezar a leerlas significaría pasarse horas enganchada al aparato. Nolan era el encargado de responder comentarios, denunciar a los haters y filtrar los mensajes privados, lo que era todo un alivio para ella. Contratar a Nolan había sido la mejor decisión de su vida. Su trabajo como *influencer* era muy agotador emocionalmente hablando. Tener a alguien que se encargara de eso había hecho que su calidad de vida aumentara.

Libro en mano, recorrió la cortina de uno de los grandes ventanales de la estancia y fijó su mirada en la ciudad de Snowberg que se veía a lo lejos, en el valle. Había oscurecido, por lo que las luces de la capital del reino titilaban como luciérnagas en la noche, junto a los copos de nieve que descendían con lentitud desde el cielo. Nunca antes había sentido la Navidad tan presente como en aquel momento, rodeada de tanta nieve y en un lugar tan mágico como aquel. Se sentó en el alféizar con una sensación reconfortante recorriéndole el pecho y volvió a pensar en el príncipe. Tenía que conseguir que Frederick VI se mostrara receptivo a sus necesidades, pero ¿cómo?



## Frederick

*27 de noviembre*

Frederick llegó al Palacio Real durante la madrugada. Había sido una noche buena. Joder, mejor que eso. Había sido una noche increíble. ¿Quién le hubiera dicho que unos cuantos chupitos y una mujer que le sacaba sus buenos 10 años podían hacer una noche tan inolvidable? La sonrisa se le torció ante aquel pensamiento y con eso en mente dejó atrás el inmenso vestíbulo de la entrada y recorrió con sigilo los pasillos de palacio. Ejercitar tanto su cuerpo durante la noche le había despertado un hambre voraz, así que no dudó en entrar en la inmensa cocina que durante el día siempre estaba en ebullición constante y que en aquel momento se encontraba en un silencio sepulcral. Necesitaba comer algo antes de meterse en la cama. Sin embargo, apenas pudo dar un par de pasos, pues una voz familiar sonó a su espalda sobresaltándole de tal manera que pegó un bote en el sitio antes de girarse en busca de su propietaria:

—Vaya, vaya. Es genial ver que, como príncipe y futuro rey, te preocupes por tu pueblo hasta el punto de levantarte al amanecer para hacer cosas. ¿Y bien? ¿A dónde vamos?

Belle Caruso lo miraba con una sonrisa inocente en la boca mientras sostenía una taza de café humeante entre las manos. Aquella mañana llevaba puesto un jersey rojo de cuello vuelto muy mullido y el cabello recogido en una trenza ladeada. Estaba sentada en la enorme isla de la cocina, acompañada por el que parecía su sombra, el chico de aspecto desgarrado que la

acompañaba el día anterior y que en aquel momento lo miraba sonriente también, aunque la sonrisa de él poco tenía de inocente.

—¿Qué hacéis levantados tan pronto? ¿Es que a los norteamericanos no os gusta dormir? —preguntó Frederick con recelo. Apenas eran las cinco, en Snowberg no amanecía hasta casi las ocho, y por lo que se refería a él no pensaba irse a ninguna parte que no fuera su cama para descansar y recuperarse.

—Consecuencias del jet lag. —Belle volvió a ofrecerle una de sus sonrisas inocentes y dulces y Frederick pensó una vez más que aquella sonrisa parecía demasiado estudiada para ser auténtica—. Además, tenemos mucho por hacer. Ayer te marchaste tan rápido que no pude mostrarte el calendario que he preparado para las próximas semanas.

—Estoy convencido de que eso puede esperar unas horas.

—Oh, no, la verdad es que no. —Sin darle tiempo a reaccionar, Belle se levantó, lo tomó del brazo, lo obligó a sentarse en la isleta frente a ella y su acompañante y siguió hablando mientras le servía un café—: Tenemos muchísimo trabajo por delante. Me he tomado la libertad de hacer un estudio de mercado para conocer tus debilidades y fortalezas, y déjame decirte que no va a ser nada fácil limpiar tu reputación... —Su tono condescendiente le provocó irritación instantánea.

—Ese es tu problema, no el mío. Para eso te pagamos un dineral, ¿verdad?

—En realidad lo paga el pueblo con sus impuestos. —El chico cuyo nombre desconocía lo miró con desdén. Al ver la mirada de advertencia que le lanzó Belle de reojo, añadió—: Solo es una puntualización.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Frederick malhumorado.

—Nolan Lewis, para servirle, alteza. —El tal Nolan hizo una breve reverencia con la cabeza reprimiendo una sonrisa burlona que a Frederick no le pasó inadvertida.

—Nolan es mi asistente personal —explicó Belle captando de nuevo la atención sobre su

persona—. Respecto a nuestro planning para hoy he pensado que podríamos hacer un tour por la ciudad.

—Eso es una grandísima idea. Llamaré a alguien para que os haga de guía —dijo Frederick apurando el café. Hizo ademán de levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo, Belle le cogió del brazo para retenerlo. Fue un movimiento rápido e inesperado. Frederick no estaba acostumbrado a que nadie se tomara tantas confianzas con él. Era el príncipe heredero, la gente solía sentirse intimidada por él, pero no parecía el caso de aquella muchacha.

—Eso no será necesario, estoy convencida de que tú serás el mejor de los guías posibles. ¿Quién mejor para mostrarnos la capital del reino que el futuro rey?

Frederick fijó su mirada en la mano que seguía sujetándolo. La mano de ella era pequeña, delicada, y contrastaba sobre la tela oscura del jersey que llevaba. Frunció el ceño y volvió a fijar la mirada en Belle que no parecía tener intenciones de soltarlo.

—Eh... Belle, ¿te llamabas, Belle, verdad? —Frederick preguntó aquello con intención de herir su orgullo. Conocía perfectamente su nombre, pero estaba tan contrariado con la actitud inalterable de ella que solo deseaba decir algo que consiguiera borrar de sus labios aquella sonrisa. Sin embargo, no sirvió de nada, porque Belle asintió con un movimiento de cabeza sin siquiera parpadear. Algo frustrado, Frederick añadió—: Bien, Belle, creo que es necesario que dejemos algo claro desde este mismo momento. Estás aquí para mejorar mi reputación y eres libre de hacer lo que quieras para conseguir tu objetivo, pero hazlo sin implicarme, ¿de acuerdo? Tengo obligaciones que atender y no pienso cambiar mi agenda solo porque tú me lo pidas. ¿Que necesitas una foto para tus redes? Hazle llegar tu solicitud a mi secretaria y ella te la mandará. ¿Que necesitas hablar conmigo para algo en particular? Pide una audiencia. ¿Me sigues? —Le guiñó un ojo—. Y, ahora, me marcho a descansar porque ha sido una noche muy larga.

Los dedos de Belle aflojaron su agarre hasta soltarlo, pero al contrario de lo que había esperado la expresión de ella siguió intacta, como si no acabara de comportarse como un

auténtico capullo. Aun así, Frederick se puso en pie dispuesto a marcharse a su recámara tal como había dicho, pero las palabras de ella lo retuvieron.

—Es una lástima tener que decirles a mis seguidores que el contrato con la casa real se cancela por falta de cooperación del príncipe. —Belle hizo una mueca de pena con los labios.

—¿Qué quieres decir?

—No me gusta estar donde no me quieren. Si te niegas a colaborar hablaré con tus padres, rescindiré el contrato y haré una publicación explicando mis motivos. Si no puedo hacer mi trabajo, ¿qué sentido tiene esto?

—¿Me estás... amenazando? —preguntó Frederick incrédulo.

—Oh, no, por supuesto que no. —Belle colocó una mano sobre su pecho, fingiendo sentirse ofendida—. Tú has dejado claro tu punto de vista y yo dejo claro el mío.

—Es un farol —masculló Frederick con los ojos entrecerrados, observándola con atención—. Hay mucho dinero en juego, dudo que renuncies a él.

—Puede que sí, o puede que no. Comprobémoslo. —Belle se encogió de hombros y le dedicó una de sus sonrisas artificiales. A su lado, Nolan rio entre dientes.

Frederick tensó la mandíbula y le lanzó una mirada llena de desprecio que Belle recibió sin inmutarse. Aquella mujer estaba resultando demasiado exasperante para un Frederick resacoso cuyo objetivo vital en aquel momento era el de poder dormir la mona. Frederick estaba acostumbrado a que la gente obedeciera sin que lo contradijeran jamás. Por eso era el príncipe y futuro rey. Todo el mundo caía rendido a sus pies sin necesidad de esforzarse demasiado, ¿por qué aquella chica no acataba sus órdenes sin más? ¿Por qué?

—¿Qué quieres de mí?

—Que me des acceso total.

Frederick frunció la boca, con desagrado.

—¿Eres siempre así de obstinada?

—Cuando quiero algo, sí.

—Dios... De acuerdo, Belle Caruso. Tú ganas. Sé mi jodida sombra. —Se frotó las sienes que le martilleaban cada vez más fuerte.

—Oh, ¡no te arrepentirás! Lo pasaremos bien, ya verás —dijo la chica con un tono alegre y una sonrisa que, por primera vez en todo aquel rato, le pareció sincera, pues le llegaba a los ojos. Era la sonrisa de alguien que se siente vencedora y aquello le fastidió pues no había nada en el mundo que Frederick odiara más que perder. —Entonces, ¿vas a cambiarte antes de salir a recorrer la ciudad o vas a ir así vestido? Me gustaría ver el amanecer desde el puente del río Eis para retransmitirlo en directo, dicen que las vistas son impresionantes, y se está haciendo tarde.

Aguantándose las ganas de llevarle la contraria y asegurarle que sí, que iba a arrepentirse y mucho, que de hecho, ya se estaba arrepintiendo, Frederick se marchó a su recámara para darse una ducha, cambiarse y enfrentarse al interminable jornada que tenía por delante.

## 6



## Belle

*27 de noviembre*

Belle jamás habría pensado que le gustaba tanto tener a un príncipe cabreado a su lado. De verdad, había una especie de placer incontrolable en el hecho de saber que el príncipe Frederick estaba cada vez más desquiciado con ella. Habían pasado el día, no solo en Snowberg, sino en los alrededores. Había visto la flora que crecía en las montañas pese al frío y la nieve, había girado en medio de un prado cuando comenzó a nevar, con Nolan haciéndole fotos y Frederick gruñendo que iba a acabar empapada y había tomado un chocolate caliente sin guantes, dejando que el calor de la taza traspasara sus dedos y calentara su cuerpo y, sobre todo, su alma. Sí, Belle Caruso era una romántica aunque pareciera una niña tonta y mimada. No podía evitar disfrutar con pequeños placeres como coger la taza con las dos manos o comprar pequeños adornos navideños en uno de los puestos locales. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era imposible resistirse a algo tan bonito.

—¿De verdad vas a comprar otra bola de nieve? —preguntó Frederick a su espalda mientras ella miraba un mostrador y la dependienta hacía reverencias al príncipe.

—¡Son tan bonitas! —exclamó.

—Si queremos ver el atardecer, deberíamos marcharnos ya. El mejor sitio para hacerlo es el casco antiguo. Verás el castillo reflejado mientras el sol se pone y...

—Tienes razón, sí, disculpa. —Belle de verdad quería ver el atardecer, así que decidió no enfadarlo más. Compró la bola, por supuesto, y una vez que Nolan la tuvo a salvo en su mochila salieron y se encaminaron hacia el centro.

En realidad, pese a las malas caras y continuos bostezos del príncipe, Belle lo había pasado muy bien. El príncipe sabía cómo ser encantador, eso le quedó claro en todos los momentos en los que lo grabó con su móvil. En cambio, en cuanto este dejaba de retransmitir él solía gruñir o quejarse de lo cansado que estaba. Nolan le insinuó una vez que era lo malo de trabajar: que cansaba. El gruñido del príncipe fue tal que Belle se vio obligada a apartar a su amigo en un momento dado y pedirle que, por favor, no irritara más al príncipe y dejara estar las cosas. Nolan no lo tomó muy bien, pero de verdad Belle sentía que el príncipe estaba llegando al punto de no retorno y eso no les compensaba. La amenaza de por la mañana le había salido bien, sí, pero era mejor no tentar a la suerte en exceso.

Asistieron a la que probablemente había sido la puesta de sol más bonita que Belle había visto nunca. Estaba calada de frío hasta los huesos pero aquello no podía merecer más la pena. Era como un cuento. El cuento en el que ella había querido vivir siempre. Un cuento mucho mejor que el que ella había inventado...

—¿Y ahora? —preguntó Belle a las 17:00, cuando ya era noche completamente cerrada—. ¿Volvemos al castillo?

El príncipe soltó un inmenso e insatisfecho suspiro.

—Tanto como me gustaría decirte que, en efecto, es hora de volver y que dejes de retransmitir cada mueca que hago, lo cierto es que hoy es el desfile de los Krampus y, ya que estás aquí, me gustaría que lo retransmitieras. Es algo importante para nosotros.

La solemnidad con la que dijo aquellas palabras hizo que fuera imposible para Belle negarse, así que lo acompañó.

Belle esperaba encontrar algo bonito, dulce y digno de reproducir en sus redes sociales. Por

eso, cuando vio a esos monstruos, no pudo evitar gritar tanto que Nolan la abrazó de inmediato.

—¿Qué demonios...?

Frederick rio y, con él, lo hicieron las personas que lo rodeaban. Algo que sorprendió mucho a Belle fue que la gente se emocionaba cuando lo veían, pero no se sorprendía en exceso. Entendió relativamente pronto que el príncipe solía relacionarse con su pueblo. No como uno más, eso era imposible, pero sí mucho más que cualquier otro príncipe. Probablemente tuviera que ver el hecho de que fuera un reino pequeño.

Volviendo al presente y las risas contenidas de todos los que la rodeaban, Belle pidió a Nolan que la soltara y grabara lo que tenían delante.

—¿De qué demonios van? —preguntó Belle mientras estos se agitaban y se acercaban a los niños.

—Los Krampus son unos muchachos disfrazados con trajes de piel y pesados becerros que se colocan encima, además de las máscaras que ves, talladas en madera y un tanto siniestras. La tradición dice que deben pasear así por el pueblo para ahuyentar a los espíritus y las brujas culpables de los inviernos más duros de Snowberg.

—O sea, ¿están ahuyentando el frío? ¡Si es lo más bonito de este sitio! La nieve y todo lo que provoca.

—La nieve en su justa medida es buena, pero los inviernos duros y largos pueden hacer que el reino caiga en la pobreza si no nos andamos con cuidado. Es difícil salir a trabajar si la nieve entierra tu casa un día sí y otro también, por ejemplo. Ya ni hablemos de problemas más serios, como la ausencia de caza o...

—Entiendo.

De verdad Belle lo había entendido, pero eso no hacía que fuera más fácil de digerir que aquellos monstruos, aunque fueran disfrazados, asustaban a niños y mayores. Algunos reían,

pero otros niños, los pequeños, lloraban cuando se acercaban. Y no era de extrañar. En un momento dado uno de ellos se acercó hasta donde estaban. Belle siguió grabando, era su trabajo, pero el terror la recorrió de pies a cabeza cuando un hombre con enormes pieles por encima y una máscara con grandes colmillos, además de llevar lentillas blancas en los ojos, comenzó a hacer ruidos a pocos centímetros de su cámara y, por tanto, de ella. Si la tocaba, iba a gritar. Estaba segura. Tenía cuernos retorcidos como de demonio y... Dios, era horrendo. Sintió los brazos de Nolan sujetarla por los codos y hacerla caminar hacia atrás y, al verlo, por fortuna, el Krampus se echó hacia atrás. Fue al verlo hacer una reverencia cuando Belle frunció el ceño. ¿Una reverencia a Nolan? Miró a un lado, donde su amigo estaba fascinado con el desfile, así que giró la cabeza lentamente sobre su hombro y se encontró con el príncipe sujetándola con una pequeña sonrisa. Este señaló su móvil y Belle cortó la retransmisión al instante.

—¿Has tenido suficiente del reino por hoy, princesa?

Bella asintió temblorosamente y Frederick sonrió, pero no fue una sonrisa cruel, sino comprensiva.

—Los Krampus pueden impresionar, pero recuerda que no son más que hombres disfrazados.

Ella volvió a asentir y, cuando Frederick la soltó para guiarle el camino de vuelta, se quedó aún más congelada. Y esta vez no era por uno de esos horrendos Krampus. A pocos metros de ellos, cámara en mano y con una sonrisa más maliciosa que la de los hombres disfrazados se encontraba Calton Smith, un periodista que llevaba tiempo queriendo desenmascarar los secretos más oscuros de Belle.

Debió suponerlo. Él no estaba dispuesto a dejarla ir, por mucho que Belle huyera, y se puso tan nerviosa que miró al príncipe llena de una histeria que realmente empezaba a comérsela por dentro.

—Por favor, volvamos.

—Sí, vamos.

Frederick los sacó de allí pensando que su nerviosismo y su miedo se debían a los Krampus. Ella no lo sacó de su error. No sabía cómo decirle que había personas que podían dar mucho más miedo que los monstruos.



## Frederick

*27 de noviembre*

Una cena familiar era lo último que necesitaba Frederick para su cansancio. Después de más de veinticuatro horas despierto podía decir que se sentía mucho peor que uno de esos Krampus que habían visto. Intuía que casi se veía ya como uno de ellos. Solo quería que la cena acabara cuanto antes, pero aquel infierno parecía no tener fin. De verdad, todo transcurría con una lentitud pasmosa.

Sus padres, los reyes, no hacían más que preguntar a Belle cosas sobre su infancia, su padre y su país. Ella contestaba con una sonrisa pero estaba tensa. A Frederick le habría encantado poder sonreír porque era, en parte, culpa suya, pues esa tensión provenía del desfile, pero estaba tan cansado que ni siquiera era capaz de regodearse en lo que había provocado. ¡Y eso sí que le daba rabia!

—¿Está a vuestro gusto la cena? —preguntó su hermana en un intento de entablar conversación nuevamente.

Frederick quería pincharse alfileres en los ojos de tanto como le escocían por no estar durmiendo.

—Oh, está exquisita. El *gulasch* era una delicia —dijo Belle.

—Sí, ¿quién podía imaginar que la carne de res está buena? —preguntó Nolan a Belle en un

tono que no gustó mucho a Frederick—. Como si no hubiéramos comido nunca antes vaca...

—Nos gusta pensar que servimos lo mejor y que el *gulasch* es algo más que carne de vaca, puesto que ese solo es uno de los ingredientes, pero entiendo que en Estados Unidos también tenéis una carne muy buena —terció su hermana—. De postre hemos pedido que hagan *apfelstrudel* —Ante la cara de desconcierto de Nolan y Belle, Angela siguió—. Es un hojaldre relleno de compota de manzana, azúcar, canela, pasas y pan rallado. Se cocina al horno y se espolvorea con azúcar glas. Es una verdadera delicia.

—Te sabes bien la receta. ¿te gusta cocinar? —preguntó Nolan en un tono que, nuevamente, no gustó a Frederick. Y a punto estaba de intervenir, pero fue su propia hermana quien se ocupó de hacerlo.

—Siempre que mis obligaciones lo permiten. Soy una princesa, pero intento no ser una vaga.

Frederick intentó no sonreír, pero incluso sus padres lo hicieron, así que no vio por qué tenía que ocultarse. Incluso Nolan tuvo que guardar silencio después de eso. Esos dos no iban a llevarse bien, era un hecho, pero por fortuna tendrían que aguantarse algunos días más. Además, no pudo sentir compasión por su hermana. No, cuando él era el que estaba atado prácticamente todas las horas del día a esos dos.

—Y dinos, querida —comenzó su madre a preguntar a Belle—. ¿Cómo has conseguido que nuestro hijos pase el día contigo? Porque es sumamente difícil lograr algo así, incluso para nosotros, que somos sus padres.

—Oh, soy una mujer muy convincente. —Aquello levantó unas risas en el salón que Frederick, sinceramente, no entendió—. Además, creo que hay un plus en el hecho de que yo no intento convertirme en la futura reina. Probablemente por eso no se siente tentado de huir.

Frederick casi se atragantó con el trozo de pastel que estaba comiendo. La miró con los ojos de par en par, preguntándose cómo se había atrevido a decirle algo así a sus padres, que además

eran los reyes del reino. En cambio, su padre soltó una estruendosa carcajada que se oyó en todo el comedor.

—Ah, nadie puede decir que no tenga razón —dijo el rey—. Te aseguro, Belle, que a mi hijo lo han intentado cortejar la mayoría de las aristócratas de la zona, por no decir todas, pero no hay forma de que se quede con ninguna.

—Quizás tenga que ver que muchas de ellas sean primas mías —discutió el propio Frederick, cansado de aquel tema de conversación.

—Oh, Frederick, por favor, la mayoría son primas segundas y ya sabes que es muy común que en la realiza los primos se casen entre sí para mantener fuerte la línea dinástica.

—Sí, claro, podría casarme con una y tener hijos con veinte dedos y dos cabezas, por ejemplo.

Algunos rieron, otros carraspearon y su padre lo miró de un modo reprobatorio. Bueno, nada nuevo bajo el sol, porque es como solía mirarlo siempre últimamente.

—Creo que no hace falta ser tan grosero.

—No es una grosería, papá. Es ciencia: tener hijos con un pariente puede llevar a...

—Creo que este tema de conversación es mucho menos interesante que cualquier otro —intervino la reina—. Por ejemplo, Belle ¿qué puedes contarnos acerca de Hollywood? Siempre me ha llamado poderosamente la atención lo felices que parecen en las fiestas y lo infelices y desdichados que se ven en las fotos robadas.

—Oh, bueno, este es un mundo complicado, su majestad. En realidad, lo que hay delante de la cámara es muy diferente a lo que realmente hay cuando esta se apaga.

Frederick se preguntó si estaba refiriéndose a sí misma. No pudo llegar a una conclusión porque estaba muerto de cansancio y, además, el tema volvió a girar de un modo rápido que Frederick ya no conseguía pillar bien. Era consciente de que se estaba quedando atrás en todas

las conversaciones pero, sinceramente, le parecía un milagro no haberse dormido con la frente apoyada en la mesa.

Cuando el acto acabó, por fin, Frederick se levantó y contuvo como pudo un suspiro de alegría al saber que en cuestión de minutos estaría en su cama. Tenía pensado dormir hasta bien tarde para recompensar su falta de sueño, pero entonces Belle se adelantó y, antes de que sus padres salieran del salón, abrió su maldita y preciosa boca.

—Espero que descanse, príncipe, porque mañana tenemos un calendario de lo más apretado. ¡Hay tantas cosas que quiero ver!

Quizás fuera un gesto maleducado, pero Frederick no respondió. ¿Cómo iba a hacerlo? ¡De haber abierto la boca habría dicho algo completamente inadecuado! Así que se limitó a asentir una sola vez y salir del salón real.

Ya en su habitación, por fin desnudo y bajo la ducha, con los chorros calientes destensándole el cuerpo y la promesa de poder dormir durante horas, hizo un resumen mental del día y, aunque no estaba dispuesto a decirlo en voz alta, tuvo que reconocer que, en realidad, lo había pasado bien. O más que eso, había sido novedoso. Eso es. Había sido curioso ver el modo en que Belle se emocionaba con todo, la manera en la que miraba las bolas de nieve, como si fueran algo que jamás había visto antes. Y ese modo de bailar bajo los copos de nieve, como si no le importara mojarse...

Sonrió y apoyó la frente en los azulejos del baño. Sí, era un príncipe, pero también era un hombre y no podía dejar de ver que Belle Caruso tenía cara y cuerpo de ángel, tal y como veían sus seguidores. Lo que ellos no veían, o no tan bien como él, era que, además, había algunas actitudes en ella que de verdad recordaban a los ángeles. De hecho, cuando acabó su ducha se metió en sus redes sociales, miró todo lo que había grabado aquel día y se sorprendió pensando que aquella Belle no era la que había estado con él.

La que había estado con él era mejor, más auténtica, y se dio cuenta, apagando el móvil, de

que era esa con la que pensaba convivir, aunque también tuviera que hacerlo con su cámara.

# 8



## Frederick

*1 de diciembre*

Una semana. Ese era el tiempo que Belle Caruso llevaba en palacio, y ese era el tiempo que Frederick llevaba deseando deshacerse de su insistente compañía al menos durante unas horas. Solo le faltaban tres semanas para coronarse como rey, y en vez de disfrutar de sus últimos momentos de príncipe antes de la llegada de las responsabilidades y obligaciones derivadas de su cargo, se pasaba el día cumpliendo las exigencias de aquella chica cuyo aspecto de ángel escondía una mente diabólica capaz de volverlo loco. En solo una semana habían visitado todos los pueblos y rincones turísticos del reino, habían concedido entrevistas a todos los medios nacionales e internacionales que se lo habían pedido e, incluso, habían realizado directos de Instagram y Twitch para responder preguntas de los seguidores de Belle. ¿Por qué motivo Frederick había aceptado hacer todo eso a pesar de sus reticencias? No estaba seguro de ello, simplemente Belle tenía la capacidad persuasiva de un agente de inteligencia especialmente entrenado para salirse con la suya. Era insistente hasta decir basta, y cuando él se negaba a hacer algo se ponía tan exasperante que acababa cediendo con tal de hacerla callar. Nunca antes había conocido a nadie tan capaz de perturbar su paz mental.

El punto era que estaba harto de ser un muñeco de trapo sin voluntad en sus manos. Le quedaban solo tres semanas para el gran día, y Frederick podía ser muchas cosas, pero no era un

pusilánime, así que aquella mañana cuando se sentó a desayunar junto a Belle y esta empezó a organizar el día como siempre, Frederick soltó con el tono de voz más autoritario que encontró en su repertorio:

—Hoy vamos a esquiar.

Frente a él, Belle dejó suspendida la taza de café que estaba a punto de llevarse a la boca con desconcierto.

—¿Esquiar? No es lo que tengo planeado. Hoy tenemos que visitar una granja local para que nos muestren el proceso de la elaboración del queso artesanal tan popular en la zona. Concerté una visita con su gerente y...

—Llama para cambiar el día de la visita —exigió—. Hoy quiero esquiar. Como ya sabrás soy un experto del esquí alpino y necesito practicar el deporte de forma regular para no atrofiarme.

—Pero...

—La estación de esquí es uno de los mayores atractivos del reino, ¿no tienes curiosidad por verla?

—Bueno, he visto muchas fotos por Internet, no veo necesidad de desplazarme hasta allí. —dijo Belle en un tono de voz un tanto extraño—. Pero entiendo que quieras ir a esquiar tú. Te he presionado mucho estos días, te mereces un descanso.

Frederick le lanzó una mirada con los ojos entrecerrados.

—Espera un momento, ¿eso significa que no vas a venir conmigo?

—Esquiar no es algo que me entusiasme. —Belle se encogió de hombros—. Me gusta la nieve, pero no deslizarme por ella.

Belle dio un trago a su café esquivando la mirada de Frederick y un supuesto empezó a formarse en la mente del príncipe. Le había parecido raro que durante aquellos días la influencer

no le hubiera pedido ir a la estación de esquí a pesar de que ese era uno de los principales reclamos del reino. Ahora, viéndola tan dispuesta a regalarle un día libre después de una semana de esclavitud, estaba convencido de conocer la razón.

—No sabes esquiar.

—¿Qué? —Belle se sobresaltó.

—No sabes esquiar —repitió señalándola burlonamente—. No sabes esquiar y por eso no quieres acompañarme.

—Esa no es la razón por la que...

—La famosa influencer no sabe esquiar y no puede permitirse el lujo de que sus seguidores conozcan una de sus debilidades, ¿es eso?

La sonrisa de Belle se esfumó por completo y en su lugar unas arrugas intensas se esbozaron en su entrecejo.

—De acuerdo. Tienes razón. No sé esquiar y no tengo la más mínima intención de aprender ahora. —Belle dejó la taza sobre la mesa y se encogió de hombros—. No entiendo la manía que tiene la gente de desafiar la naturaleza con deportes de riesgo como ese. ¿Qué necesidad hay?

—Yo no lo veo así. Esquiar es la forma que tengo de conectar con las montañas que nos rodean para sentirme en sintonía con ellas —explicó Frederick con una media sonrisa—. Si no sabes esquiar yo puedo enseñarte.

—Te lo agradezco, pero no será necesario. Preferiría no romperme ningún hueso hoy. Además, no tengo equipo de esquí y dudo que pueda ir así vestida —dijo señalando la ropa que llevaba, un vestido tipo jersey de color rosa pastel y leotardos.

—Eso no es un problema. Ángela puede prestarte ropa y esquís. Y tus huesos dudo que corran peligro si sigues mis indicaciones...

—Eso me dijo un instructor hace veinte años cuando fui a esquiar con los de mi promoción,

que si seguía sus indicaciones todo iría bien. ¿Resultado de confiar en él? Un brazo roto y un esguince en el tobillo. Desde entonces lo más peligroso que he hecho sobre la nieve ha sido el ángel.

Frederick reprimió una carcajada. Era la primera vez en todos aquellos días que Belle se mostraba avergonzada ante él. Suponía que para alguien que vive de vender su vida a los demás, tener una debilidad como aquella le hacía sentir vulnerable. Durante aquellos días Frederick había curioseado las redes sociales de la chica en más de una ocasión y ya se había percatado de la habilidad de la influencer para mostrarse perfecta siempre. Estaba claro que no había querido visitar la estación de esquí para no exponerse.

—No tienes por qué retransmitir tus caídas en directo, Belle. Podemos ir a esquiar sin más pretensiones que pasarlo bien.

—No puedo estar un día entero sin actualizar mis cuentas.

—¿Por qué no?

—Porque nunca lo he hecho.

—Siempre hay una primera vez para todo.

Frederick notó la duda en los ojos de Belle. En realidad le parecía un poco triste la necesidad enfermiza que tenía aquella chica de compartirlo todo en sus redes sociales. Él mismo odiaba tener siempre los focos de la prensa apuntándolo en busca de algún titular que rellenar y cuando quería desconectar podía hacerlo sin rendir cuentas a nadie. Puede que como monarca no le resultara tan fácil, pero estaba convencido de que, incluso siendo rey, su intimidad estaría mucho más salvaguardada que la de ella.

—Venga, prometo mantener a salvo tus preciados huesos —insistió con un guiño de ojos.

Belle hizo una mueca titubeante y, tras unos segundos de silencio reflexivo, asintió.

\*\*\*

Viendo a Belle caerse una vez más sobre la nieve, Frederick tuvo que admitir que era la primera vez en su vida que conocía a una persona tan inepta para el esquí como lo era ella. En las horas que llevaban allí, en la pista para principiantes, no había conseguido que la chica durara en pie más de un minuto entero. Y la pobre lo intentaba, pero había algo en su sentido de equilibrio que no parecía funcionar subida sobre los esquís que Angela le había prestado.

Al menos hacía un día espléndido. El sol brillaba con fuerza sobre las montañas nevadas que los rodeaban.

—Sigues sin dirigir correctamente el peso del cuerpo. Debes inclinarte hacia delante, no hacia atrás. —Frederick se acercó a ella y le ayudó a levantarse.

—Lo sé, pero por algún estúpido motivo mi cuerpo reacciona de forma contraria a lo que dicta mi mente —bufó Belle escupiendo nieve.

Frederick reprimió una sonrisa.

—Ante un descenso es normal que tu cuerpo reaccione así. —Se colocó tras ella, la cogió por las caderas e inclinó su cuerpo hacia delante con suavidad, mostrándole una vez más como debía hacerlo. Una sensación cálida recorrió su cuerpo ante aquel contacto—. Debes poner presión sobre el dedo gordo del pie, como te he dicho antes —susurró a su oído, y le pareció ver que Belle se estremecía con aquel susurro.

Tenía que admitir que no era necesaria aquella cercanía para enseñarle a esquiar, pero cualquier excusa era buena para forzar el contacto. Le gustaba las sensaciones que provocaba el roce de su cuerpo en él, en pequeñas descargas eléctricas que podía sentir en cada poro de su piel.

—He visto a niños pequeños hacerlo mejor que yo en menos tiempo —dijo ella con la voz algo tomada. Era obvio que su cercanía la turbaba y una parte de él se regocijó ante esa idea.

—Como todo en esta vida es cuestión de práctica. —Se alejó de ella y esquió hacia atrás para mirarla de frente, levantarse las gafas y guiñarle un ojo—. ¿Quieres intentarlo una vez más?

Belle sonrió. A pesar de sus múltiples y aparatosas caídas, Belle no había dejado de sonreír en ningún momento. Y no se trataba de la sonrisa impostada de siempre, se trataba de una sonrisa auténtica que irradiaba luz.

—Bueno, ¿por qué no? Me he caído tantas veces que empiezo a echar de menos la posición horizontal.

Frederick rio entre dientes ante aquel comentario.

Belle tiró su cuerpo hacia delante y se deslizó sobre la nieve unos metros antes de perder el equilibrio. Hubiera caído de bruces de no ser porque Frederick los sujetó a ambos a tiempo con una sonrisa, pagado de sí mismo. Se fijó en las mejillas sonrosadas de ella, a causa del ejercicio, y en los labios ligeramente agrietados por el frío. Por primera vez en aquellos días, la idea de rozar esos labios con los suyos cruzó por su mente sorprendiéndolo de forma inesperada.

—Dios, definitivamente esto no es lo mío —dijo con la voz agitada por la falta de aliento cuando Frederick la soltó.

—Se nota que eres una chica de ciudad.

—Y tú se nota que naciste con esquís en lugar de pies. —Belle sonrió una vez más cuando Frederick volteó sobre sí mismo para mirarla de frente—. ¿Cuándo empezaste a esquiar?

—A los tres años.

—¿En serio? —Belle se subió las gafas para dirigirle una mirada llena de admiración.

—El esquí alpino es el deporte nacional, así que en Snowberg todo el mundo aprende a esquiar desde muy pequeño.

—Y yo no soy capaz ni de dar un paso sin caerme.

Ampliando la sonrisa, Frederick comprobó la hora en su teléfono móvil. Faltaba poco para que se pusiera el sol, así que propuso a Belle dar la sesión de esquí por finalizada para reponer fuerzas en la cafetería de la estación. Tenía un mensaje de su hermana diciéndole que Nolan y

ella ya se encontraban allí. Aquella mañana, Angela se había sumado al plan nada más descubrir que iban a esquiar, y como ella y Nolan tenían experiencia habían optado por dejarlos en la pista de principiantes en busca de otras con más dificultad. A pesar de que Frederick disfrutaba bajando por la pista más empinada de todas, se lo había pasado tan bien con Belle que no echó de menos no haberlo hecho en aquella ocasión.

Mientras dejaban atrás las pistas y accedían a las instalaciones de la estación de esquí, Frederick se dijo que sin un móvil como extensión de su cuerpo y sin programar cada segundo de su día, Belle parecía una persona completamente distinta. Era divertida e ingeniosa sin forzarlo, y sonreía y reía con una naturalidad que captaba la atención de los demás sin pretenderlo. La Belle sin filtros estaba resultando ser un pequeño diamante en bruto que Frederick se moría de ganas de conocer hasta aprenderse de memoria cada una de sus aristas, pero ¿lo conseguiría?



## Belle

*1 de diciembre*

Belle se sentó en la mesa de madera con los ojos abiertos de hito en hito. Cuando Frederick le había propuesto ir a tomar algo en la cafetería de la estación de esquí no se había imaginado algo como aquello. La cafetería en cuestión se llamaba *La chimenea dorada* y había resultado ser una pequeña cabaña de madera con tejado a dos aguas y terraza abierta a unas vistas tan impresionantes que estar sentada en ella era casi como flotar en el cielo. Nada más salir a la terraza habían localizado a Angela y Nolan en una de las mesas, discutiendo, lo que empezaba a ser habitual en ellos.

—Tu teoría es ridícula y no se basa en ningún fundamento científico —dijo Angela en un tono cansino que dio a entender que llevaban tiempo con el mismo tema.

—La ciencia no lo explica todo.

—Por supuesto que sí.

—¿Puede explicar por ejemplo por qué una chica tan bonita como tú puede ser a la vez tan jodidamente exasperante? No, ¿verdad?

—Oh, por supuesto que sí. A eso se le llama la ley de acción y reacción y fue enunciada por Newton —respondió Angela con altivez—. Ser exasperante es la reacción natural a que tú seas un capullo.

Si aquello fuera un partido de tenis, Angela acababa de ganar el primer set.

—Uh, menudo corte, tío. —Frederick sentado frente a Belle, junto a su hermana, rio entre dientes.

Nolan entrecerró los ojos con irritación.

—¿De qué teoría habláis? —intervino Belle antes de que Nolan tuviera tiempo de preparar una respuesta al nivel de su contrincante. Belle conocía bien a Nolan y sabía que siempre necesitaba tener la última palabra.

—Según Nolan, podemos deducir por la forma de esquiar de alguien si es bueno o no en la cama.

Angela puso los ojos en blanco, Frederick alzó las cejas y Belle frunció el ceño. Aquel tipo de comentarios eran típicos de su amigo, y normalmente le arrancaban carcajadas por lo disparatado de sus teorías, pero ese no fue el caso.

—Esa teoría es estúpida —afirmó Belle contundentemente.

—¿Ves? —Angela miró a Belle agradecida.

Nolan chasqueó la lengua contra el paladar con un movimiento negativo de la cabeza.

—Yo no he dicho exactamente eso. He dicho que esquiar y follar tienen mucho en común y que, por tanto, un buen esquiador es potencialmente un buen amante.

—Menuda tontería —musitó Belle.

—Yo no lo veo tan descabellado —comentó Frederick—. Se ejercitan prácticamente los mismos músculos para ambas cosas.

Belle sintió la mirada burlona de Frederick fija en ella.

—Pues yo creo que son dos cosas distintas. Porque esquiar se me da fatal, pero en lo otro soy una experta.

—¿Una experta? —La mirada de Frederick se llenó de intensidad y sintió como las mejillas le ardían por encima del rubor creado por el frío.

—Bueno, no sé si experta es la palabra adecuada, pero digamos que he recibido muchos halagos en el pasado por mi actuación durante el... el acto.

Nolan, a su lado, frunció el ceño interrogativamente. Debía estar preguntándose por qué había hecho aquel comentario, tan impropio en ella. Belle no era alguien que solía alardear de su vida sexual, al fin y al cabo, sus relaciones esporádicas dejaban mucho que desear, pero en aquel momento sintió una fuerte necesidad de dejar claro a Frederick que a pesar de ser una pésima esquiadora lo otro se le daba bien. ¿Por qué? No tenía la más mínima idea. Porque puede que se lo hubiera pasado genial con él durante aquel día, libre de móviles y expectativas que cumplir, pero haber disfrutado de aquel momento de distensión con él, la nieve y sus múltiples caídas no cambiaba el hecho de que ambos venían de dos mundos completamente distintos y de que lo suyo debía permanecer a toda costa en el plano profesional. Él seguía siendo un príncipe a punto de coronarse como rey y ella... bueno, ella seguía siendo Belle Caruso, una farsante que vendía una vida idílica inexistente a sus seguidores. Un posible escarceo entre ambos era imposible y ni siquiera sabía por qué aquella rocambolesca idea acababa de cruzar su mente en ese momento. Quizás la forma en la que Frederick la miraba, con anhelo, tuviera algo que ver con eso. O quizás fuera el hecho de que un hormigueo acabara de ascender por su tripa al ser consciente de ello. Fuera como fuera, el pensamiento se esfumó en el momento que una de las camareras de la cafetería apareció frente a ellos para ofrecerles las cartas del menú.

—Tienes que probar el chocolate caliente artesanal que hacen aquí. Es el mejor de todo Snowberg —le dijo Angela llamando su atención, señalando su taza ya vacía.

Belle no dudó ni un momento en aceptar su sugerencia y pedir un chocolate caliente con nata montada. Frederick pidió lo mismo. Le sorprendió la naturalidad con la que la camarera sirvió al príncipe, como si estuviera acostumbrada a verlo por allí. De hecho, en aquella semana había notado lo mucho que Frederick se esforzaba por tratar a los demás como iguales, a pesar de

la superioridad de su cargo. Lo mismo ocurría con Angela. Incluso con los reyes. Snowberg era un reino pequeño y se notaba que la casa real se esforzaba por parecer cercana y respetuosa.

La siguiente hora pasó rápido entre sorbos del chocolate caliente más delicioso que Belle había tomado nunca, una conversación amena que solía terminar con alguna discusión entre Nolan y Angela y el sol deslizándose tras las montañas con la llegada del anochecer. Los villancicos que salían del interior de la cafetería ayudaron a amenizar el ambiente. Aunque lo más reseñable de aquel rato fue, sin lugar a duda, las miradas que intercambió con Frederick. Miradas silenciosas, pero significativas, miradas que convertían su estómago en un remolino de nervios que le hacían sonreír como una tonta todo el tiempo y ser más consciente que nunca de sí misma y de su propio cuerpo.

Tras aquella hora, llegó el momento de regresar a palacio. Belle insistió en pagar ella a cambio de las clases gratis de esquí. Dejó a los demás en la terraza y entró sola en el local. Dentro había un reconfortante rumor de conversaciones que se escuchaba por encima de una versión en jazz de *Hark the herald angels sing*. Sobre las paredes de madera habían colocado diferentes adornos navideños y un enorme abeto decorado con luces y espumillón llamaba poderosamente la atención en uno de sus rincones. Belle sonrió sintiendo como el espíritu navideño regresaba a ella después de años de apatía. Era difícil no dejarse enamorar por la Navidad cuando parecía haber caído en un lugar como aquel, que rezumaba magia con intensidad. Allí todo parecía posible.

Se acercó al mostrador con una sonrisa en los labios y esperó a que le atendieran, pero antes de que eso ocurriera, notó una presencia a su izquierda, una presencia demasiado cercana como para no reparar en ella. La boca se le secó al encontrarse a Colton Smith mirándola con una sonrisa maliciosa en los labios. Colton era uno de esos hombres de aspecto duro, con bigote y pelo engominado que parecían sacados de una película de gánsteres.

—Vaya, vaya, qué casualidad encontrarnos por aquí, querida Belle...

Belle se tensó al instante.

—Ambos sabemos que esto no ha sido una casualidad. Deja de acosarme, Colton.

—Oh, yo no te acoso, como buen samaritano solo quería ponerte sobreaviso. —Colton rizó la punta de su bigote con una sonrisa astuta asomando por debajo—. Cada vez estoy más cerca de la verdad, querida Belle...

El corazón de Belle se sobresaltó ante esas palabras.

—No sé de qué hablas.

—Hablo de que estoy a un paso de destapar todas tus mentiras, niña. He pensado que quizás quieras cooperar conmigo antes de que las saque a la luz.

Belle tragó saliva con fuerza. Colton no era el primero ni sería el último que intentara desentrañar la verdad que se escondía tras su historia, pero sí que parecía mucho más decidido que los demás a conseguirlo.

—Belle, ¿va todo bien? —La voz de Frederick le sorprendió a sus espaldas.

El príncipe llegó hasta ella en el momento justo y le lanzó a Colton una mirada de advertencia que este pareció captar al instante, pues no dudó en marcharse de allí tras titubear una despedida apresurada.

—¿Quién era ese? ¿Qué quería? —Volvió a preguntar Frederick mirándola con fijeza.

Belle mintió. Le aseguró que la había tomado por una autóctona y que le estaba consultando algo sobre la estación de esquí. Por la mirada que le lanzó Frederick era obvio que no la creyó, pero Belle no estaba dispuesta a explicarle al príncipe la verdad: que uno de los periodistas de investigación más conocidos de Estados Unidos acababa de amenazarla con destaparla. Y no podía decírselo porque el miedo de que aquella amenaza fuera cierta se convirtió en una bola de ansiedad que se aposentó fuerte en su estómago.

¿Sería cierto que Colton Smith había descubierto la verdad sobre su vida? Y en caso

afirmativo ¿qué pasaría con ella cuando la gente supiera la verdad? Sin respuesta para esas preguntas, Belle pagó las consumiciones y regresaron a la seguridad de palacio.

10



## Belle

*7 de diciembre*

El directo estaba saliendo de maravilla. Belle se daba cuenta de que, con cada conexión, el número de gente que se enganchaba a ellos subía. Ella ya intuía que aquello podía salir muy bien pero no esperaba que tanto. El número de seguidores se había disparado tanto que lo había notado incluso ella, que ya no estaba muy pendiente de esas cosas. Es difícil llevar la cuenta cuando son tantos millones de personas, pero en los últimos días no dejaba de subir de un modo un tanto desorbitado. Había salido en algunos noticieros de Estados Unidos y, al parecer, no dejaba de ser tendencia en Twitter. Bueno, esto último lo sabía por Nolan que era quien se ocupaba del tema de las redes.

—En serio, Belle —dijo cuando cortaron la conexión—. Es brutal el modo en que lo estás petando.

—Lo sé, a la gente le encanta ver vidas perfectas. No es nada nuevo.

Se tumbó en la cama, exhausta, y cerró los ojos mientras Nolan seguía hablando.

—No es solo eso. No esta vez.

—Bueno, claro, evidentemente estar en la vida de un príncipe real dota toda la historia de un morbo especial, ¿no? A mí, como espectadora, me encantaría ver cómo es la vida de alguien tan importante. La visión de la monarquía siempre es hermética, como si nadie pudiera acceder a

ellos y...

—No es eso —dijo Nolan riendo y obligándola a abrir los ojos, pues parecía realmente divertido y ansioso—. ¿De verdad no te has dado cuenta?

— ¿De qué?

—La gente quiere más de ti, y más de Frederick. La gente quiere más de los dos, Belle.

—Se trata de eso, Nolan. No es nada nuevo. De hecho, vinimos justamente a eso.

—No lo estás entendiendo.

Belle resopló, exasperada.

—No, la verdad es que no te estoy entendiendo y déjame decirte que es bastante frustrante.

Su amigo soltó una risita y se explicó de una vez por todas.

—La gente está teniendo cierto tipo de fantasías acerca de lo que podría pasar entre una influencer mundialmente conocida por ser una niña de papá y un príncipe europeo guapo y no tan capullo como parecía en un principio. Esto último es cosa mía.

Belle cuadró los hombros y se sentó en la cama de golpe.

—¿Cómo?

—Bueno, pensé que era algo de nuestros seguidores estadounidenses pero lo cierto es que, al parecer, el propio reino de Snowberg está albergando la esperanza de que el príncipe se enamore de cierta chica influencer con carita angelical que...

—Tienes que estar de coña.

—No —Nolan rio, aparentemente encantado—. Estamos petando las redes sociales porque la gente, al parecer, quiere que hagáis gratis lo que a Netflix le costaría una producción completa en época navideña. La gente quiere que el príncipe y tú os enamoréis, os caséis y gobernéis Snowberg en armonía y...

—Para, para Nolan, por favor —dijo Belle masajeándose la sien—. ¿Te das cuenta de la locura que me estás diciendo?

—Sí, yo pensaba lo mismo, pero se están creando cuentas de fans donde hacen fanarts con vuestras fotos oficiales. Y eso que ellos no ven ni la mitad de lo que veo yo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no podrás negarme que hay mucha química entre el príncipe y tú.

—Eso es absurdo y, además, es...

Belle intentó encontrar la palabra adecuada, pero lo cierto era que no podía negar rotundamente que hubiera química entre Frederick y ella porque lo cierto era que había sentido cierta tensión en muchos momentos. En la nieve, por ejemplo, ella había notado el modo en que él la miraba a veces. No las veces en las que se reía de ella por estar más tiempo en el suelo que de pie, no. Se refería más bien a las veces en las que su mirada azulada a intensa se clavaba en ella como si pretendiera ver más allá. Algo peligroso por demás, por supuesto. Belle no podía permitirse algo tan básico como abrirse a otra persona porque ella guardaba demasiados secretos y había personas, como Colton, que aprovecharían la más mínima información acerca de su vida para tirar del hilo. Y si tiraba del hilo y veía lo que realmente había detrás.... No, definitivamente no podía permitirse eso. Empezó a hiperventilar y Nolan, que conocía su mente casi mejor que ella misma, se arrodilló en la cama, justo delante de ella, y enmarcó su rostro con las manos.

—Respira, ¿de acuerdo? Tienes que recordar respirar. Te prometo que todo está bien.

—Si la gente cree que...

—Da igual, Belle. La gente siempre ha especulado acerca de tu vida. Escúchame, estamos en un paisaje que no puede ser más bonito, hay príncipes y princesas jodidamente guapos y todo un reino lleno de luces navideñas y nieve. La gente quiere una historia de amor porque el escenario lo propicia pero eso no significa que tenga que ser real, ¿de acuerdo? Los dos lo sabemos. Creamos una ilusión y hacemos que ellos entren en eso pero nosotros, a este lado,

sabemos lo que realmente hay dentro. Y no hay nada, porque no lo hay, ¿verdad? No existe la posibilidad de que puedas llegar a enamorarte de Frederick.

—No, por supuesto que no —murmuró Belle, pero le habría encantado que su voz sonara más firme.

—Ahí lo tienes. Todo lo que tenemos que hacer es mantener esa ilusión. No confirmar nada, por supuesto, pero tampoco negarlo, ellos caerán en mil suposiciones, como siempre, y cuando regresemos a casa tendrán que deshacer todas esas fantasías para volver a crear otras.

—Lo dices de un modo que parece como si... engañáramos a la gente.

—Es que la engañamos, querida. Nuestro trabajo consiste en eso, y el que es un poco listo lo sabe. No somos malas personas por ello.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Si las personas creen que estamos para algo más que para entretener, el problema lo tienen ellos. Somos como una serie de televisión.

—Hay gente que piensa que mi vida es....

—Da igual, Belle. Tú y yo sabemos lo que es tener una vida jodida y lo importante que es callar ciertas cosas.

Belle tragó saliva. Sí, la historia de Nolan y la suya propia eran lo bastante impactantes como para mantenerlas en secreto. Era lo que siempre habían hecho. Así era como ellos hacían las cosas. Estaba a punto de decirle algo más cuando la puerta se abrió de golpe y una Angela de lo más alterada los miró con la respiración agitada.

—¡Perdón! Debería haber llamado, pero es que os estáis perdiendo la noche de las galletas.

—¿La noche de las galletas?

—¡Sí! Vamos, es en la cocina.

Belle y Nolan la siguieron solo porque Angela parecía excitada al máximo y era raro ver a la

princesa comportarse de un modo tan intenso y natural. Normalmente era comedida y mantenía la imagen en todo momento. A Belle no le llevó demasiado tiempo darse cuenta de que Angela era todo lo que se esperaba que fuera. Se comportaba exactamente como la gente esperaba que lo hiciera. Lo hacía todo bien pero había una especie de luz que cada vez se apagaba más en ella y resurgía solo en algunos momentos. Ese, sin duda, era uno de ellos. Y solo por eso decidió seguirla y contagiarse de su buen humor.

Llegaron a la cocina del reino y allí, para su sorpresa, se encontró no solo con la cocinera principal, sino con la mismísima reina y Frederick llenos de harina. El rey no estaba, pero, según le contaron, llegaría un poco más tarde. La verdad es que era impactante ver a la reina vestida con un suave pijama y un delantal, amasando galletas y con harina en la mejilla. A su lado, Frederick se encargaba de cortar la masa con unos moldes navideños preciosos. Belle estuvo tentada de sacar su teléfono móvil, en realidad, ese era su trabajo, pero de algún modo tuvo claro que no, que aquello era distinto. Aquellos no eran la reina, el príncipe heredero y la princesa. Aquello era una cocina con una madre y sus hijos haciendo galletas. Una familia. Y ella no podía meterse en la vida íntima de una familia. Sí, sabía que podía ser algo que, sin sentido, pero de todas formas sintió que lo más honrado que podía hacer esa noche era guardar su teléfono móvil y eso hizo, no sin antes desconectarlo. Lo apagó, se lo dio a Nolan y, cuando se giró, se percató de la mirada que estaba dedicándole Frederick.

Ahí estaba de nuevo esa intensidad.

Y, aunque odiara reconocerlo, ahí estaban de nuevo las mariposas en su estómago.



## Frederick

*7 de diciembre*

El modo en que Frederick vio a Belle debatir consigo misma lo fascinó por completo. Durante un instante sintió un poco la presencia de Belle. Angela había ido a buscarla supercontenta por petición de la reina, su madre, pero él no quería que aquella tradición tan íntima formara parte del circo que se estaba montando con todo aquello. Y no es que menospreciara el trabajo de Belle, pero lo que no iba a permitir era que algo que había pertenecido solo a ellos, de pronto formara parte de todo el mundo. Además, tampoco entendía bien qué tenía de atrayente que cocinara junto a su madre y su hermana. Bueno, y su padre, solo que él siempre llegaba más tarde, generalmente a la parte buena, que era la de comer. Fueron solo unos segundos, los mismos que tardó Belle en decidir, los que tardó Frederick en pensar que él no podría vivir nunca así, pendiente del teléfono hasta el punto de tener un dilema interno acerca de algo que, a sus ojos, era simple.

Claro que, a ojos de los demás, su trabajo como príncipe y futuro rey era simple, pero lo cierto era que, para ocupar su puesto, renunciaba a muchísimas cosas. Gran parte de su intimidad, por ejemplo. Tenía que asegurar una descendencia, lo que daba por hecho que él no podía decidir si quería o no tener hijos. Los quería, claro, ese no era el tema. El tema era que, de no haberlos querido, tampoco podría haber elegido. Frederick no podía disfrutar de la sensación

de sentarse en un banco y ver a la gente pasar sin que nadie lo mirase a él. No podía observar el mundo tranquilo porque el mundo solía observarlo a él. Era un poco lo mismo que le ocurría a Belle, solo que él no tenía más remedio y ella lo había elegido.

Por eso no lo entendía.

Y, al final, lo importante es que, después de aquel debate interno, acabó ganando la parte emocional, o eso quiso pensar él, y la vio apagar el teléfono antes de dárselo a Nolan. Aquello hizo que una especie de orgullo se expandiese por su interior. Algo que no comprendía muy bien, porque no tenía sentido sentirse tan orgulloso por algo que hiciera otra persona. Sobre todo, cuando esa otra persona no le importaba... o de eso quería convencerse él.

Su madre se limpió las manos, cogió un delantal de un cajón y se acercó a Belle con una sonrisa.

—Hora de trabajar, señorita. O no tendrás derecho a comer las galletas después.

—¿Y entonces por qué papá sí lo tiene, aunque siempre llegue tarde? —preguntó Angela.

—Eso es distinto —dijo su madre—. Él es el rey.

—¿Eso quiere decir que el año que viene yo me libraré de hacer galletas? —preguntó Frederick con socarronería—. Seré el rey.

—También serás mi hijo y, por tanto, seguirás bajo mis órdenes.

—Oh, ya decía yo que lo de ser rey cambia dependiendo de si se trata de mi padre, o de mí.

—¿Ya estás criticando, muchacho? —preguntó su padre entrando en la estancia.

Vestía un pantalón de chándal y un jersey. Era imposible verlo así oficialmente pues siempre vestía de un modo impoluto, pero estaban en familia, aunque ese año se sumaran dos personas más.

Frederick soltó una carcajada y le tiró uno de los cortadores con forma de árbol de Navidad.

—Venga, viejo, demuestra de lo que eres capaz.

—¿Viejo yo? No te equivoques, niño, que vaya a darte la corona no significa que sea un anciano, solo que ya estoy cansado de llevar su peso y es hora de que te ocupes tú.

Todos rieron, pero lo cierto era que Frederick sabía que su padre sí estaba muy cansado. Y él no tenía problemas en asumir que había llegado el momento de tomar el relevo. Estaba listo, se había preparado durante toda su vida para ser rey y ahora que había llegado el momento no tenía dudas. Ni una sola. Era su destino y, además de aceptarlo, lo quería.

—¿Y yo qué hago? —dijo Nolan.

—Puedes sacar las bandejas del horno... sin guantes —sugirió Angela.

—¡Cariño! Eso es muy cruel —la riñó su madre—. Nolan, querido, ¿por qué no amasas tú? Tienes los brazos fuertes, seguro que te cuesta menos que a mí.

—Yo también tengo los brazos fuertes —se quejó Frederick.

—No tanto —dijo el propio Nolan, que ante el cumplido de la reina camina como todo un gallito, pecho afuera incluido.

—Dios, es increíble cómo nieva —dijo Belle interrumpiendo su respuesta, lo que le dio rabia, porque era una gran respuesta.

Aun así, miró por el gran ventanal de la cocina y pudo ver que, en efecto, nevaba muchísimo. Oyó un suspiro y supo de inmediato de quién se trataba.

—Cada vez que veo nevar así recuerdo la noche que di a luz a Frederick y Angela. Fue una noche tan intensa y especial...

Frederick sonrió y besó la mejilla de su madre en un acto reflejo, igual que Angela, que se acercó a abrazarla con todo el amor que ambos le tenían.

—He visto muchas cosas a lo largo de mi reinado, pero nada me aterró más que verte parir aquella noche —dijo el Rey—. Fue como ver a una gatita transformarse en leona.

Todos rieron pero, en realidad, era tan patente el amor que su padre sentía por su madre que

el ambiente se volvió aún más especial.

Hicieron tantas galletas que decidieron que al otro día ofrecerían a todos los empleados, se comieron tantas que probablemente tendrían dolor de estómago durante horas y bebieron un chocolate caliente que, sorprendentemente, hizo Nolan, que aseguraba tener una receta que curaba todos los males. Más sorprende aún fue descubrir que tenía razón.

—En serio, chico, vas a tener que darme la receta de este chocolate —dijo la cocinera, que había estado con ellos todos el tiempo, pues llevaba trabajando allí desde que Frederick tenía memoria y era como parte de la familia.

—¿O qué?

—O no te dejaré salir de Snowberg nunca. No volverás a casa hasta que esa receta esté en mi poder.

Nolan rio y dio un sorbo a su chocolate.

—Creo que podría acostumbrarme a vivir aquí.

Todos rieron, pero Frederick fue consciente de la mirada que Angela le dedicó a Nolan. ¿Eran imaginaciones suyas o allí pasaba algo? No pudo pensarlo muy a fondo, porque de pronto y sin previo aviso Belle se levantó y se quitó el delantal.

—Creo que me siento un poco mal por comer tantas galletas. Hora de dormir.

Sonrió a toda la familia, que la entendió, y se marchó, pero la verdad era que Frederick no se había creído aquello, así que no dudó ni un segundo en seguirla en cuanto pudo escaparse sin levantar sospechas. Recorrió los pasillos que llevaban a su habitación y, una vez llegó, tocó en la puerta con los nudillos. Belle no contestó, así que decidió hablar para que supiera que era él.

—Belle, ¿puedo hablar contigo un momento?

Silencio al otro lado durante un segundo, dos, tres, cuatro... Frederick había contado ya 23 segundos cuando la puerta se abrió y Frederick pudo ver a Belle con la mirada más triste que

había visto nunca en nadie.

—No es un buen momento.

—Entiendo... ¿Quieres hablar de ello? —Ella negó con la cabeza—. ¿Segura?

Belle preció pensarlo unos instantes y, finalmente, suspiró, abrió la puerta y le permitió entrar en su dormitorio. Ella se sentó en los pies de la cama y él eligió uno de los sillones de la habitación.

—Es solo que me da un poco de envidia, ¿sabes? Y odio sentir envidia.

—¿Envidia?

—Sí, cuando llegué aquí pensé que todo sería fácil. Me imaginé que no tendría problemas en retransmitir vuestra vida porque seguramente seríais fríos e impersonales y la única dificultad sería conseguir una visión amable para el resto del mundo. Pero la realidad es que no solo sois amables. Sois dulces, buenas personas y, además, sois una familia, Frederick.

—Sí, lo somos —confirmó como una evidencia. Ella rio ante su desconcierto.

—Suena raro, lo sé, pero es que yo no os veía así. Os veía como a la familia real, como si fueseis un equipo de trabajo y cada uno tuviera su función muy clara. No esperaba encontrar una familia que se quiere y se apoya por encima de los títulos y cargos, por muy ostentosos que estos sean. Debe ser muy bonito tener una familia que te quiere y sostiene tus emociones cuando estás bien y, sobre todo, cuando estás mal.

Frederick frunció el entrecejo, un poco contrariado.

—Bueno, tú tienes a tu padre, ¿no? Eres una princesita de papá —dijo para hacerla reír, solo que no funcionó.

—Sí, mi padre... Bueno, es distinto. Mi padre viaja mucho y es un hombre muy ocupado.

A Frederick le quedó claro que ella no quería seguir hablando de aquello. Al parecer se sentía mal de verdad, así que lo mejor que podía hacer era dejarla descansar. Aunque no lo

pareciera, él sabía bien lo que era sentirse sobrepasado por las emociones, así que se despidió de ella y se marchó a su propia habitación. Se dio una ducha, se puso el pijama y, ya en la cama, reflexionó acerca la vida de Belle. Abrió la cuenta de Instagram falsa que se había hecho solo para poder mirar el Instagram de Belle y, observando su perfil, se dio cuenta de que, aunque hablaba mucho de su padre, él jamás aparecía en las fotos. Pensó que era una pena que, en realidad y según parecía, más que padre Belle tenía un proveedor de artículos de lujo. Le daba una vida maravillosa, pero era evidente que no estaba muy presente en su vida. Él sabía bien el esfuerzo que habían hecho sus padres para diferenciar las obligaciones del reino con su vida familiar y, de pronto, sintió mucha lástima por Belle Caruso.

También sintió otras cosas, pero no estaba ni remotamente listo para pensar en ello, así que apagó la luz y se dispuso a dormir.

12



## Belle

*11 de diciembre*

Unos días más tarde, Belle regresó a palacio después de asistir a la interminable jornada de puertas abiertas a los talleres que los artesanos de la capital del reino ofrecían todos los años durante las fechas navideñas. Acompañada de Frederick, Belle había visto sopladores de vidrio convertir una masa uniforme en vasija, ceramistas cocer cuencos de arcilla en enormes hornos para luego pintarlos, ebanistas tallar diseños intrincados en trozos de madera virgen y confiteros crear el chocolate más delicioso que hubiera probado nunca. Había subido decenas de fotos en Instagram, completamente fascinada por el proceso de creación de todos aquellos productos que ella estaba acostumbrada a comprar en grandes almacenes o Internet. Había algo romántico en el oficio de artesano, en lo hecho a mano, y eso mismo fue lo que Belle explicó a sus seguidores en el directo de aquella noche justo antes de darse una ducha y acostarse.

Belle se sentía exhausta como hacía años que no lo hacía. Llevaba dos semanas en Snowberg y habían sido dos semanas intensas y extenuantes hasta decir basta. No solo por el hecho de tener programado cada segundo de su tiempo, a excepción del día en la estación de esquí, sino también porque la demanda de sus seguidores había aumentado tanto en los últimos días que se había visto obligada a incrementar el ritmo de sus publicaciones de forma frenética. Tenía la sensación de vivir con el teléfono móvil pegado en la mano, cosa que empezaba a

resultarle agobiante, y lo peor de todo era que nada de lo que hacía parecía ser suficiente para saciar el hambre de sus fans. Nolan había estado en lo cierto al afirmar que todos ellos esperaban que Frederick y ella se enamoraran. Las cuentas dedicadas a ellos dos se habían multiplicado en poco tiempo y en redes sociales todo el mundo se refería a la hipotética pareja surgida entre ambos como Frelle, por la contracción de sus nombres. Incluso se habían hecho eco de los rumores los medios sensacionalistas y se escribían decenas de artículos diarios especulando sobre un posible romance entre ellos. A pesar de que Belle estaba acostumbrada a estar en el ojo del huracán mediático, aquella persecución la desbordaba. No era la primera vez que la emparejaban falsamente con alguien, pero sí era la primera vez que aquello le molestaba de una forma especial. Quizás porque en esa ocasión no se trataba de un actor o un cantante en busca de su minuto de fama, al igual que ella. No, en aquella ocasión se trataba de Frederick VI de Snowberg, príncipe y futuro rey de un pequeño reino perdido en los Alpes Orientales, alguien lo suficientemente inalcanzable para ella como para permitir que esos estúpidos rumores infundados dieran alas a sus estúpidas fantasías. Porque las tenía. Por supuesto que las tenía. ¿Quién nos la tendría en su lugar? Como la mayoría de las niñas, de pequeña había creído en los cuentos de hadas con príncipes azules, brujas malvadas y princesas encantadas. Había dejado de creer en todo eso al crecer, como todas, pero en un rincón de su interior seguía existiendo lugar para la esperanza.

Sentada frente al elegante tocador de su habitación, Belle no pudo evitar mirarse al espejo con cierto desasosiego. Acababa de aplicarse una máscara facial de color verde que olía francamente mal y se había colocado un turbante para recoger su cabello y que este no se le cayera en la cara. Normalmente disfrutaba de aquellos minutos de tratamiento de belleza revitalizante, pero no fue el caso. Llevaba todo el día con una opresión en el pecho que no la dejaba apenas respirar y esta sensación aumentaba cuando pensaba en Frederick.

Enfurrugada consigo misma, cogió el móvil y revisó sus últimas publicaciones en Instagram para ver las fotos subidas. La mayoría de ellas eran fotos de Frederick y ella juntos, y la química

que existía entre ambos era tan evidente que traspasaba la pantalla. En realidad, había sido una sugerencia de Nolan la de subir ese tipo de fotos, ofreciendo al público su dosis de Frelle para que los seguidores y visualizaciones siguieran aumentando a buen ritmo. Todo aquello no hubiera sido más que una estrategia de marketing inocente si no fuera porque las instantáneas captadas por Nolan tenían muy poco de estrategia y mucho de verdad. Se fijó en una foto en concreto. En ella, Belle estaba absorta mirando uno de los belenes del museo especializado al que habían asistido días atrás, y Frederick, a su lado, la miraba a ella de una forma tan intensa que, desde fuera, parecía obvio que entre ambos existía algo más que una relación profesional. Contrariada ante este pensamiento, desconectó el móvil, se tomó un par de pastillas para dormir para vencer el insomnio y se tumbó en la cama.

Tenía que reconocer que las cosas entre ella y Frederick habían evolucionado de una forma un tanto curiosa teniendo en cuenta sus inicios. Sin bien al principio Belle dudó de que Frederick y ella se entendieran, con el paso de los días se había ido forjando entre ambos un vínculo de complicidad muy agradable. Puede que Belle siguiera sacando de sus casillas a Frederick con sus planes y sus exigencias, y puede que Frederick siguiera sin cumplir al cien por cien con las demandas de Belle, pero a pesar de todo eso era innegable que existía una conexión peculiar entre ambos. Y bueno, también existía otra cosa mucho más prosaica, como la atracción. Porque podía negárselo a los demás, pero no podía negarse a sí misma que Frederick le atraía, y mucho, y no solo por su imponente físico, aunque también, sino por el hombre leal, educado y generoso que se escondía bajo la piel del príncipe con fama de arrogante, vividor y mujeriego que todo el mundo creía conocer.

A pesar de ese batiburrillo de pensamientos confusos, Belle era plenamente consciente de que nunca ocurriría nada romántico entre ellos. Eran muchos los motivos por los que una posible relación entre ambos era imposible, así que tampoco valía la pena seguir perdiendo el tiempo en cavilaciones que no llevaban a ninguna parte. Para empezar, Frederick lo tenía todo y ella no tenía nada. No se refería al hecho de que Frederick fuera un príncipe y ella una simple chica

neoyorquina sin ningún título nobiliario en su haber. No, no se trataba de eso. Se trataba del hecho de que Frederick tenía una familia que lo amaba y lo comprendía mientras que ella no tenía a nadie. Estaba sola, tan sola que había decidido llenar el vacío de su existencia con mentiras que no podía compartir con nadie y que se habían ido enrollando en su cuello como si de una soga preparada para ahorcarla se tratara. Cualquier pequeño movimiento en falso podría ser fatal. Solo Nolan sabía la verdad, y eso, en lugar de ser un alivio, le entristecía. Porque había arrastrado a Nolan a su vida de mentiras. Porque si algún día ella caía, él caería con ella también.

Por suerte, en algún momento entre pensamiento y pensamiento, los somníferos hicieron efecto y Belle se vio arrastrada hacia un sueño pesado y profundo donde la tristeza no tenía cabida, y donde podía olvidarse de todo, al menos, durante unas horas.



## Frederick

*15 de diciembre*

Pocos días después, Frederick llamó a la puerta de Belle justo antes del amanecer. Por una vez, quería ser él quién planeara algo para ella. Además, desde el día en el que habían ido a visitar los talleres de los maestros artesanos, esta se mostraba apocada y triste, algo poco habitual en una persona como ella de carácter alegre y jovial por naturaleza. En sus publicaciones disimulaba, claro, y actuaba como siempre, pero una vez las fotos y los vídeos se terminaban, el halo de tristeza volvía a alcanzarla, lo que confirmaba de nuevo su teoría de que las redes sociales no reflejaban la realidad, sino que era una especie de escaparate ficticio donde la gente exhibía una vida perfecta completamente inexistente. El punto era que Frederick había notado la preocupación en Belle y había decidido ir a buscarla con nocturnidad y alevosía con el deseo ferviente de que aquello que había preparado para ella levantara su ánimo.

—¿Frederick? —Al otro lado, la puerta se abrió y le mostró a una Belle de aspecto adormilado. Llevaba el pelo ligeramente revuelto y un pijama cuya tela parecía muy sedosa al tacto. Aquel pensamiento le llevó a pensar también en lo agradable que sería deslizar los dedos por su superficie. Y por la de debajo...—. ¿Qué haces aquí?

Los pensamientos inapropiados desaparecieron y en su lugar Frederick le dedicó una sonrisa socarrona.

—Hay algo que quiero mostrarte.

Los ojos de Belle se entrecerraron en la oscuridad.

—¿Qué hora es? ¿No es demasiado temprano?

—Nunca es demasiado temprano para un príncipe. Ya sabes, como futuro rey me preocupo tanto por mi pueblo que me despierto antes del amanecer para hacer cosas —dijo burlonamente. Usó la misma frase que Belle había usado el día después de su llegada a palacio cuando coincidieron en la cocina, y por la forma en la que Belle alzó las cejas era obvio que la había reconocido.

—Frederick... ¿qué pretendes?

—Quiero que veas algo, ya te lo he dicho. Así que, venga, vístete y ponte ropa de abrigo. Y no tardes, si no llegaremos tarde.

A pesar de que Belle no le cedió el paso, Frederick se escurrió al interior de su dormitorio y se sentó en la banqueta que había a los pies de la enorme cama con dosel. Belle le siguió desconcertada.

—¿Se puede saber qué haces?

—Esperar aquí mientras te cambias. La presión de mi mirada sobre ti hará que vayas más rápido.

Belle soltó una risa incrédula.

—¿Acaso has bebido? Debes estar borracho si de verdad crees que voy a desnudarme frente a ti.

—He visto fotos tuyas en bikini, cielo, las tienes colgadas en tu Instagram, y eso no es muy distinto a verte en ropa interior.

—¿Te has dedicado a ir cotilleando mis redes? —Belle lo miró boquiabierta.

Una sonrisa se torció en los labios de Frederick

—He hecho un trabajo de investigación exhaustivo respecto a ti y verte en bikini formaba parte de ese trabajo.

Belle se dedicó a mirarlo en silencio unos segundos, fijamente, pero no dijo nada al respecto, se limitó a abrir el ropero para sacar prendas de él y a pedirle con voz imperativa:

—Date la vuelta mientras me visto.

—Oh, pero eso quita toda la gracia al asunto.

—Frederick... —Una mirada de advertencia lo atravesó.

—Está bien, está bien. —Se puso en pie con las manos levantadas a modo de rendición y se dio la vuelta—. Pero date prisa, no quiero que te lo pierdas.

Un cuarto de hora más tarde, Belle y Frederick salían de palacio ataviados con sus abrigo, gorros con orejeras y botas de pelo. Al salir al exterior un viento gélido acarició las mejillas de Frederick y como medida de precaución este se giró hacia Belle y le subió un poco la mullida bufanda que llevaba, asegurándose de que estuviera bien protegida del frío. Los estaba esperando un chófer, así que se subieron en el coche y emprendieron el camino. No tardaron en llegar a una cabaña de madera iluminada por guirnaldas de luces y varias farolas. A su lado, Belle se removió con la mirada fija en lo que ocurría al otro lado de la ventanilla.

—¿Eso que veo allí es un trineo tirado por huskys siberianos? —La boca de Belle se abrió de par en par.

Con una sonrisa, Frederick asintió. Frente a la puerta de la cabaña el señor Wallner, propietario de aquel negocio, los esperaba ya con el trineo preparado. Los perros se removían nerviosos sobre la nieve, moviendo sus colas mientras se husmeaban entre sí. Se había vestido de Santa Claus, y al percatarse de su llegada los saludó sonriente desde la parte trasera del trineo.

—Venga, si queremos llegar a tiempo debemos darnos prisa.

Salieron del coche y se acercaron al trineo. Belle enseguida se acercó a los perros para

acariciarlos y hablarles como si de verdad pudieran entenderlos. Cuando el señor Wallner les pidió que se subieran en el trineo, la influencer lo hizo con una enorme sonrisa en la boca, algo que hizo que el pecho de Frederick palpitará con fuerza. Verla sonreír de aquella manera de nuevo, después de días sin hacerlo, y saber que en parte lo había provocado él, le hizo sentir tremendamente orgulloso de sí mismo.

Tras colocarse bien sobre los asientos, los perros empujaron el trineo sobre la nieve, cruzando la gran superficie blanca que se cernía sobre ellos. Al percatarse de que Belle se estremecía a su lado, Frederick subió la manta que los cubría hasta arriba del todo, consiguiendo con ese gesto que Belle le dedicara una sonrisa dulce de agradecimiento. En aquel momento, en el horizonte, sobre los picos más altos, se filtró el primer rayo de luz de la mañana.

—No hay mejor sitio para ver amanecer que desde este sitio —susurró Frederick a Belle que parecía extasiada mirando las pinceladas anaranjadas que rompían con la negrura espesa de la noche.

—Es... mágico.

—Siempre que tengo un mal día o que necesito algo que me reconforte vengo aquí —explicó Frederick con una sonrisa nostálgica—. No hay nada mejor para elevar el espíritu que recordar que, después de la noche más oscura, siempre acaba saliendo el sol.

Belle asintió, sin dejar de mirar aquel hermoso espectáculo natural. A Frederick le sorprendió que en ningún momento ella se sintiera tentada de grabar aquel acontecimiento con su móvil. De alguna manera, que no lo hiciera, convertía aquel momento en algo que les pertenecía únicamente a ellos dos.

Era la primera vez en su vida que Frederick llevaba a una mujer a pasear con trineo, exceptuando a Angela. Había cosas que solo le gustaba compartir con la gente que le importaba, y deslizarse sobre la nieve durante la noche con huskys siberianos para ver el amanecer era una de esas cosas. ¿Eso significaba que Belle le importaba? Probablemente sí. No había duda de que

aquella chica en las últimas semanas lo había vuelto loco de múltiples maneras. Y aún no estaba preparado para comprender el alcance de alguna de ellas...

—Frederick... —La voz de Belle lo devolvió a la realidad e hizo que centrara su mirada en ella, que también lo estaba mirando—. Gracias. Gracias por esto.

—No tienes que darme las gracias, pensé que esto te animaría.

Belle le dedicó una mirada sorprendida.

—¿Por qué creías que tenías que animarme?

—Porque llevas días alicaída. Y puede que engañes a tus seguidores con esas sonrisas estudiadas que tan bien sabes hacer, pero no puedes engañarme a mí. He tenido el placer de verte sonreír de verdad, señorita Caruso, y déjame decirte que tu sonrisa auténtica da mil patadas a cualquier otra sonrisa de tu repertorio. —Al percatarse del significado de sus palabras, Belle rehusó su mirada, pero Frederick le cogió de la barbilla para forzar de nuevo el contacto visual—. Eh, no pasa nada. Está bien no estar bien.

—No, no lo está. No cuando te dedicas a vender tu imagen.

—Todo el mundo tiene derecho a tener días de mierda. Incluso tú. No puedes dejar que los demás gobiernen tus sentimientos. Eso te pertenece. Y dicho esto... Si necesitas alguien con el que hablar de cualquier cosa... puedo darte el número de mi psicólogo personal —bromeó Frederick ganándose que Belle lo golpeará con el puño cerrado en el costado, lo que le provocó una carcajada—. Era broma, mujer. Lo que quería decir es que puedes contar conmigo.

Belle esbozó una sonrisa ligera con los ojos muy fijos en los suyos. Estaban muy cerca, y Frederick podía sentir el vaho que salía de su boca a causa del frío rozándole la cara.

—Eres un buen tipo, Frederick VI de Snowberg.

—Shtt. —Frederick colocó un dedo sobre los labios rosados de ella—. No lo digas muy alto. Tengo una reputación que mantener.

Belle rio pero su risa enseguida se extinguió, a cambio, sus ojos parecieron titilar con fuerza bajo la luz tenue del amanecer que cada vez ganaba más espacio a lo que quedaba de la noche. Fue entonces cuando Frederick fue consciente de lo cerca que estaban sus rostros, de lo fácil que sería vencer los centímetros que faltaban hasta posar sus labios en los suyos. Y lo hubiera hecho. ¡Claro que lo hubiera hecho! Lo hubiera hecho de no ser porque, a pesar del deseo que recorría en aquel momento cada punto de su sistema nervioso, sabía que aquello estaría condenadamente mal y podría complicarle las cosas.



## Belle

*15 de diciembre*

Era completamente lógico, normal y posible perder la cabeza por el príncipe Frederick VI de Snowberg. ¡Lo difícil era no hacerlo! Entendía a todas las mujeres que caían rendida ante sus pies, aunque al principio las criticara, pero es que él era guapo, atento, educado y olía a galletas de Navidad y promesas demasiado buenas para ser ciertas. Belle sabía que no debía dar rienda suelta a lo que deseaba, claro que lo sabía, no era tonta o le gustaba creer que no lo era, pero no había nada que quisiera más en aquel instante, con el sol comenzando a acariciarlos y la nieve rodeándolos, que olvidar el conocimiento de que todo lo que iniciara con él podía salir mal. Le encantaría, pero no dejaba de preguntarse cómo sería un beso del príncipe. Solo tenía que acercarse un poco más. Era una cuestión de milímetros, porque podía oler lo cerca que estaba, tanto que los ojos se le fueron cerrando, como en una preparación inconsciente a un beso de película. El problema era que no estaban en una película. Sus narices ya se rozaban cuando un destello, que no provenía de la nieve, los distrajo. Miraron de inmediato hacia el punto del que venía y tanto Frederick como ella vieron a Colton Smith corría por el monte, intentando ocultarse entre los árboles. Oyó el juramento de Frederick y supo, antes de mirarlo, que estaba enfadado.

—Pienso hacer que lo saquen del reino hoy mismo. ¡Hoy mismo! Es indignante que nos traten de este modo. Esto no es un acto oficial y debería sentir más respeto por la intimidad de las

personas.

Belle quiso decir tantas cosas... Quiso decir, por ejemplo, que el respeto era algo que no entraba en el vocabulario de Colton, ni de muchos como él, que solo querían una foto jugosa como la que seguramente acababa de conseguir para poder venderla a cambio de mucho dinero. Luego su intimidad sería desgranada en prácticamente todos los sentidos en radio, televisión y diarios. Belle estaba acostumbrada. Conseguir tanto dinero sin aparente esfuerzo tenía partes negativas y esa era una de ellas. Nolan intentaba aliviar la tensión que todo aquello le preocupaba, pero Nolan no estaba en aquel instante. Era Frederick quien seguía maldiciendo mientras ella se encogía en el trineo, bajo la manta, y temblaba como una hoja, pero no de frío, sino de nervios y miedo.

—Belle, ¿estás bien? Dios mío, debes estar helada. —Frederick la tapó aún más, preocupado por su temblor, y dio la orden de regresar a palacio cuanto antes.

En el camino no hablaron, la magia creada durante el paseo y el amanecer se perdió por completo y Belle solo quería acurrucarse en la cama porque, pese a todo lo que había ocurrido, lo que más lamentaba de todo era que, al final, no había conseguido besar al príncipe.

Frederick la acompañó hasta su habitación, convencido de que había cometido un error gravísimo al hacerla salir tan temprano y posiblemente estaba enferma.

—No tengo nada —le aseguró ella—. A veces, cuando me pongo nerviosa, tiritó o tiemblo.

—De todas formas llamaré al médico de palacio. No perdemos nada porque te eche un vistazo.

—¿Y qué va a mirarme? No me duele nada, Frederick, no seas absurdo. —Él la miró tan preocupado que Belle se sintió mal por decir eso—. Lo siento —confesó—. Es solo que me ha puesto muy nerviosa que nos interrumpieran en un momento tan delicado. No quiero que tengas problemas por mí. Se supone que estoy aquí para limpiar tu imagen, no para ensuciarla más.

—No has ensuciado nada —contestó él, por fin, más tranquilo, sonriendo un poco y

parándose frente a la puerta de la habitación de Belle—. Oye, nos ha hecho una foto en la que estábamos muy juntos, sí, ¿y qué? Tendrá más carnaza para vender ese supuesto romance que nos quieren adjudicar, pero poco más.

—¿Sabes lo del romance que nos quieren adjudicar?

—Yo lo sé todo, cariño.

—¿Y no te molesta?

Belle se apoyó con los hombros en la puerta de su habitación y Frederick quedó frente a ella, muy muy cerca.

—En realidad... no. —Su rostro se acercó al de ella y su voz, de pronto, sonó más grave—. Lo que me molesta es que nos fotografieran en un momento tan... íntimo.

—¿Era un momento íntimo? —preguntó ella con falsa inocencia.

—Me gusta pensar que sí.

—¿Por qué estábamos viendo el amanecer?

—Y porque no podía decidir si besarte sería la mejor decisión de mi vida o el peor error de todos.

Al saber que él también había estado pensando en ello, Belle sintió que su estómago se llenaba de fuegos artificiales. También de terror, porque sabía que aquello suponía meterse en problemas, pero en aquel momento, con la adrenalina corriéndole por las venas, ella solo quería más, mucho más de todo lo que él tuviera que decir. De todo lo que él quisiera hacer.

—¿Y has llegado a una conclusión? —preguntó Belle.

Frederick sonrió, apoyó las manos en la puerta, justo a cada lado de su cabeza, y se acercó flexionando sus brazos hasta volver a rozarle la nariz.

—El trineo, rodeados de nieve, con el amanecer delante... era mucho más bonito.

—A veces lo bonito no está en la escena, sino en el acto.

Frederick sonrió lentamente y el pulso de Belle se aceleró tanto que temió tener un infarto.

—Creo que tienes razón, Belle Caruso.

Y entonces, por fin, sus labios cubrieron los de ella y Belle se dijo a sí misma que segundos antes no había sentido fuegos artificiales. ¡Aquello sí que eran fuegos! Era como tener un estallido eterno en la cabeza conectándose con su estómago y corazón. Quería gritar de pura emoción, abrazarlo, pedirle que siguiera y no parara nunca.

Quería... quería más. Más de todo. Por esa razón giró el pomo de la puerta, haciendo que ambos perdieran un poco el equilibrio, y se separó de sus labios el tiempo justo de sonreír.

—¿Entras...?

Frederick la miró de tal forma que sus sentidos se nublaron por completo.

15



## Frederick

*15 de diciembre*

Frederick nunca hubiese imaginado cómo era un tornado dulce, pero Belle daba con la definición perfecta en su comportamiento. Era fogosa en un instante y dulce como el caramelo en el siguiente. Lo besaba con unas ganas que lo tenían completamente hechizado. Podría pararse a pensar qué estaba haciendo. Debería, de hecho, pero sabía que no lo haría. Era demasiado tarde para frenar, la deseaba demasiado.

Llegaron a los pies de la cama besándose con una pasión que lo tenía completamente duro y excitado. La rodeó con los brazos, besó su mentón y acarició la curva de su cuello con la lengua mientras los rayos del sol se colaban por la ventana. Cuando acabaran con aquello ni siquiera podrían echar la culpa a la noche porque acababa de amanecer.

—Frederick... —susurró ella con un suspiro entrecortado.

—Lo sé.

No, no tenía ni idea, pero quería creer que sabía lo que hacía cuando le quitó el abrigo, el gorro, el jersey y la dejó en sujetador, tumbándola en la cama despacio, en parte porque quería ser delicado y en gran parte porque ese sujetador rosado de encaja lo tenía obnubilado.

Merodeó por su cuello de nuevo, tumbándose a su lado, pero su mano decidió ir más allá y se coló bajo la cinturilla de su pantalón, buscando directamente su sexo. Quería saber si la iba a

encontrar caliente o, por el contrario, todavía necesitaba un poco de calentamiento. Por supuesto, no tenía ningún problema en ayudarla con eso pero Frederick no podía ocultar su satisfacción cuando encontró que la tela de sus braguitas estaba ya mojada.

—Joder, nena —murmuró en su boca cuando ella gimió. Apartó la tela de las braguitas con trabajo, pues seguía con el pantalón puesto, y acarició su hendidura—. Voy a quitarte todo esto. Quiero tocarte más y mejor. Quiero... lo quiero todo.

Frederick no tenía ni idea, pero pensaría aquello último durante mucho tiempo después de haberse acostado con Belle Caruso.

Ella respondió empujándolo, bajando de la cama y quitándose todo lo que le quedaba de ropa. Se quedó desnuda, gloriosamente desnuda y se acercó a la cama con la intención de subirse, pero Frederick la paró. Se sentó en el borde de la cama, sujetó sus caderas y coló los dedos entre sus piernas. Así, teniéndola de pie, desnuda cuando él todavía estaba vestido y ansiosa por más caricias, Frederick pensó que era el tío con más suerte del jodido mundo, porque esperaba por él. Quería que él colmara sus necesidades y aquello era... joder, para aquello no había palabras. Separó las piernas de Belle un poco, metió la cabeza entre ellas y pasó la lengua por su clítoris arrancándole un gemido.

—Oh, Fred... —No pudo acabar de decir su nombre, porque él acompañó el movimiento de ciertas caricias circulares que la hicieron gemir con fuerza.

—Creo que quiero más de esto —murmuró Frederick tumbándola en la cama por sorpresa. La colocó boca arriba, abrió sus piernas y se perdió entre sus pliegues mientras Belle se arqueaba contra su boca y acariciaba su pelo—. Dime cómo te gusta.

—Así, cielo, así lo haces perfecto.

Frederick sonrió pagado de sí mismo y agradecido. Le encantaba hacer sexo oral a las mujeres, pero solo si ellas lo gozaban y Belle... joder, Belle lo gozaba mucho. Era desinhibida de un modo dulce que lo estaba volviendo loco. Metió un dedo en su interior y, cuando ella no

se quejó, metió un segundo acompañándolo a las caricias de su lengua. Entonces sí, Belle comenzó a romperse de placer, perdió la poca contención que le quedaba y pedía más sin parar. Frederick se lo dio, chupó, mordisqueó y acarició hasta que ella intentó apartarlo, temerosa de correrse. Frederick no paró.

—Quiero que te corras, nena, así, en mi boca.

Y ella lo hizo, joder, y fue brutal de un modo que no había sentido nunca, porque era sexo, sí, era el mismo acto que había hecho muchas veces, pero había algo que no se sentía distinto. Aquella era Belle. Aquello era... era distinto. Más gratificante. Más... más. Mucho más, aunque no quisiera pararse a pensarlo.

—Frederick...

Estaba tan ensimismado que no se dio cuenta de que ella lo llamaba. Cuando miró hacia arriba la encontró con las pupilas dilatadas, una sonrisa preciosa y una promesa pintada en la cara que lo conquistó en el acto.

—Dime —susurró besando su muslo.

—Me toca.

Frederick tragó saliva. No quería que hiciera nada que no le apeteciera pero a juzgar por su mirada... le apetecía, y cuando hizo que él se sentara en la cama para quitarle el jersey el príncipe se sintió como nunca antes. ¿Qué le pasaba? Lo habían desvestido cientos de mujeres y nunca había sentido aquella tensión en el estómago. Aquella anticipación tan brutal.

Belle lo despojó de toda la ropa poco a poco, besando su hombro, sus pectorales, sus abdominales... Cuando por fin lo dejó sin pantalones y solo le quedó el bóxer, ella decidió que era buena idea mordisquearlo por fuera, provocando que Frederick apretara los dientes. Joder, quería más de aquello y lo quería cuanto antes.

—Nena...

Ella sonrió pagada de sí misma y Frederick gruñó más, porque estaba a mil. Belle bajó el bóxer y liberó su polla, al fin, acogiéndola con sus manos y su boca, y el príncipe de Snowberg estuvo muy cerca de perder la cordura.

No sabría decir cuánto duró aquello, pero llegó un momento en que el placer fue tal, que hizo que Belle dejara de chuparlo, no podía aguantarlo. La separó de su cuerpo, la tumbó en la cama y se colocó sobre ella.

—Dime que tienes un condón por aquí —susurró prácticamente desesperado.

—Soy una chica moderna, príncipe, por supuesto que tengo condones. Mira en el bolsillo interior de mi maleta roja.

Frederick se levantó de inmediato, fue al vestidor y miró donde le decía. Los encontró, junto a un gel lubricante y un consolador. Gimió y se prometió repetir con Belle solo para usar todo eso. Se acercó a ella rasgando el preservativo con los dientes, se lo colocó y subió de nuevo sobre su cuerpo, exactamente igual de excitado que cuando bajó, porque estaba seguro de que no había nada que pudiera hacer que su excitación su fuera hasta acabar con Belle.

La penetró con cuidado, lento al principio, porque Belle estaba sorprendentemente estrecha. No es que pensara que había salido con muchos hombres, ni siquiera sabía si estaba relacionado, pero no pensaba que la sensación sería tan acogedora. Tan, tan tan acogedora que era como sentirse en casa, joder. Frederick empujó hasta el final y cuando ella soltó un gemido prolongado retrocedió solo para volver a entrar despacio. En apenas cuatro embestidas más habían alcanzado un ritmo lento y demoledor para ambos, porque querían más, lo sabía, pero Frederick quería alargar el placer tanto como fuera posible. Besó los pechos de Belle, su cuello, su barbilla y su boca, y sintió cómo su cuerpo se tensaba ante el conocimiento de que aquella era Belle Caruso y la había deseado, seguramente, desde el primer instante en que la vio, aunque no pudiera verlo.

También la había deseado en privado, cuando ver sus fotos en Instagram lo llevaba a pajearse como un niño y avergonzarse después. Pero nada, nada lo había preparado para todo

aquello que lo embargaba al estar, por fin, en su interior.

—Deja que me ponga arriba ahora —gimió ella.

Él obedeció, encantado con la perspectiva. Se tumbó en la cama y los pocos segundos que salió de su cuerpo le resultaron una eternidad. Belle volvió a él, se colocó sobre su cuerpo a horcajadas y Frederick tuvo que pensar en cosas frías, muy frías para no correrse.

Belle lo montó suavemente, sin grandes gestos, tal y como ella era, dulce, carismática, sonriente, tan sensual que Frederick supo, viéndola moverse en círculos sobre él, que tardaría una jodida vida en olvidar aquella sonrisa mientras se adueñaba de él.

Se sentó, solo porque no soportaba estar lejos de su boca, y la besó con dulzura mientras ella seguía moviéndose. Fue sexy, fue caliente y fue jodidamenete inolvidable.

Sintió que estaba cerca del final, pero no quería hacerlo antes de arrancarle otro orgasmo así que la acarició, se adueñó de su clítoris y chupó sus pezones hasta que Belle se contorsionó y se corrió, apretando su polla con los músculos vaginales y arrastrándolo con ella. Frederick llegó al orgasmo más bestial de su vida y cayó de espaldas en la cama, exhausto, pero más contento de lo que había estado en mucho mucho tiempo.

Belle cayó sobre él, con la frente apoyada en su pecho y la respiración agitada. Él acarició su espalda, los mechones de su largo cabello y olió su perfume, mezclado con el olor del sexo. Se dijo a sí mismo que podría pasarse todo el día así, justo así, con Belle sobre él, haciéndole el amor una y otra vez.

Y ese, probablemente, fuera el problema, que Frederick, que nunca había albergado pensamientos románticos con ninguna mujer, estaba empezando a pensar si no sería demasiado descabellado repetir una, y otra, y otra, y tantas veces como Belle quisiera, porque estaba seguro de que él no sería quien pusiera fin a aquello.

Por desgracia, tenía por delante un día lleno de actividades y sabía que tenía que levantarse de aquella cama. Aun así, abrazó a Belle, besó sus labios y se dijo que solo tardaría un minuto

más.

Solo un minuto más...



## Belle

*15 de diciembre*

Cuando Belle programó asistir a la procesión navideña de Santa Claus en uno de los pueblecitos cercanos a la capital, no podía imaginarse que lo haría en aquellas circunstancias, sintiéndose confusa y tensa tras lo ocurrido durante la mañana. Belle solía tener toda su vida planificada y organizada al milímetro, pero acostarse con el príncipe Frederick, había sido algo completamente inesperado.

—Belle, ¿me estás escuchando? —La voz de Nolan llamó su atención cuando se detuvieron frente la carpa que habían instalado para que pudieran ver el espectáculo con seguridad—. Te he preguntado si querías retransmitir en directo la procesión o si preferías que grabara un video y hacerlo en diferido.

Según había leído, la procesión navideña de aquel pueblo era la más popular de todo el reino.

—Eh... Pues... no estoy segura —titubeó tras echar un vistazo rápido a Frederick que en aquel momento, a unos metros de distancia, parecía estar hablando tranquilamente con Angela y unos miembros de palacio. Verlo así, tan sereno y sosegado, hizo que una punzada de envidia atravesara el pecho de Belle. Su estado de ánimo se situaba en el extremo opuesto. Desde que ambos se habían obligados a salir de la habitación aquella mañana, después de la increíble sesión

de sexo que habían practicado, para afrontar el día, el nerviosismo se había erigido como el sentimiento predominante.

Nolan entrecerró los ojos de forma interrogativa siguiendo la dirección de su mirada.

—¿Ha pasado algo con Frederick?

La pregunta de Nolan hizo que Belle se sobresaltara.

—¿Qué? ¡¡No!! ¡¿Por qué?!

—No sé, quizás porque los dos lleváis todo el día actuando de una forma un tanto extraña...

El comentario de Nolan dejó a Belle sin palabras. En honor a la verdad, ni Frederick ni ella se habían esforzado demasiado en disimular la tensión que los sobreolaba, ese tipo de tensión que se instaura entre dos personas que guardan un secreto demasiado grande como para poder esconderlo del todo.

Como acto reflejo, Belle lanzó una mirada de reojo a Frederick en el mismo instante que él también la miraba a ella. Sus ojos quedaron conectados durante solo unos segundos, pero fue un instante tan intenso, que un calor abrasador se extendió por todo su cuerpo. No pudo evitar recordar los momentos más excitantes de aquella mañana. Dios, para Belle el sexo siempre había sido un acto rutinario, algo que hacía para evadirse, para olvidarse de todo durante unos segundos, sin embargo, lo que había hecho con Frederick se alejaba mucho de eso. Nunca antes había sido más consciente de sí misma y su cuerpo que el rato que pasó con el príncipe. Con Frederick el mundo entero cobraba una dimensión distinta, él hacía que la intensidad de las cosas que le rodeaban aumentara, como quién enciende una luz en una habitación que está en penumbra.

Al ser consciente de aquel pensamiento, Belle se estremeció. Dios, una cosa era sentirse atraída por el príncipe Frederick VI de Snowberg y otra bien distinta dejar que en su pecho anidaran sentimientos mucho más profundos que ese.

—Creo que la he cagado, Nolan —dijo Belle de pronto, escondiendo sus manos enguantadas dentro de las mangas del jersey, gesto que solía hacer cuando algo la hacía sentir vulnerable. Para la ocasión se había vestido con un precioso jersey mullido de color musgo que le llegaba a medio muslo, aunque este quedaba tapado por el abrigo de paño negro que llevaba encima.

—Tendrás que ser más concreta.

Belle se acercó un poco más a él para poder susurrar en su oído:

—Esta mañana Frederick y yo nos hemos acostado.

Nolan abrió los ojos de par en par, ladeó el rostro para mirarla y luego parpadeó, visiblemente perplejo.

—Oh, joder.

—Lo sé.

—Pero Belle...

—No ha sido premeditado. —Bajó el tono de voz al máximo—. En un segundo estábamos hablando en la puerta de mi habitación y al siguiente retozábamos en la cama como dos monos en celo.

Nolan chasqueó la lengua contra el paladar. A su alrededor cada vez había más gente esperando a que los carros con Santa Claus empezaran desfilar por la avenida cerrada al tráfico.

—Eso complica las cosas.

—No tiene por qué, solo ha sido sexo.

—¿De verdad? —Nolan le lanzó una mirada cargada de sarcasmo—. Desde que llegamos a Snowberg la química entre vosotros no ha dejado de crecer. Que tus seguidores se hayan montado la paja mental de que el amor entre vosotros flota en el aire no es casual, ¡es obvio que te gusta! Y que tú le gustas a él. Pero pensaba que serías lo suficientemente lista como para no

dejar que algo tan estúpido como eso nos pusiera en un compromiso. Así que dime, ¿de verdad ha sido solo sexo?

Belle estaba acostumbrada a que Nolan hablara con crudeza, así era él y, de hecho, eso le gustaba, porque era capaz de sacar a relucir verdades incómodas que otros solían ignorar por el mero hecho de no enfrentarse a ellas. Sin embargo, en aquella ocasión sus palabras fueron misiles que impactaron de pleno en su pecho, nido de confusión y dudas.

—Sí —titubeó—. Creo que sí.

—Bien, eso espero, porque ya sabes que nuestra situación es complicada, Belle. Folla con el príncipe todo lo que quieras, pero no te enamores de él. No podemos permitirnos el lujo de dejarnos llevar por nuestros sentimientos. —A Belle le sorprendió que Nolan usara la primera persona del plural en esa última frase, pero cuando los ojos de él se posaron sobre Angela, estuvo convencida de que el suyo no era el único corazón en juego.

No pudieron seguir con la conversación, porque en aquel momento unos técnicos municipales les avisaron de que la procesión estaba a punto de empezar. In extremis, decidieron hacer la retransmisión en directo. Se situaron al lado de los príncipes que ya aguardaban tras la valla de seguridad y en el momento en el que la primera carroza empezó a desfilar por la avenida engalanada con guirnaldas de luces, Nolan apuntó el objetivo de la cámara del móvil sobre ella y empezó a grabarla mientras explicaba entusiasmada todo lo que veía. Además de las carrozas de temática navideña, había duendes bailando sobre las calles al ritmo de canciones navideñas y parejas vestidas con trajes tradicionales del reino ofreciendo dulces a los más pequeños. El colofón del desfile llegó con la carroza de Santa Claus, que era grande, majestuosa y tenía forma de trineo. A su alrededor los niños chillaban, reían y se mostraban entusiasmados mientras señalaban los regalos amontonados sobre la parte trasera. Hacía muchos años que Belle no respiraba tanta magia en el ambiente. Con la mirada puesta en Frederick que sonreía y saludaba a los niños que le rodeaban, Belle, se dijo, que en aquel instante todo parecía posible.

Cuando la última carroza se desvaneció en el horizonte y las calles empezaron a vaciarse, llegó el momento de regresar a palacio.

Después de una copiosa cena acompañados por los reyes, Belle se retiró a su dormitorio muy cansada y algo decepcionada. Cansada porque el día había sido muy largo. Decepcionada porque después de lo que había ocurrido aquella mañana, Frederick se mostraba de lo más indiferente con ella. ¿Y si Belle solo era una más en la larga lista de conquistas del príncipe? ¿Y si el sexo de aquella mañana no había significado nada para él? Con aquellas preguntas sin respuesta atenazando su garganta, Belle se puso el pijama y se acostó. Una vez más, no podía conciliar el sueño y cuando estuvo a punto de echar mano del bote con las pastillas para dormir, llamaron a la puerta. Extrañada, Belle abrió. Al otro lado de la puerta estaba Frederick, que le dedicó una sonrisa llena de intenciones, la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente, como si estuviera muriendo de sed y ella fuera el agua que necesitaba para seguir viviendo. No intercambiaron ninguna palabra. Entraron en el dormitorio atropelladamente sin dejar de besarse, cerraron la puerta tras de sí y, aún besándose, cayeron enredados sobre la cama.

Aquella noche, Belle no necesitó pastillas para conciliar el sueño, le bastaron los besos y caricias de Frederick y la seguridad de dormir entre sus brazos.



## Frederick

*20 de diciembre*

Frederick abrió los ojos con una sonrisa perezosa bailando en sus labios. Joder, qué bueno era despertar abrazado al cuerpo suave y cálido de Belle. Estaban tumbados de lado, y él pasaba un brazo sobre su cintura desnuda. El cabello moreno de la chica se desparramaba sobre la almohada, desprendiendo un olor a vainilla y cítricos que se entremezclaba con el olor inconfundible del sexo. Su sonrisa se amplió al recordar lo mucho que había disfrutado la noche anterior. En otras circunstancias, le hubiera encantado disfrutar de una mañana de relajación y sexo matutino con ella, pero sabía que eso era algo que no podían permitirse, no cuando sus agendas echaban humo y faltaban solo cinco días para la coronación. Así que, con cuidado de no despertarla, se deslizó fuera de la cama. Quería regresar a su habitación antes de que alguien notara su ausencia.

Apenas hubo entrado en su dormitorio cuando el sonido de unos nudillos sobre su puerta le sobresaltó. Frederick se metió corriendo dentro de la cama, segundos antes de que Angela asomara la cabeza y, al verlo despierto, decidiera entrar.

—Me ha parecido verte deambular por los pasillos —dijo metiéndose en la cama también, subiéndolo hasta la punta de su nariz.

Aquello hizo sonreír a Frederick, al acordarse de todas aquellas noches que, de pequeños,

habían dormido juntos. A Angela le asustaba la oscuridad y en muchas ocasiones, sobre todo las noches de tormenta, ella se colaba en su dormitorio para dormir con él.

—¿Qué haces levantada tan temprano?

—No podía dormir. —Suspiró pesadamente antes de preguntar—: ¿Y tú?

—Tampoco podía dormir.

Angela le miró de soslayo. El edredón resbaló un poco por su cara mostrando la sonrisa de suficiencia que se había dibujado en sus labios.

—¿Por qué sonríes así? —Frederick se puso de lado y apoyó su cabeza sobre el codo para mirarla con los ojos entrecerrados.

—Porque somos mellizos, Frederick. No hay nada en este mundo que puedas esconderme. Compartimos espacio vital durante aproximadamente unos nueve meses. Tenemos una conexión especial, ¿recuerdas?

—¿Y eso que quiere decir?

—Que sé perfectamente de dónde vienes.

Frederick analizó la expresión divertida de Angela preguntándose hasta qué punto estaba siendo sincera o se estaba marcando un farol.

—Y, según tú, ¿de dónde vengo?

—¿Puede que del dormitorio de cierta *influencer* a la que hace días que miras como si fuera la única mujer en el planeta Tierra?

Frederick reprimió una sonrisa.

—Yo no la miro de esa manera, no digas tonterías.

—Solo dicen tonterías los tontos, y déjame decirte, querido hermano, yo no soy ninguna tonta.

—Tengo dudas al respecto.

—Tus comentarios dolientes no van a desviar la atención de lo que nos ocupa. Estás liado con Belle, ¿verdad?

Frederick analizó sus opciones. Podía mentir a su hermana, por supuesto, eso sería lo más sencillo. Pero, por alguna razón, la idea de ser sincero le pareció mucho más atractiva. Quizás Angela tuviera razón al apuntar que compartir útero durante nueve meses les había otorgado una conexión especial.

—Llevamos unos días viéndonos de manera extraprofesional, si es eso lo que preguntas.

—Lo sabía. —Angela, visiblemente, excitada se tumbó de medio lado para poder mirar a su hermano de frente—. Entonces, ¿los rumores son ciertos? ¿Hay un romance entre vosotros? ¿Frelle es una realidad?

A Frederick no le pasó inadvertido que su hermana hiciera mención del nombre que usaban sus fans para dirigirse a Belle y a él como pareja. En un primer momento le había parecido algo cursi. Ahora, en cambio, le hizo sonreír.

—No hemos hablado sobre eso. Nosotros, en realidad, solo hemos estado acostándonos.

—Vale, vale, demasiada información. —Angela alzó las manos como si quisiera detener el flujo de la conversación—. Escuchar hablar sobre tu vida sexual siempre me da repelús.

Frederick rio.

—Tampoco iba a darte los detalles.

—Mejor, porque no los necesito. —Hizo una mueca con la nariz como si acabara de oler algo muy desagradable—. Sin embargo, la parte romántica sí me interesa. Sois un fenómeno mediático. Todo el mundo habla de vosotros en Internet y parece ser que una gran productora de Streaming está interesada en realizar una película sobre vuestra historia.

Frederick sabía todo eso, por supuesto que lo sabía. Y seguía sorprendiéndole que gente

desconocida hubiera visto antes que él lo que estaba por ocurrir.

—Eso es un poco apresurado, Angela. Ni siquiera sé si hay una historia que contar.

Angela se sorprendió ante sus palabras.

—¿Por qué? Tú estás loco por ella y ella está loca por ti.

—Solo hace tres semanas que nos conocemos.

—Mamá y papá se prometieron en una semana. El amor a veces surge así, de repente, de un chispazo incontrolable que acaba convertido en incendio —le recordó ella.

Frederick sabía que Angela tenía razón, pero lo de sus padres fue amor a primera vista. Además, ambos pertenecían a la nobleza, por lo que su enlace fue bien visto por parte de todos. Sin embargo, no estaba convencido de que Belle pudiera ser del agrado de sus padres. A nivel personal, Belle les gustaba, pero una cosa era tenerla allí como una invitada que les estuviera ayudando a limpiar la reputación de su hijo y otra bien distinta como futura reina del reino. En Snowberg era tradición que la realeza se casara con alguien de su condición. Aunque esa no era la única de sus preocupaciones. Sabía que llegado el caso lucharía hasta solucionarlo. Pero lo otro...

—No creo que Belle me vea de esa manera.

—¿Por qué?

—Porque se nota cuando alguien tiene su corazón abierto o cerrado, y el de Belle está cerrado con candado incluido. —Al decir aquello fue consciente hasta qué punto esa realidad le pesaba. Desde la llegada de Belle a palacio había notado que la influencer se esforzaba por marcar cierta distancia entre ambos, como si hubiera una parte de sí misma que le negara.

Pensativa, Angela volvió a tumbarse con la espalda sobre el colchón y la mirada fija en el techo.

—Es una lástima. Me gusta soñar con finales felices.

—Es un poco triste que sueñes con el mío y no con el tuyo.

—Bah, para eso tendría que conocer a alguien interesante y eso es poco probable.

—¿Y qué hay de cierto chico estadounidense con el que no haces más que discutir?

Angela soltó una risotada incrédula, se sentó de golpe sobre el colchón y palmeó el brazo de su hermano como si acabara de decir la mayor locura del mundo.

—¿Te refieres a Nolan? —Frederick asintió con un leve movimiento de cabeza y Belle acentuó su incredulidad, abriendo mucho la boca y los ojos—. ¿Bromeas? Entre Nolan y yo no hay nada más que una intensa antipatía. Además, es chulito, arrogante y ni siquiera tiene dinero para comprarse unos pantalones decentes. ¿No ves que los lleva todos rotos? Ayer le vi los calzoncillos a través de un agujero —dijo con fastidio—. Mira, en nuestro caso no tendrían que hacer una película sobre nuestra historia porque ya existe: La Dama y el Vagabundo.

Angela rio de su propia broma, pero Frederick la miró con escepticismo. Conocía a su hermana, no se mostraba apasionada por nada que no fuera la Física y los números. Ella era comedida, dulce, serena. Puede que esa pasión naciera del odio o la animadversión tal como aseguraba ella, pero Frederick estaba convencido de que, de ser así, solo sería cuestión de tiempo que ese sentimiento se transformara en otro bien distinto.

Durante los siguientes minutos ninguno de ellos habló. Se mantuvieron en silencio, abstraídos, cada uno de ellos perdido en sus propios pensamientos. No volvieron a hablar hasta que el despertador sonó anunciando la hora oficial de despertarse y tuvieron que salir de la cama para enfrentarse al nuevo día. Antes de regresar a su habitación, Angela le sugirió:

—Si de verdad te gusta Belle, habla con ella. Quizás su corazón está cerrado con candado porque ha perdido la llave que lo abre. Quizás solo necesita que alguien le ayude a encontrarla.

Angela se marchó y Frederick se quedó de pie mirando la puerta recién cerrada preguntándose si eso era lo que ocurría en realidad, que Belle había perdido la llave que daba acceso a su corazón y no sabía cómo abrirla. De ser así, Frederick no tendría ningún reparo en

ayudarla con la búsqueda. De hecho, Frederick empezaba a pensar que, por Belle, sería capaz de hacer cualquier cosa.



## Belle

*21 de diciembre*

Belle no tenía ni idea de a dónde se dirigían. Frederick solo le había dicho que tenía que coger su abrigo y, al subir al coche que conducía él mismo, pudo ver que metía en el maletero un macuto con ropa que, al preguntar, le dijo que también era de ella.

—Toda mi ropa está en mi habitación.

—Me he tomado la libertad de comprar lo necesario para esta noche.

Belle entrecerró los ojos en actitud sospechosa.

—¿No habrás comprado uno de esos conjuntos que gustan a los hombres superincómodos, verdad, majestad?

Él soltó una carcajada mientras la instaba a subir al coche.

—Tenemos que esquivar a los posibles paparazis y, para eso, debemos salir ahora que es de noche, pero no antes de que salga la gente a disfrutar de las luces.

—Ya me he dado cuenta de que te encanta recorrer el reino a oscuras.

—La noche siempre será mi amiga. Sube, princesa.

Aquel apelativo, viniendo de él, un príncipe real, hizo que Belle tuviera la necesidad de tragar saliva. En realidad, era una tontería, se dijo a sí misma que, probablemente, Frederick

usase esa misma táctica con todas porque sabía que viniendo de él era aún más especial. No es lo mismo que te llame “princesa” tu vecino del quinto a que lo haga Frederick VI, príncipe heredero al trono y próximo rey de Snowberg. El efecto, desde luego, era mucho más intenso e impactante.

—Aquí el único príncipe eres tú —dijo Belle solo para dejar claro que no se dejaba engañar por esas argucias.

Frederick, en cambio, no la miró como si lo hubiera pillado, sino un tanto extraño, como si no la comprendiera. ¿Y acaso podía culparlo? En los últimos días, ni siquiera ella se entendía bien. Estaban a solo cinco días de la coronación y Belle solo sabía que, además de limpiar su nombre, había conseguido prendarse de un modo totalmente inapropiado de él. Se había descubierto a sí misma revisando su Instagram y navegando por el hashtag Frelle solo para sonreír como una tonta al ver los collage de sus muchos seguidores. En cuanto se había dado cuenta de su actitud había cerrado Instagram, sobre todo porque sabía que esas búsquedas podían aparecerle a Nolan y no quería tragarse otra charla incómoda. Pero eso no quitaba que lo hubiera hecho y lo hubiera disfrutado. Le gustaba ver sus fotos con Frederick. Diablos, le gustaba ver fotos de Frederick solo, aunque solo estuviera mirando un montón de nieve. Se sentía como una quinceañera observando a su amor platónico, solo que ella no tenía quince años y, el sujeto al que admiraba en fotos estaba en aquel instante a su lado y sabía cosas que nadie más sabía, como que le encantaba que besara la curvatura de su rodilla o que se excitaba si pasaba la yema de los dedos por el centro de su espalda desnuda. Desde luego, aquello lo hacía todo mucho más difícil.

—¿Belle, estás bien? —preguntó Frederick mientras conducía y la miraba de reojo.

—Lo estoy, no desvíes los ojos de la carretera, ¿quieres? No entiendo cómo no caen constantemente los coches por la montaña. Deberíais gastar más dineros en vallas.

Frederick rio, pero lo cierto era que a Belle le ponía nerviosa ver que cada vez se adentraban más en la montaña y el camino se estrechaba por minutos. Llegó un punto en que no hacía más

que pensar qué ocurriría si venía un coche en sentido contrario, porque los dos no cabían a la vez. Y tan preocupada estaba que no pudo disfrutar del maravilloso paisaje nevado, las copas de los árboles balanceándose y soltando nieve, como si de una lluvia se tratara, e incluso los animales que a veces los saludaban desde el borde de la carretera.

Finalmente, Frederick tomó un desvío y, pasados unos instantes, paró frente a una cabaña que parecía sacada de un sueño. Era preciosa por fuera, toda de madera, rodeada por abetos altísimos en su mayoría, salvo por una especie de mirador hacia el que caminó, pese al viento gélido, y confirmó que, desde allí, podía ver todo el valle del reino de Snowberg. Era como estar en la cima del reino. Sintió unos brazos rodearla y solo entonces se dio cuenta de que temblaba.

—Entremos, encenderé la chimenea y caldearé la cabaña lo más pronto posible, me urge que entres en calor y empieces a olvidarte de la ropa.

Belle sonrió y se retrepó hacia atrás, apoyando la cabeza en el pecho de Frederick y dejándose envolver por sus brazos.

—Un segundo, solo... abrázame un poco más, ¿quieres?

—Siempre —susurró él junto a su oído.

Estaba helada, era consciente de que, pese al abrigo, temblaba, pero quería disfrutar de aquello porque Belle era terriblemente consciente de que, con cada noche que pasaba, el final de su viaje se acercaba. En solo unos días el hombre que la abrazaba sería rey de Snowberg y ella tendría que volver a su vida y seguir como si nunca hubiera estado allí. Como si aquel viaje no hubiera significado nada, cuando lo cierto era que empezaba a preguntarse si, en realidad, no habría cambiado toda su vida.

Finalmente entraron en la cabaña y Belle pudo confirmar que, pese a ser del príncipe, no era nada presuntuosa. Tenía una cocina funcional y bonita de madera, un salón acogedor con sofás mullidos y mantas de cuadros rojos y una chimenea que Frederick prendió en cuestión de minutos. Al fondo pudo ver una habitación con una cama de gran tamaño, era lo más caro de

aquel lugar y se notaba. Belle se preguntó a cuántas mujeres había llevado Frederick allí y, cuando se dio cuenta de que aquel pensamiento la hería profundamente, decidió desterrarlo y no hacerse una sola pregunta al respecto, porque si lo hacía: si empezaba a plantearse preguntas, tendría que buscar respuestas, y no estaba lista para eso.

—Cuando era niño mis padres solían traernos aquí algunos días sueltos en pleno invierno. Entonces no lo sabía, pero ahora creo que querían alejarnos de la vida cargada de obligaciones, estudios y saludos reales. —Frederick sonrió mientras se quitaba el abrigo, cogía una manta de cuadros y la estiraba en el suelo. Se sentó frente a la chimenea, con la espalda apoyada en el sofá, y palmeó el lugar que había justo a su lado—. Ven aquí, es el mejor sitio para recibir el calor de la chimenea mientras el resto de la cabaña se calienta.

Belle no dudó en hacerle caso. Se acercó, quitándose su propio abrigo y dejándolo sobre el sofá, se sentó y permitió que Frederick pasara un brazo por detrás de su espalda, rodeando su cintura y pegándolo a su cuerpo tanto como era posible. No pudo evitar soltar un gemido de satisfacción.

—Tus padres son maravillosos —dijo sin pensar.

—Tanto como el tuyo, ¿no? Eres la niña de sus ojos.

Belle miró el fuego, donde las llamas cobraban vidas y acariciaban la superficie de los troncos, fundiéndolos y tragándose la materia poco a poco. Por segunda vez en toda su vida, Belle sintió el impulso de contarle a alguien la realidad de su vida. La primera vez fue con Nolan, el único que lo sabía todo, y aquello había salido bien, pero era porque Nolan cargaba su propia mochila de traumas y dolor. Con Frederick no sabía cómo podía ser. ¿Entendería él la realidad? ¿Sabría comprenderla sin juzgarla? Tenía una situación privilegiada, no solo por el dinero, sino porque había gozado del amor de sus padres y ella...

—Está bien, cielo —susurró Frederick de pronto—. Tenemos tiempo para descubrirlo todo sobre el otro. No tienes que empezar tú. Empezaré yo diciéndote, por ejemplo, que me rompí un

brazo aquí mismo por culpa de Angela.

Belle lo miró con los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Oh, bueno, ella jurará que no, pero la realidad es que me retó a subir al árbol más alto de los alrededores y yo, como buen hombre poco dado a negarme a un reto, acepté. Caí de una altura de dos metros y tuvieron que operarme. Estuve con escayola casi dos meses.

—Oh, Dios, no me puedo imaginar cómo sería eso para el Frederick niño.

—Bueno, al principio fue malo, pero luego no dejaron de llegarme regalos de parte de los habitantes del reino, así que... —Sonrió como un niño pequeño y travieso y Belle se derritió—. Supongo que el final no fue tan malo. Suele ocurrir con todo en la vida: si el resultado final merece la pena, ¿qué importa lo que haya que sufrir antes?

Belle reflexionó acerca de sus palabras. Era mucho más fácil aplicar eso a un brazo roto que a toda una vida construida sobre mentiras, pero no podía decirle eso, porque hacerlo sería dejar que él viera la persona que realmente era y no sabía si esa persona era capaz de gustar a Frederick VI, así que, como no sabía qué decir, decidió actuar y demostrarle mediante hechos lo mucho que le gustaba estar allí y cuánto valoraba que la hubiera llevado. Se despojó del jersey, se subió sobre el regazo del príncipe y se prometió darle la mejor noche de su vida. Y si de paso se convertía también en la mejor noche de la vida de Belle, tanto mejor, ¿no?



## Frederick

*24 de diciembre*

Los días se sucedieron de un modo tan rápido que, antes de que Frederick pudiera darse cuenta, había llegado el 24 de diciembre y estaba a un solo día de coronarse como rey de Snowberg. De hecho, si se ponía a contar las horas, ni siquiera faltaba un día, sino horas. ¡Solo horas! ¿Cómo había pasado el tiempo tan rápido? ¿Y cómo es que estaba más preocupado de desnudar a Belle que de su propia coronación? ¡¡Llevaba toda la vida preparándose para esto último!! Y, de pronto, no podía dejar de pensar cómo sería el vestido de Belle para ese día, cuando celebraban el baile antes de la coronación. Tampoco podía dejar de pensar en si sería o no fácil quitárselo aquella misma noche. Demonios, ni siquiera podía dejar de pensar qué ocurriría al día siguiente, cuando él ya fuese rey y la misión de Belle estuviese cumplida, porque no era tonto. Sabía que su visita en Snowberg tenía fecha de caducidad. Su misión era restaurar su imagen y lo había hecho, pero en cuanto Frederick fuese rey, ella ya no tendría que estar allí. Podría alargar su estancia un día o dos, sí, solo para grabar cómo sería en adelante la vida del rey Frederick VI de Snowberg, pero luego su estancia no tendría sentido más allá del supuesto romance que habían inventado los fans y que, de supuesto, no tenía nada.

Frederick se miró en el espejo con su traje de gala, incluyendo todos los galardones que había ganado desde que era niño y ahora prendían en la solapa como una serie de logros que el

reino debía recordar al verlo. Estaba atractivo, lo sabía, según su madre parecía un príncipe de película y, según Angela, que consiguió colarse a última hora en su dormitorio, era el sueño de Belle hecho realidad. Él no estaba tan seguro.

Si algo había aprendido la noche que pasaron juntos en la cabaña es que, en realidad, no tenía mucha idea de qué sueños albergaba Belle Caruso. Quería saberlo, por Dios, estaba loco por saber todos sus secretos, pero sabía que presionar no era la forma de conseguirlo. El problema era que Frederick había pensado que, en la intimidad de la cabaña, donde solo estaban ellos dos, ella por fin se abriría a él, pero no había sido así. Belle tenía tanto guardado dentro que ni siquiera eso había servido. Y él no quería presionar. ¿De qué habría servido eso? Quería que Belle confiara en él por sus propios medios y no porque él tuviera que convencerla.

Se dijo a sí mismo que no le importaba tanto, pero lo cierto era que, si se permitía ser sincero consigo mismo, odiaba el modo en que ella mantenía erguida una barrera entre ambos. Y la sensación de estar en tiempo de descuento cada vez era mayor.

Tocaron a la puerta y pensó que era el momento de salir. Sería alguien del equipo para informarle del procedimiento a seguir para llegar al gran salón, donde muchos invitados estarían vestidos con sus mejores galas esperando verlo aparecer por la escalera, como una visión del futuro de Snowberg. Estaba nervioso, pero también tenía ganas. Quería ser rey, nunca había tenido dudas y, por primera vez desde hacía muchos meses, tampoco lamentaba no haber aprovechado sus últimos días perdidos en faldas ajenas. De hecho, sabía que siempre estaría agradecido de haber podido compartir su intimidad con Belle Caruso esos últimos días como príncipe.

El pensamiento de que también quería empezar sus días como rey con ella en su cama apareció enseguida, pero lo desterró. No era el momento de pensar en ello.

—Adelante —dijo permiso a quien estuviera tras la puerta.

No estaba listo para ver a Belle, y mucho menos esa versión de Belle. Llevaba un vestido

largo, con corte en la cintura y una falda tan vaporosa que parecía un jodido sueño. Era... era una princesa. Era su princesa ideal, preciosa, dulce, amorosa y, en la intimidad, tan fogosa que ardía solo con recordar los momentos que habían pasado juntos. Se dio cuenta, tarde, de que Nolan venía tras ella y traía el móvil en la mano. La sonrisa un tanto macabra que le dedicó le confirmó a Frederick que estaba grabando y posiblemente hubiese captado su cara de embozado en primer plano. Casi pudo ver a todos los fans de Frelle gritando de emoción, y en otro momento le habría hecho gracia, pero no en aquel. No quería que aquel momento fuese retransmitido, pero no podía hacer nada, puesto que no sabía si estaban en directo o Nolan solo grababa para publicar después. Aun así, se acercó a Belle, cogió su mano y la besó con dulzura.

—Estás preciosa.

Ella hizo una reverencia, tal como se le había enseñado, y lo miró con unos ojos tan llenos de amor que Frederick sintió que se hinchaba de algo indescifrable. Un sentimiento imposible de describir.

—Y usted, majestad, luce como nunca.

Frederick sonrió, deseoso de cogerla en brazos, besarla y llevarla hasta su cama para demostrarle lo poco que le importaba arrugar su traje, o el vestido de ella. En cambio, y como aún estaban bajo los focos de Nolan, sonrió y le devolvió la reverencia a modo de saludo.

—¿Lista para el baile?

—Por supuesto.

—Me permite el honor de acompañarla hasta el salón?

—El honor sería mío.

Todo era cortés y seguía el protocolo, pero, por dentro, Frederick se moría por besarla, por eso cuando Nolan bajó el móvil y se lo metió en el bolsillo, ni se lo pensó. Empujó a la sombra de Belle por el pecho, lo sacó de la habitación y le cerró la puerta en las narices frente a la cara

de estupefacción tanto de Belle como de Nolan. Se giró, agarró a Belle de la cintura y la pegó a esa misma puerta, besándola como había deseado hacerlo desde el inicio.

—El maquillaje —se quejó ella, pero lo cogió por la nuca y lo apretó aún más contra su cuerpo.

—Si no voy a poder besarte durante el baile, quiero hacerlo ahora tanto como para que tengas que retocarte cuando te suelte.

—Frederick...

—Te deseo. Te deseo tanto que me duele, Belle.

—Y yo, pero no podemos... —gimió cuando Frederick alzó las faldas del vestido.

—Sí podemos.

Y pudieron. Además, lo hicieron en un tiempo récord. Frederick hubiese preferido tener horas, pero sabía que había una diferencia entre llegar un poco tarde, haciéndose de rogar, y llegar muy tarde quedando como un desconsiderado con sus invitados. Miró a Belle, que intentaba desesperadamente que su pelo quedase igual de perfecto que antes de que él metiera los dedos entre sus mechones. Sonrió, no debería, lo sabía, pero igualmente sonrió y se acercó a ella.

—Ni se te ocurra —le advirtió—. Esto es un desastre.

—Yo creo que estás preciosa.

—¡Es evidente que acabo de tener sexo! —Lo miró y entrecerró los ojos—. Bueno, al menos tú estás asquerosamente perfecto. Nadie tiene por qué saber que ha sido contigo.

—¿Y qué habría de malo?

—¿Te has drogado, Frederick? ¡Mañana vas a convertirte en rey! Y yo he venido para quitarte la fama de mujeriego. Que nos hayamos acostado echa por tierra mi trabajo de los últimos días.

Eso podía entenderlo. Y si había algo que Frederick no quería era perjudicarla, por eso alisó

su falda como pudo y colocó un par de ganchos en su pelo. Belle lo miró sorprendida, pero no era para tanto. Había ayudado a Angela a retocarse muchísimas veces durante algún vuelo para que bajase las escaleras en perfecto estado. Tenían estilistas, pero su hermana era bastante quisquillosa con el pelo.

Cuando al fin estuvieron listos, Belle se despidió de él.

—Saldré antes y así grabaré tu entrada triunfal en el salón.

—Bueno, pero ponte junto a la columna central. Así sabré a donde mirar.

—Oh, por supuesto, es un detalle que quieras mirar a mi cámara —dijo ella sonriendo.

—No quiero mirar a tu cámara, Belle Caruso, quiero mirarte a ti.

La mirada de Belle se fundió en algo tierno y maravilloso, y Frederick quiso quedarse allí y ahondar en eso que veía, pero sabía que su tiempo se había agotado, se debía a su reino era hora de ejercer su poder, así que la vio marchar, inspiró hondo y se preparó para su último baile como príncipe de Snowberg.

20



## Belle

*24 de diciembre*

Para Belle Caruso hacía años que la Navidad había dejado de ser una época especial para convertirse en una etapa más de su rutina anual. La última vez que disfrutó de verdad de la Navidad fue a sus 18 años, justo antes de que su madre muriera. Para entonces ella ya estaba enferma y pasaba largas temporadas ingresada en el hospital, pero consiguió el alta justo a tiempo para celebrar el día de Navidad en casa. Prepararon juntas una cena sencilla que consistió en un poco de puré de patatas, guisantes y pavo, asaron manzanas y cantaron villancicos sentadas en el sofá mientras fuera la nieve cubría las calles del pequeño pueblo en el que vivían. Fue una celebración sencilla, ni siquiera hubo muchos regalos bajo el árbol para desenvolver, pero para Belle siempre sería la Navidad más importante de todas. Aquel día era uno de los últimos recuerdos felices que guardaba de su madre. Dos semanas después de aquello, y tras una complicación derivada de su enfermedad, esta murió, y su muerte se convirtió en el punto de inflexión que cambiaría su vida para siempre.

Desde entonces, las fechas navideñas habían dejado de tener un significado especial para Belle. Las seguía celebrando, por supuesto, y lo hacía envuelta de fiestas lujosas y glamorosas a las que era siempre invitada, pero lo hacía como parte del personaje que se había creado, no porque le gustase o porque esperase esas fechas con especial ilusión. De hecho, aceptar aquel

trabajo para mejorar la reputación del futuro príncipe de Snowberg había surgido en un inicio con esa finalidad. No había esperado llevarse de esas semanas nada más que una jugosa cantidad de dinero que ayudara a engrosar aún más su cuenta corriente, además de conseguir con ello incrementar el número de seguidores en las redes sociales. Sin embargo, la realidad había sido muy distinta. Más allá de todo eso, la magia que se respiraba entre las calles de Snowberg había conseguido que el espíritu navideño anidara de nuevo en su pecho como nunca lo había hecho antes. Y no solo eso, después de mucho tiempo cerrada en banda al amor, había empezado a sentir cosas poderosas e intensas por otra persona. Era obvio que sus sentimientos por Frederick eran un imposible, pues él se convertiría en rey al día siguiente y ella nunca podría ser merecedora de ocupar un puesto en el trono a su lado, pero le gustaba pensar que, al menos, se llevaría de vuelta a Nueva York un recuerdo bonito e imborrable al que regresar siempre que lo necesitase.

—¿Por qué aquí todo el mundo parece llevar el palo de una escoba metida por el culo? —La voz de Nolan le devolvió a la realidad del baile de Navidad en palacio.

Habían decorado el gran salón de una forma tan impresionante que se sentía como dentro de un cuento de hadas. Además del gran árbol de Navidad colocado al lado de la escalera por la que Frederick había descendido hacía ya un rato, había guirnaldas, muérdago, espumillón y adornos navideños por todas partes. Frente a los tronos reales habían instalado una mesa alargada en la que pronto servirían la cena de Navidad estilo buffet y mesas redondas para poder comer cuando uno quisiera. La gente se apiñaba en pequeños grupos por todas partes, hablando, riendo y disfrutando de los canapés y las bebidas servidas por los camareros. También había parejas bailando en el centro de la sala al ritmo de un bonito vals vienés. Nolan tenía razón al apuntar que allí todos los presentes parecían especialmente estirados y altivos, aunque no era de extrañar teniendo en cuenta que la mayoría de ellos eran miembros de la realeza o aristócratas.

—Creo que te lo dan con el título nobiliario —respondió Belle con una sonrisa, alargando la mano a tiempo para coger una copa de champán de una bandeja.

—Suerte que mañana se acaba esta tortura. Tengo ganas de regresar a casa para olvidarme de... de todo. —Nolan desvió la mirada hacia el fondo, donde Angela hablaba alegremente con un hombre alto y elegante cuya sonrisa seductora no dejaba en duda su interés. El ceño de Nolan se arqueó aún más y Belle sonrió preguntándose hasta qué punto sus ansias por marcharse de Snowberg no eran más que una forma de huir de algo más.

No lo podía culpar. Ella misma deseaba de alguna forma que todo aquello se acabara para que el hechizo que Frederick había lanzado sobre ella se rompiera. Quería volver a ser la Belle Caruso superficial de siempre y no aquella versión de Belle que se pasaba el día dudando de las decisiones tomadas en el pasado. Aquel pensamiento la llevó a buscar a Frederick entre la multitud. En aquel momento estaba bailando con una mujer a la que hacía un rato habían presentado como la esposa de un diplomático alemán. Él pareció captar su mirada, porque levantó los ojos y los fijó en ella con una intensidad que consiguió que sus rodillas se aflojaran. Dios, ¿cómo podía Frederick hacer que su mundo se tambaleara con tan solo una mirada? Solo cuando la conexión visual se rompió, volvió a respirar con normalidad. Pero la normalidad duró poco, porque cuando la canción terminó, Frederick caminó hacia ella y haciendo una leve reverencia le tendió la mano.

—Señorita Caruso, ¿me acompaña en el próximo baile?

Belle sintió todas las miradas puestas sobre ella. También captó el movimiento que hizo Nolan para capturar con el móvil aquel momento. Tragó saliva y aceptó su mano, pues la negativa no era una opción. Frederick la condujo hasta el centro de la pista justo al tiempo que las primeras notas de una versión instrumental de *Blue Christmas* empezaban a sonar por el salón. Belle apoyó su mano en el hombro de Frederick y él la sujetó por la cintura antes de empezar a moverse al ritmo de la melodía.

—No tenías que haber hecho esto, los fans de Frelle van a enloquecer —susurró Belle provocando que Frederick sonriera de medio lado.

—Los fans de Frelle me dan igual, en realidad, yo me conformo con hacerte enloquecer a ti.

—Frederick, no digas esas cosas en público. —El tono de regañina que Belle usó hizo que Frederick riera y la risa de él vertebró en su pecho—. No te rías, podrían oírnos, ya hay suficientes rumores sobre nosotros y...

—Los rumores me importan un cuerno, Belle —dijo Frederick muy serio, extinguiendo por completo la risa.

—No digas eso, mañana es el día de tu coronación, no podemos desviar la atención de los medios en cosas vanas y...

—No creo que lo que haya entre nosotros sea vano.

—Tienes que centrarte en lo importante, en unas horas vas a convertirte en rey.

Frederick se quedó en silencio varios segundos, con la mirada fija en ella. La acercó más a sí, tanto que sus pechos quedaron pegados y Belle sintió el calor expandirse por todas sus terminaciones nerviosas. Cuando Frederick volvió a hablar, sus bocas estaban tan cerca que respiraban el mismo aire.

—También es importante que un rey tenga a su lado a una buena reina —musitó con la voz tomada.

Aquellas palabras dejaron a Belle sin respiración. ¿Qué había querido decir con aquello? ¿Había insinuado que ella fuera su reina?

Se humedeció los labios con nerviosismo. Era imposible que Frederick acabara de hacerle una proposición de matrimonio velada, ¿verdad? Sin embargo, no pudo averiguarlo, porque en aquel momento fue consciente de que algo extraño estaba ocurriendo a su alrededor. Una especie de revuelo generalizado flotaba en el ambiente. Todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para consultar el móvil a la vez y, tras leer lo que fuera que estuvieran leyendo, comentaban la noticia con sus acompañantes para luego fijar sus ojos en ellos. Frederick y Belle

intercambiaron una mirada interrogativa. Fue entonces cuando Belle captó la expresión horrorizada en el rostro de Nolan a varios metros de distancia y sintió una opresión en la boca del estómago. La boca se le secó. Algo terrible tenía que haber ocurrido, lo presentía. Inevitablemente, el baile se interrumpió, los murmullos se multiplicaron y sintió el peso de las miradas acusadoras sobre ella.

—Frederick, déjame tu móvil, por favor.

Desconcertado, el príncipe sacó el aparato del bolsillo de su pantalón, lo desbloqueó y se lo tendió. Belle escribió su nombre en el buscador y enseguida saltaron las últimas noticias publicadas sobre ella. Algunas eran sobre Frederick, sin embargo, la que se estaba viralizando a toda espuma era una muy distinta, una noticia escrita por Colton Smith y titulada “La farsa de Belle Caruso al descubierto: ni tiene padre ni su vida es tan maravillosa como parece. Te explicamos toda la verdad sobre la influencer más popular del momento”.

El móvil resbaló de las manos de Belle y cayó al suelo con un sonido sordo.

Belle Caruso sabía que construir una vida a base de mentiras tenía sus riesgos, sin embargo, nunca había pensado hasta qué punto aquello podría acabar arrastrándola hasta un infierno oscuro y cruel como aquel.



## Frederick

*24 de diciembre*

Frederick no tenía la menor idea de lo que estaba ocurriendo, solo sabía que Belle y él eran el centro de atención, y no de la forma habitual. No los miraban con picardía, preguntándose si eran pareja o no, nada de eso. Los miraban como si una bomba levitara sobre sus cabezas a punto de explotar y arrasar con todo. Belle, frente a él, temblaba. Tenía la mirada ida y parecía conmocionada. Cuando el móvil cayó al suelo, Frederick se agachó corriendo para recuperarlo, y fue así como leyó el titular de la noticia: “La farsa de Belle Caruso al descubierto: ni tiene padre ni su vida es tan maravillosa como parece. Descubre la verdad sobre la influencer más popular del momento.” La noticia había sido firmada por Colton Smith, el hombre que había estado acosando a Belle aquellas últimas semanas. El ceño de Frederick se frunció al tiempo que guardaba el móvil de nuevo con la mirada fija en Belle, pero antes de que tuviera tiempo de hacer o decir nada, esta salió corriendo del gran salón escaleras arriba. Frederick no dudó ni un segundo en ir tras ella. La alcanzó en el momento en el que esta entraba a su dormitorio, y no dudó ni un segundo en escabullirse dentro también, donde se encontró a Belle fuera de sí, corriendo de un lado al otro de la estancia recogiendo cosas para meterlas sin orden ni concierto dentro de una gran maleta abierta.

—Belle, para —pidió Frederick en un susurro, acercándose a ella intentando transmitirle

calma.

—No puedo parar, Frederick. Tengo que marcharme de aquí. Hoy mismo a poder ser.

—Pero ¿a dónde? —preguntó Frederick desconcertado.

—A casa. Tengo que volver a Nueva York esta misma noche —dijo Belle como una autómatas, sin dejar de moverse por la habitación recogiendo todas sus pertenencias.

—Pues a no ser que encuentres a Santa Claus subido en su trineo y le convencas para que te lleve con él, dudo mucho que lo consigas. ¡Es Nochebuena! No encontrarás vuelos disponibles hasta pasado mañana.

—¡Tú no lo entiendes! —explotó Belle enfrentándose a él, con los ojos anegados en lágrimas—. Mi mundo entero acaba de desmoronarse, Frederick. Todo lo que he construido estos últimos años, todo el trabajo hecho, todo... no ha servido para nada.

Belle cogió aire una vez antes de romper a llorar. Se tapó la cara con las manos mientras se sacudía a causa del llanto. Frederick sintió como la impotencia circulaba por su sistema nervioso. Ver a Belle dolida, dolía. Y el hecho de que doliera demostraba una vez más hasta qué punto Belle era importante para él. Odiaba que un personaje tan detestable como Colton Smith hubiera decidido herir de una forma tan gratuita a Belle. ¿Por qué inventarse algo tan cruel como que Belle no tenía padre? Frederick sabía que la relación de la influencer con su progenitor era fría y poco cariñosa, pero de allí a dudar de su existencia había un abismo.

—Eh, nena, respira —susurró Frederick rodeándola con los brazos, hasta que la mejilla humedecida de ella acabó apoyada sobre su pecho—. Todo irá bien.

—No, no es verdad. Nada irá bien —dijo Belle entre hipidos.

—Confía en mí, Belle Caruso. Ahora mismo llamaré a todo el equipo legal de la corte para que pongan en marcha una demanda de difamación contra Colton Smith.

—Frederick... —musitó Belle contra su pecho.

—Ese sinvergüenza se arrepentirá toda su vida de haber escrito todas esas mentiras sobre ti.

—Frederick... —repitió Belle empujando con suavidad su pecho para separarse de él y mirarlo a los ojos a través de las lágrimas.

—Quédate en Snowberg. Desde aquí podremos hacer frente a sus falacias. Quiero que estés a mi lado mañana, durante la coronación, Belle. Es más... ¡al cuerno con las formalidades y los protocolos! Aunque este no sea el mejor momento ni la mejor manera para decir esto... quiero que estés a mi lado para siempre. Quiero que seas mi reina, Belle Caruso —confesó, cogiendo sus manos temblorosas entre las suyas. Fue entonces cuando se fijó en la forma en la que ella lo miraba en silencio, sin dejar de llorar, como si estuviera conteniendo en su interior una verdad dolorosa. Y fue entonces cuando lo comprendió. Fue casi como un palpito interno que le llegó al entendimiento en cuestión de segundos. Frederick parpadeó un par de veces, intentando digerir el alcance de esa revelación y tragó saliva antes de preguntar, casi con miedo—: Porque... es mentira lo que dice esa noticia, ¿verdad?

En lugar de responder, Belle le aguantó la mirada en un silencio tan tenso que Frederick sintió el peso del tiempo caer como una losa sobre sus hombros, consciente a cada segundo del significado de ese silencio. Sin embargo, la afirmación de su sospecha quedó congelada en el momento en el que Nolan entró en el dormitorio de Belle rompiendo el contacto visual entre ambos.

—Belle, ¿estás bien? —preguntó Nolan acercándose a ella con preocupación.

Belle se encogió de hombros, se limpió las lágrimas con las manos y miró la maleta que había dejado sobre la cama a medio terminar.

—Tenemos que marcharnos.

—Lo sé. —Nolan le dio un abrazo rápido y la miró de nuevo cerciorándose de que estuviera bien—. Lo he preparado todo. En media hora llega un taxi a palacio para llevarnos hasta la ciudad. Desde allí alquilamos un coche para ir hasta el aeropuerto de Múnich. Solo hay dos horas

de trayecto y sale un vuelo directo a Nueva York mañana a primera hora. Ya he comprado los billetes.

Como respuesta a la información ofrecida por Nolan, Belle asintió y regresó a su empeño de seguir recogiendo todas sus pertenencias. Frederick observó la escena en estado catatónico, intentando digerir el hecho de que el titular de Colton Simth estuviera en lo cierto. ¿Belle Caruso no tenía padre? En perspectiva, ahora podía comprender muchos de los comentarios que esta le había hecho sobre él. No es que aquel dato importase demasiado, al menos no para él, pero sí le dolía el hecho de que le hubiera mentado. ¿Por qué Belle no le había confesado la verdad? Él se había abierto a ella en muchos sentidos, pero ella... ella se había guardado algo importante.

Y ese fue el motivo por el que Frederick se quedó de pie mirando como Belle y Nolan recogían la habitación sin mover un solo dedo por impedirselo. A pesar de que en el corazón de Frederick latían poderosos sentimientos hacia ella, a pesar de que una parte de él quería suplicarle que se quedara, que a pesar de todo seguía queriendo que estuviera a su lado durante la coronación y seguía queriendo que fuera su reina, su otra parte, una más oscura y sombría, se sentía decepcionada y triste por no haber conseguido que Belle confiara en él lo suficiente como para que le contara la verdad.



## Frederick

*24 de diciembre*

Después de reponerse un poco de la sorpresa, Frederick intentó seguir a Belle por palacio. Ella se había marchado poco antes con Nolan y la maleta hecha, así que se dio prisa, porque no podía determinar cuánto tiempo había pasado en estado de shock, intentando asimilar la noticia. Podían haber sido segundos o minutos y el palacio era grande, pero mientras lo recorría a toda prisa hacia la salida, a Frederick se le hizo interminable.

Llegó a la puerta a tiempo de verla meter las maletas en el taxi, dio un grito y Belle lo oyó, porque se giró hacia su voz. Frederick estaba en lo alto de las escaleras principales de palacio y, por un segundo, pensó que ella se quedaría donde estaba y no subiría al coche, pero Belle tenía el rostro anegado de lágrimas y una mirada tan triste que le rompía el corazón. Subió al coche, por supuesto que lo hizo, y aunque Frederick hizo amago de bajar las escaleras, una mano lo sujetó por el brazo.

—No puedes ir tras ella. No ahora.

Frederick miró a su hermana Angela, que lo miraba entre consternada y comprensiva. Se dio cuenta entonces de que el salón seguía lleno de invitados, lo había atravesado corriendo y ni siquiera se había dado cuenta. O no es eso, los veía, pero solo como obstáculos para llegar hasta ella. El tiempo que Frederick tardó en mirar a su hermana fue el mismo que tardó el coche en

arrancar y emprender su marcha. Lo miró alejarse y sintió que su corazón se aplastaba contra el mármol que había bajo sus pies. Era algo que no sabría explicar bien. Se sentía devastado y, al mismo tiempo, notaba el modo en que la rabia empezaba a hacerse hueco dentro de él. Tragó saliva y pensó, durante un instante, que sería fantástico poder respirar con normalidad. Lo intentó, de veras lo intentó pero cuando sus padres se reunieron con él, Frederick apenas podía articular palabra sin que se notara que no estaba pasando su mejor momento.

—Sé que esto es duro, pero, hijo, tenemos que continuar con el baile —susurró su padre—. Mañana te coronas como rey y no podemos permitir que...

No acabó la frase y tampoco lo necesitó. Frederick sabía perfectamente a qué se refería. La corona era lo primero y Frederick no defraudó. Volvió al baile, charló, bailó según exigía el protocolo y, solo cuando pudo volver a encerrarse en su habitación, dejó caer la máscara y se permitió pensar en lo jodido que estaba. En lo mucho que ya echaba de menos a Belle y en todo lo descubierto en las últimas horas. Miró su teléfono y, por un momento, quiso entrar y leer la noticia completa, pero luego pensó que eso era lo peor que podía hacer. Iba a convertirse en rey en solo unas horas y, fuese cual fuese la realidad de Belle, eso no iba a impedirlo, así que lo mejor que podía hacer era tomar un tranquilizante e intentar dormir.

Eso hizo, pero no funcionó mucho. Durmió a saltos, con pesadillas y fatal. Al despertarse se sentía hecho un adefesio, como si tuviera la peor resaca de su vida, a pesar de no haber bebido apenas la noche anterior. Dos personas encargadas de vestirlo tal y como mandaba la tradición entraron en su suite y, minutos después de despertar, se vio rodeado de gente que le decía lo que tenía que hacer y cómo debía hacerlo.

Una ducha rápida, colocarse el uniforme oficial de Snowberg y dejar que le quitaran hasta la más mínima mota de polvo. Tomó un café, porque no se sentía con ánimos de desayunar, y se enfrentó a su coronación con la ilusión de quién pretende manejar a su pueblo con sabiduría y honradez y el corazón hecho trizas.

Podía ver la ilusión en la cara de sus padres, igual que el nerviosismo. Su hermana Angela se ocupaba de hacer su papel con una perfección que lo dejaba impactado, como siempre. Su madre apenas podía contener las lágrimas, pese a que hubieran ensayado aquello un montón de veces, pero suponía que era lógico. Llevaba literalmente toda su vida preparándose para ese momento: ser rey.

Tenía entre sus manos la oportunidad de dirigir un reinado que, cada vez, se volvía más próspero. También tenía una familia que lo adoraba y apoyaba en todo lo que hiciera. No había sido el mejor hijo, ni el mejor hermano y era muy consciente del reguero de corazones rotos que había dejado a su paso, pero sería un buen rey. Se lo prometió allí mismo, asomado al balcón, mientras saludaba a su pueblo y sonreía, aunque por dentro se sintiera, en parte, deshecho. Sería un buen rey y demostraría a todos los que habían confiado en él que no se equivocaban.

Y, aunque intento evitarlo y no era un pensamiento sano, durante unos instantes miró a su lado y pensó que, en realidad, para ser completamente feliz solo le faltaba una cosa: una reina.

Pero no una cualquiera, no. Le faltaba Belle Caruso y aquello le rompía aún más el corazón, porque sabía que la Belle que a él le faltaba no era la Belle real. Era una mujer que lo había engañado, igual que al resto del mundo. Ya no sabía si todo lo que se habían confesado entre besos, o bajo una manta mientras veían el amanecer en un trineo, o en los pocos ratos que pasaron cocinando, era cierto. No sabía si la Belle que le había hecho el amor como si Frederick fuese el único hombre en la tierra que le importaba era real. Si aquello no era fingido también. Y no saberlo lo devastaba hasta el punto de querer volver, encerrarse en su cuarto y no salir nunca más.

No lo hizo, y más tarde Frederick pensaría que tomar aquella decisión, enfrentarse a su pueblo aun cuando se sentía roto por dentro, fue el primer hecho que demostraba lo implicado que estaba con su nuevo papel de rey.

Puede que su corazón no estuviera al cien por cien, pero iba a poner el alma en hacer que el

futuro de Snowberg fuese cada vez más próspero y bonito.

23



## Belle

*27 de diciembre*

Arrebujada bajo el nórdico de casa, Belle intentaba no hacer caso a los periódicos que Nolan había llevado temprano por la mañana. Ella no era como él, o eso se repetía todo el tiempo para justificar que él necesitara estar todo el día pendiente de las noticias, empapándose de cada cosa que decían, viendo cómo desengranaban la vida de Belle.

No, ella no quería aquello. Ella había optado por la huida permanente. No física, pues no había salido de casa desde que llegaron a Nueva York y el taxi los dejó frente a su casa, sino emocional. Apenas era capaz de probar bocado y, cada vez que bebía algo, aunque fuese un trago de agua, sentía que una cadena de espinas le atravesaba la garganta hasta el estómago. Era la ansiedad y el estado de nervios permanente en el que vivía, y lo sabía, pero no podía dejar de pensar en que todos sus secretos habían quedado al descubierto. Se sentía... desnuda. Las noticias eran mundiales, todo el mundo hablaba del fraude que era Belle Caruso y hasta qué punto era lícito que una persona se inventara una vida basada en una mentira. Pero el caso es que nadie le preguntaba a ella por su versión de la historia.

Y, de todos modos, ¿quería que alguien lo hiciera? Se había inventado un padre millonario, sí, porque pensó que así la gente la admiraría más. La realidad era que había ganado todo su dinero invirtiendo en bolso. Belle Caruso, la niña mimada, influencer de otros niños mimados,

había resultado ser una empollona con dotes de actriz. Ganó una fortuna y, en vez de decir la verdad, decidió inventarse un padre que la adoraba porque... Bueno, porque eso, por difícil que sea de entender, la hacía sentir menos sola. Pensaba que la gente la admiraría mucho más por eso que por invertir en bolsa. En aquel entonces creía que esto último lo podía hacer cualquiera y tampoco era para tanto.

Pero sí lo era. Debería haberse dado cuenta. Tener la capacidad y los conocimientos necesarios para generar un imperio en base a unos números que iban y venían era una especie de don. Había estudiado para entender todo aquello, sí, pero también tenía un talento natural para los números. Gestionaba su fortuna con mano firme, sabía exactamente el dinero que podía gastar y el que tenía que guardar para tener un colchón en caso de que todo se fuese al traste. Bien, se había ido al traste, había llegado el momento y tenía el dinero, pero a Belle se le olvidó una cosa: olvidó proteger su corazón en caso de que todo aquello ocurriera.

Y, para ser francos, tampoco podría haber imaginado, ni en sueños, que su corazón un día iba a pertenecer a un príncipe heredero de un lejano país europeo. ¡Era surrealista! Y Belle había hecho muchas cosas surrealistas a lo largo de su vida pero aquella opción, simplemente, no la contemplaba prácticamente nadie. No era una posibilidad.

Y sin embargo allí estaba, con el corazón roto, en parte por todo lo que se estaba diciendo de ella, pero, sobre todo, porque podía imaginar cómo se sentía Frederick. Seguramente pensaba que ella lo había utilizado y engañado en su propio beneficio, y en parte era cierto, pero Belle nunca quiso hacer daño a nadie. No lo hizo con una finalidad ruin, sino porque... porque era lo que ella hacía. Vendía humo todo el tiempo. Igual que Nolan tenía un pasado oscuro, como el de ella, y por eso era la única persona en el universo capaz de comprenderla. Él vio lo rota que estaba, lo mucho que necesitaba recomponerse y la ayudó a pegar los trozos. ¿No fue la mejor manera? Posiblemente, pero era algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado. No podían tener esa conversación porque entonces... entonces quizás tuviesen que responder preguntas para las que no tenían respuestas.

—En algún momento tendrás que salir de la cama y tomar consciencia de lo que está ocurriendo, Belle —susurró Nolan a los pies de la cama.

Ella subió aún más el nórdico, tapándose por completo. Echaba de menos a Frederick. Esa era la verdad: Belle Caruso tenía aproximadamente un millón de motivos por los que preocuparse y, en cambio, estaba allí lamentándose por un príncipe que, a esas alturas, ya era rey, y jamás le perdonaría haber mentido de ese modo. Él nunca más querría saber de ella. Nunca. Era tan triste que Belle sentía ganas de morir, porque había hecho cuentas y, si no ocurría nada antes, le quedaban muchos años que vivir sola y echándolo de menos. Oh, podía parecer excesivo y melodramático pero es que era una mujer realista y de números y sabía que lo echaría de menos siempre, lo había calculado y lo veía completamente factible.

De todo lo que Belle había vivido a lo largo de su vida, que fue mucho, solo destacaría la pérdida de su madre cuando murió y la de Frederick cuando tuvo que salir huyendo de Snowberg. Y lo que iba a decir estaba mal, pero no dejaba de pensar que al menos lo de su madre no tenía solución. No puedes tener a alguien que ha muerto, es algo que tienes que asimilar y seguir adelante porque tienes claro que esa posibilidad no existe.

En cambio, cuando pierdes a alguien que sigue viviendo, pero lejos de ti, todo se complica, porque las ganas de ir a verlo le podían. No lo haría, claro, sabía muy bien cómo contener sus impulsos, pero eso no significaba que no tuviera ganas de coger un vuelo hasta Snowberg para asegurarse de que él comprendía sus motivos para hacer todo aquello. Para que entendiera que Belle solo quería sentirse amada, aunque todo fuera mentira. Quería tener ese padre que se inventó y cada vez que la gente lo alababa o demostraba de algún modo su admiración por su modo de vida y lo mucho que la consentía su padre ella sentía que, de algún modo, todo era real. Se sentía querida e importante. Y era algo demasiado bonito de sentir como para dejarlo pasar sin más.

—¿Crees que piensa en mí alguna vez? —le preguntó a Nolan en un impulso.

Él guardó silencio y Belle sintió que se le revolvían las tripas, pero asomó la cabeza de debajo del nórdico. Nolan la miraba un tanto sorprendido, como si no entendiera lo que pasaba por su cabeza, y Belle lo comprendía. Se estaba volviendo completamente loca y ya no podía disimularlo.

—Belle, cariño, todo nuestro mundo se ha ido a la mierda. Tenemos que pensar en cómo recomponernos. Da igual lo que piensen Frederick o Angela.

—Yo no he hablado de Angela —susurró Belle.

Y lo hizo antes de darse cuenta de que, realmente, era Nolan quien pensaba en ella. Se quedó allí mirando a su amigo y preguntándose hasta qué punto había fastidiado no solo su vida, sino la de Nolan, porque era evidente que había algo entre Angela y él. No sabía bien el qué, porque su amigo era demasiado cerrado, pero había algo y Belle lo había destrozado con sus mentiras. Una vocecita le gritó que no, que ella no había obligado a nadie a formar parte de aquello y Nolan, de hecho, fue quien más insistió en que sus secretos fuesen solo de los dos. Los protegió con celo, con más que Belle, pues al final, a ella, la habían descubierto.

No tenía ni idea de cómo había conseguido Colton averiguar la verdad, pero tampoco le interesaba. Lo único que le interesaba era encontrar el modo de hacer que la tierra se la tragase y la escupiese en un país donde nadie usara internet y no la conocieran. Un sitio en el que empezar de cero.

—Deberíamos mudarnos a una isla desierta —dijo distraídamente.

Nolan, que seguía buscando la forma de responder a su última pregunta, suspiró aliviado de no tener que diseccionar sus propios pensamientos y se permitió sonreír un poco.

—¿Sobrevivirías sin tiendas ni internet?

—Sin internet, después de lo que ha pasado, seguro. No quiero ver una red social en todo lo que me queda de vida.

—Bueno, pues es una pena porque yo iba a proponerte que vayamos de frente. Que volvamos a las redes para contar nuestra versión.

—No hay versión propia, Nolan. Colton nos ha dejado con el culo al aire. Él gana y nosotros perdemos.

—Pero podemos alegar que...

—No —lo interrumpió Belle—. No, se acabó todo eso. No voy a alegar nada más, no voy a mentir más. No puedo mentir más.

—Belle, necesitamos seguir ganándonos la vida.

—Y lo haremos, pero de un modo mucho más aburrido e íntimo. Yo seguiré trabajando en bolsa y tú seguirás siendo mi mano derecha para todo. No te preocupes por el dinero, Nolan, no vamos a perderlo. —Él miró a Belle impaciente y ella lo reafirmó de nuevo—. Nuestra estabilidad económica está a salvo, te lo prometo.

Su amigo pareció quedarse un poco más tranquilo. De ser otra persona Belle habría dicho que estaba más interesado en el dinero que en ella, pero Belle sabía que eso no era cierto. Nolan había sufrido mucho, ella sabía bien que su vida había sido aún más difícil que la de Belle y había cosas que le hacían perder la estabilidad emocional: quedarse sin nada de dinero era una de ellas. Y era lógico y comprensible.

—¿Cómo quieres que enfrentemos lo de Colton entonces? —Nolan parecía estar verdaderamente intrigado en sus respuestas.

Belle inspiró profundamente, le habría encantado decir que estaba lista para la batalla, pero no era cierto. A menudo la gente que lucha batallas lo hace porque... porque no tiene más opciones. Belle tenía que arreglar aquel embrollo y lo haría, pero no porque era valiente, ni lista, ni decidida. Lo haría porque no tenía más remedio.

Y mientras lo hacía, intentaría recomponer su corazón roto. No volvería a ser el mismo,

estaba claro, nunca latería igual, pero a aquellas alturas Belle se conformaba con poder pegar todos los trozos y que fuese un corazón funcional. Un corazón que no le hiciera sentir a cada paso que daba que no merecía la pena seguir luchando.

24



## Frederick

*28 de diciembre*

La mirada de Frederick estaba perdida al otro lado de la ventana del despacho real, allí donde la nieve caía con fuerza sobre el reino de Snowberg. Solo habían pasado unos días de la coronación, su agenda estaba llena de actividades y obligaciones y en vez de estar centrado en todo eso, su cabeza y su corazón estaban lejos de allí. Muy lejos de allí.

Suspiró preguntándose cuánto tiempo iba a durar aquella desazón que, convertida en soga alrededor de su cuello, amenazaba con asfixiarlo. Frederick solo podía pensar en Belle Caruso. En su preciosa, delicada y sensible Belle Caruso. ¿Cómo era posible que una persona que solo hacía unas semanas que había entrado en su vida dejara en ella un hueco tan desproporcionado? Frederick siempre había pensado que lo tenía todo, que no le faltaba nada, sin embargo, ahora ese sentimiento había cambiado. Belle había tocado su mundo, lo había hecho más bonito, más luminoso y colorido, y, ahora, sin ella, nada era igual. El mundo entero parecía haber perdido intensidad.

En medio de aquellos confusos pensamientos, alguien llamó a la puerta de su despacho y entró. La mirada que le lanzó su hermana desde la puerta, lo hizo despertar de golpe de su ensueño. Parecía excitada, extrañamente excitada. Para alguien que solía ser calma y serenidad, verla así, con los ojos chispeantes y el cuerpo tensionado por algún tipo de evento desconocido,

lo desconcertó. Además, había entrado en su despacho sin ser anunciada, algo poco habitual desde que era rey, lo que le hizo sospechar que se había zafado de sus múltiples secretarías y asistentes para llegar a él sin tener que pasar por ningún filtro.

—Frederick, tienes que ver esto —dijo acercándose a él con el móvil alzado.

Frederick frunció el ceño cuando Angela le colocó el aparato tan cerca de la cara que no le quedó otra opción que cogerlo para poder ver bien lo que le estaba mostrando. La pantalla se había bloqueado y al hacérselo saber a su hermana, esta la desbloqueó con un resoplido impaciente. Fue entonces cuando Frederick comprendió qué era lo que Angela tenía tantas ganas de mostrarle. Era el Instagram de Belle, pero no el Instagram de siempre, si no una cuenta nueva llamada @bellecarusosinfiltros donde había una sola publicación. El corazón de Frederick se aceleró de golpe al ver la imagen de Belle en su foto de perfil. Era una foto actual, de su viaje a Snowberg, y sonreía. Pero no sonreía de esa forma tan comedida y estudiada del principio, sino que sonreía de verdad, con los ojos brillantes y la boca llena.

—¿Qué es esto? —preguntó Frederick con el vacío instalado en el fondo de su estómago.

—Es la nueva cuenta de Belle. Se la abrió ayer por la noche y ya tiene más de 150.000 seguidores. ¿No es increíble? —La voz de Angela vibró con admiración—. Tienes que ver el video que subió explicando la verdad sobre su vida. Se viralizó rapidísimo gracias a sus seguidores que lo compartieron por todas partes con la esperanza de que tú lo vieras.

Frederick parpadeó cada vez más desconcertado. No entendía nada de nada, y Angela, al ser consciente del momento de confusión mental que estaba viviendo su hermano, decidió reproducir el video para que este lo hiciera por sí solo.

Al instante, el rostro nervioso de Belle apareció al otro lado de la pantalla. Estaba preciosa, con el pelo suelto sobre los hombros y un jersey blanco muy mullido con el cuello vuelto que acentuaba de una forma especial al arco de su barbilla. Se retorció las manos y sus ojos parecían brillar con emoción contenida. Tardó unos segundos antes de hablar:

—Primero de todo, quiero empezar este video ofreciendo una disculpa sincera para todos mis seguidores. No es lícito mentir a nadie, ya sea en persona o mediante una pantalla de por medio, y yo lo he hecho de tantas formas distintas que no puedo sentirme más avergonzada por ello. Cuando empecé mis andaduras en las redes sociales y me inventé la historia ficticia de mi vida, nunca creí que su repercusión sería la que fue. En realidad lo hice como una forma de llenar la vida aburrida y solitaria que llevaba. Por aquel entonces yo misma consumía centenares de publicaciones diarias sobre influencers adinerados que mostraban en sus cuentas sus vidas perfectas, con familias y experiencias perfectas. Supongo que, de alguna manera, quise ser como ellos. Supongo que, de alguna manera, los envidiaba. Yo también quería tener una vida perfecta, con un padre perfecto y mil experiencias perfectas, así que volqué todos esos deseos en las redes sociales e inventé la historia de Belle Caruso, una chica pobre que, al quedarse sin madre, había descubierto que su padre biológico era un multimillonario italiano que no sabía de su existencia. Un hombre que, según mis propias palabras, había decidido recuperar el tiempo perdido ofreciéndome regalos, lujos y dinero por doquier. Eso no es cierto como ya sabéis porque ha sido expuesto en diversos medios, ese dinero lo gané invirtiendo en bolsa. Siempre se me dieron bien los números, siempre me he sentido atraída por el mundo de la inversión, así que cuando mi madre falleció y me vi sola en el mundo decidí coger el dinero de la herencia y probar suerte. Salió bien, pero en lugar de sentirme orgullosa por ello y explicarlo, lo disfracé todo con mentiras. Tenía la sensación de que nadie se sentiría atraída por la vida de una chica amante de los números que ganaba dinero de una forma tan aburrida, y yo necesitaba tanto sentirme importante, necesitaba tanto sentirme querida... tenía tantas ganas de dejar de ser invisible... que me reinventé.

Belle hizo una breve pausa para beber de una botella de plástico. El pulso de Frederick se había acelerado a marchas forzadas, conmovido por la explicación a corazón abierto que estaba haciendo. Los ojos de Belle, humedecidos y su voz a ratos un poco rota, dejaban entrever lo emocionada que se sentía al contar todo eso.

—Pensé que reinventarme me haría sentir feliz. Pensé que mostrar una vida perfecta me haría creer que mi vida lo era un poco. Pero nada lejos de la realidad. Una cosa es lo que las personas mostramos en nuestras redes sociales, y otra bien distinta lo que somos en realidad. Por mucha felicidad que haya aparentado frente a la cámara cada vez que abría un paquete con un bolso caro, unos zapatos bonitos o un vestido de marca, la realidad es que cuando la cámara se apagaba y subía la publicación en redes volvía a sentirme vacía, invisible. Daba igual las fiestas a las que me invitaran, a la gente que conociera o las personas con las que saliera. Nunca sentí que lo que estaba ocurriendo fuese real, porque todo aquello lo había conseguido a base de ser un fraude. Pero a veces la inercia de la vida te empuja hacia delante sin más. A veces no sabes cuándo debes parar, coger aire y replantearte las cosas. Supongo que eso me ocurrió a mí. Y no me di cuenta de eso hasta que el destino me llevó a Snowberg.

La mención de su reino hizo que el corazón de Frederick se saltara un latido.

—Snowberg ha sido el gran punto de inflexión en mi vida. Me he pasado los últimos años sintiéndome una impostora, sintiéndome fuera de lugar, sin embargo, entre las calles de su capital, acompañada de sus gentes, he sentido que volvía a encajar. Que volvía a ser yo de verdad. En Snowberg encontré mi sitio. Y no solo eso. —Belle calló unos segundos, desviando su mirada de la pantalla para fijarla en sus manos. Frederick sintió una opresión fuerte aplastándole el centro del pecho cuando los ojos de Belle se fijaron de nuevo en la pantalla y dijeron—: También encontré el amor. —Belle hizo una breve pausa que sirvió para que el propio Frederick pudiera asumir esas palabras—. Os he mentido en muchas cosas estos últimos años, chicos, pero lo que visteis en mí incluso mucho antes de que yo misma lo viera, fue real. Me enamoré de Frederick VI de Snowberg. Me enamoré como nunca antes me había enamorado. Me enamoré hasta tal punto de desear un final feliz para nosotros. Pero lo estropeé, porque el amor se construye a base de verdades, no de mentiras. Y toda yo fui una mentira. Pero mis sentimientos no lo fueron. Amé a Frederick VI de Snowberg entonces y lo seguiré amando toda mi vida porque amarlo será mi condena por lo que hice. —Al decir esto, los ojos de Belle se

llenaron de lágrimas—. Por último, solo me queda decirles que la antigua cuenta de Belle Caruso va a ser desactivada en las próximas horas. A partir de ahora si decido subir algo nuevo será desde esta cuenta. En esta cuenta prometo ser 100% real y sincera siempre. Las mentiras se acabaron. Seré Belle Caruso sin filtros.

Y, sin más, el video se terminó. Sin embargo, Frederick no podía dejar de mirar la pantalla del móvil de Angela que le devolvía una imagen de Belle con el video detenido. Tragó saliva con fuerza, y se dio cuenta al hacerlo que le costaba una barbaridad, como si se hubiera metido un puñado de tierra en la boca e intentara tragársela entera.

Aquel video... Aquel video cambiaba las cosas. Aquel video lo cambiaba todo.

—Angela... —susurró saliendo de su ensueño para mirar a su hermana que esperaba su reacción con cierta inquietud—. Yo... hay algo que tengo que hacer.

—Lo sé —dijo ella con una sonrisa llena de comprensión y... ¿era alivio eso otro que mostraba su sonrisa?

No necesitó decirle qué era lo que tenía que hacer. De hecho, cuando anunció a sus padres que se marcharía de viaje esa misma tarde y que no volvería hasta dentro de unos días, ellos tampoco le preguntaron nada. Todo el mundo parecía saber muy bien cuáles eran sus intenciones. Todo el mundo parecía haber visto y empatizado con el video de Belle. Todo el mundo parecía esperar que Frelle, al fin, pudiera tener su final feliz.

25



## Belle

*29 de diciembre*

Hay momentos en la vida que marcan un antes y un después. Que Belle tuviera que enfrentarse a todo lo que había provocado el destape de su vida real fue uno de ellos. No fue fácil grabar aquel video para las redes. De hecho, fue tan difícil que, durante muchos momentos, quiso tirar la toalla. Si no lo hizo fue porque, contra todo pronóstico, Nolan permaneció tras la cámara animándola, dejándole claro que estaba de acuerdo con aquello. Y Belle no era tonta, sabía que su amigo debía sentirse aterrorizado porque si su vida pasada salía a la luz... No, Belle ni siquiera podía pensar en esa posibilidad. Ella era la famosa y ella había sido el blanco. Colton había cobrado mucho dinero por vender su historia y ahora iría a buscar algo que le diera la misma cantidad de dinero. Nolan era guapo y un gran trabajador, pero tenía muy claro que quería vivir tras las cámaras y a nadie le interesaba mucho su vida privada, porque de hecho no salía apenas en el Instagram de Belle. Siempre fue su sombra, menos cuando el plano de la cámara se abría. Debía estar tranquilo, o eso pensaba Belle, pero sabía por experiencia que su amigo no sabía cómo permanecer mucho tiempo tranquilo. Y tampoco podía culparlo, porque ella, sin ir más lejos, no había vuelto a dormir bien desde que salió de Snowberg.

La verdad se había destapado, ya solo tenía que calmarse y dormir, pero apenas conseguía hacerlo más de dos horas seguidas. Sabía que era cuestión de tiempo. Al final, el agotamiento

haría su parte, pero no podía evitar pensar si Frederick estaría durmiendo bien. Y se arrepentía, Dios, se arrepentía muchísimo porque sabía que no le hacía bien pensar en él, pero no podía evitarlo. Al deshacer la maleta, días después de haber llegado, ya con el video colgado en Instagram, Belle tuvo que enfrentarse a todos los recuerdos de Snowberg y la familia real. Adornos que había comprado para Navidad, fotos y, lo más importante: un jersey que, en un impulso, había rociado con perfume de Frederick el día antes de marcharse con la esperanza de poder olerlo cuando estuviera en casa y que su fragancia la llevara de nuevo hacia Snowberg. Y hacia él.

Lo cogió entre las manos, y arrodillada en el suelo tal y como estaba, frente a la maleta, dejó ir de nuevo las lágrimas. Ya no lloraba por el futuro perdido, pues había empezado a asumir que nunca hubo un futuro real. Ahora lloraba porque, simple y llanamente, lo extrañaba. Lo extrañaba muchísimo a pesar de saber que no debía pensar en él. O, al menos, debería hacer el esfuerzo de desviar los recuerdos cuando llegaban. Belle había dicho en su video que no dejaría de amarlo nunca, pero en momentos como aquel, cuando esa verdad se hacía tan real, sentía que su corazón apenas podía soportarlo.

Dejó el jersey de nuevo sobre la maleta, incapaz de olerlo más tiempo, y volvió a la cama, donde se obligó a permanecer. Nolan había salido a correr porque decía que estaba volviéndose loco con aquel encierro. Intentó convencerla, pero ella no tenía ánimos. Además, sabía que había varios paparazis apostados cerca de su casa, esperando verla salir para obtener las primeras imágenes tras lo ocurrido. Se alegró de haberse mostrado ella misma en su nueva cuenta de Instagram. La abrió por curiosidad y vio que sus seguidores estaban rozando ya el medio millón. Era una barbaridad, sobre todo después de lo ocurrido, pero Belle supuso que, después de todo, a la gente también le gustaba ver la vida de una mujer normal, incluso aburrida. En realidad las redes se habían convertido en un espejo de algo totalmente ficticio. Eran pocas las veces que podías ver algo real en ellas. Todo estaba edulcorado, pasado por cientos de filtros y retocado hasta el punto de convertirlo en un mero escenario. Se alegraba de haber dado aquel paso y,

aunque dudaba mucho que tuviera la actividad de la otra cuenta, al menos sabía que su contenido, esa vez, sería real.

Se fijó en la cantidad de comentarios que había en su video, pero no los leyó. Sabía que habría mucha gente apoyándola, o eso le gustaba pensar, pero también sabía que habría haters, personas dispuestas a hundirla solo porque sentían la necesidad de expresar su odio hacia los demás e internet era un buen modo de hacerlo, dado que se podía mantener el anonimato.

Bloqueó el teléfono antes de ceder a la tentación de abrir los comentarios y cerró los ojos. No sabía qué hora era, pero sabía que aún era de día. No le importaba. Quería dormir. Necesitaba dormir, al menos, cuatro horas seguidas para volver a ser una persona funcional. Y quizás le habría funcionado la música relajante que puso en el altavoz a un volumen muy bajo, pero cuando apenas comenzaba alguien aporreó la puerta. Belle pensó que sería Nolan, que se había dejado la llave, pues el edificio tenía portero y no dejaría subir a los periodistas, estaba segura, así que no se molestó en vestirse un poco mejor o disimular su cara demacrada. Mucho menos se esforzó por peinarse con algo más que aquel moño deshecho y enmarañado. Abrió la puerta lista para sermonear a Nolan y se encontró de frente con lo que, en un primer momento, pensó que era una aparición.

—Frederick...

Su nombre escapó de sus labios como si fuera un suspiro. Estaba vestido con pantalón vaquero y jersey de cuello alto burdeos. Su pelo estaba peinado hacia atrás y sus ojos seguían igual de azules que los recordaba. Estaba... estaba guapísimo, y no sabía si era real, pero una parte de Belle rezaba para que no lo fuera, porque no soportaba haber abierto la puerta con aquellas pintas.

—¿Es tu uniforme para trabajar en la bolsa? —preguntó señalando los ositos de su pijama—. Me gusta. —Belle lo miró atontada, pero Frederick solo aumentó su sonrisa—. ¿Puedo pasar?

Belle se hizo a un lado pero siguió en shock unos instantes más. Aquello era... ¡Horrible! Frederick estaba en su casa y todo estaba por medio, su maleta abierta en el suelo con el jersey oliendo a él en primer plano, una caja de pizza sobre la mesa del comedor, copas de vino por todas partes porque, bueno, no había sido una persona que disfrutase de una copa nunca tanto como en aquel momento. La cama deshecha y ella... ¡Ella estaba espantosa! Intentó tranquilizarse, pero era difícil con él allí.

—¿No vas a saludarme? —insistió Frederick.

—Hola. —Belle apenas podía alcanzar un tono audible—. Yo, eh... iba a ducharme, pero, bueno...

—Si quieres ducharte antes de que hablemos, puedo esperar aquí.

Belle valoró sus opciones. ¿Meterse en la ducha y dejar de dar imagen de pordiosera, corriendo el riesgo de que él se marchara, o quedarse y dar la cara? Se miró de refilón en el espejo del salón y encogió los hombros de un modo automático.

—¿Sabes qué? Así estoy bien. —Frederick sonrió, pero ella fue incapaz de devolverle el gesto—. ¿Ha ocurrido algo?

—Oh, sí, han ocurrido muchas cosas desde que te marchaste. —Belle no supo qué decir y, al parecer, no hacía falta, porque él siguió hablando—. He visto tu video.

—¿Mi video?

—El de Instagram. Me lo enseñó Angela aunque, a decir verdad, lo he visto tantas veces desde entonces que podría sabérmelo de memoria.

Belle estaba bloqueada. Quería hablar, pero sentía que, si lo hacía, iba a estropearlo todo. Aun así, se obligó, porque Frederick empezaba a mirarla como si su presencia no fuera bien recibida y eso no era así.

—¿Qué te pareció? —preguntó en un intento por entablar conversación.

Esa vez fue Frederick quien guardó silencio. Y cuando actuó, no fue con palabras. Dio un par de zancadas hacia ella, cogió su cara entre las manos y la miró tan de cerca que el corazón de Belle casi estalla del impacto.

—Me pareció que ya había pasado demasiado tiempo sin venir a decirte la verdad. Y la verdad, Belle Caruso, es que mis inicios como rey están siendo un desastre porque, por más que quiera, no puedo dejar de pensar en cuánto te amo y lo mucho que me gustaría que estuvieras conmigo.

—Frederick... —La voz de Belle sonó ronca y un poco rota, pero él no se detuvo.

—Vuelve conmigo a Snowberg, Belle. Sé mi chica, mi esposa. Mi reina. —Las lágrimas de Belle se desataron—. Te quiero, y no me importa nada de lo que ha ocurrido. No me importa tu pasado, ni tu presente. Yo solo quiero ser parte de tu futuro. ¿Qué me dices?

Estaba tremendamente apuesto y, por primera vez desde que se conocían, Belle pensó que no parecía tan seguro como siempre. Sonrió, pero en realidad durante una milésima de segundo se preguntó si no se estaría volviendo loca.

—He soñado tanto con esto que ahora temo que no se real.

La risa de Frederick sonó a música celestial. Sus narices se rozaron cuando se acercó aún más, y cuando sus dedos rozaron su nuca Belle olvidó que no estaba adecuadamente vestida, ni peinada, ni maquillada. Lo único que no olvidó fue que aquel hombre tan increíble la quería.

—Voy a besarte, Belle.

—Antes... antes tienes que decirme qué te parece que, en realidad, no tenga familia, porque...

—Sí que tienes familia. Tienes a Nolan, tienes a mi familia y, desde hoy, me tienes a mí, si me quieres. Y si nos das un poco de tiempo, incluso podremos formar la nuestra propia. ¿Qué me dices?

Belle se subió sobre sus puntillas y lo besó, pillándolo de sorpresa y dejándole claro que aceptaba y que aquella relación, como había ocurrido desde el inicio, iba a estar plagada de primeras veces que no eran muy idílicas, pero Belle no podría olvidar nunca. Frederick le devolvió el beso y, cuando se separaron, jadeantes y ansiosos de más, ella no pudo ocultar todo lo que sentía.

—No veo la hora de volver contigo. No veo la hora de convertirme en tu reina.

La sonrisa que Frederick VI de Snowberg le dedicó bastó para iluminar el mundo entero.

# Epílogo



## Anuncio real

Se hace saber al pueblo de Snowberg que nuestro querido rey Frederick VI de Snowberg y la señorita Belle Caruso contraerán matrimonio la próxima primavera cuando los primeros capullos se abran en flor.

La casa real se congratula de anunciar un matrimonio tan esperado, no solo por el pueblo de Snowberg, sino por gran parte del mundo. El rey y la futura reina quieren dejar constancia, no solo de su amor, sino de la intención de hacer que Snowberg se dirija hacia un futuro próspero, haciendo crecer el reino no solo con su esfuerzo, sino (y este es un deseo expreso de todos los habitantes) llenándolo de hijos que mantengan viva cada una de nuestras queridas tradiciones.

Hacemos constar también la alegría de toda la familia real, que celebra la llegada de Belle como un símbolo de bonanza para nuestro reino. La princesa Angela, de hecho, ha manifestado de forma pública lo feliz que se siente al tener, por fin, una hermana. O quizás en esa felicidad tengan que ver los rumores que indican que podría estar encantada de volver a tener alguien con quien discutir en público, siendo Nolan Lewis el objeto de tan ansiadas... discusiones.

Sin más que decir, y deseando ser partícipes del enlace que retransmitiremos en todos los canales, por vía satélite y, por supuesto, a través de las redes sociales de Belle Caruso, para regocijo de los fans de Frelle, este periódico se despide con el único deseo de poder contar muy pronto más buenas noticias que tengan como protagonistas a cualquiera de los miembros de

nuestra querida familia real.

¿Quién sabe? Quizás las próximas Navidades vuelvan a estar llenas de novedades.

NOTICIA PUBLICADA EN *SNOWBERG NEWS*

# ¿No quieres perderte ninguna de nuestras novelas?

¡Hola! Somos Emma Winter y Ella Valentine, las autoras de esta novela. Queremos darte las gracias por disfrutar de esta historia.

Si te ha gustado esta novela, te pediríamos un pequeño favor: deja tu valoración en Amazon. Para ti serán solo 5 minutos, a nosotras nos animará a seguir escribiendo.

Por otro lado, si quieres estar al día de todo lo que publiquemos puedes seguirnos en nuestras redes sociales:

## **Ella Valentine:**

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

## **Emma Winter:**

Instagram: <https://www.instagram.com/emmawinterautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/Emma-winter-autora-101258521556593/>

También puedes seguirnos en nuestras páginas de autor de Amazon para que sea el propio Amazon quién te avise de nuestras nuevas publicaciones ;-).

<https://www.amazon.es/Ella-Valentine/e/B07SGG42T8>

<https://www.amazon.es/Emma-Winter/e/B088WT38K9>

¡Muchas gracias!

# Novelas anteriores

## **-Serie Lemonville**

Un canalla con mucha suerte (Lemonville 1): La historia de Lemon y James. [Leer aquí](#)

Un irlandés con mucha suerte (Lemonville 2): La historia de Autumn y Liam. [Leer aquí](#)

Una chiflada con mucha suerte (Lemonville 3): La historia de Italia y Asher. [Leer aquí](#)

Un hermanastro con mucha suerte (Lemonville 4): La historia de Matt y Enya. [Leer aquí](#)

## **-Serie Deseos Navideños**

Un novio multimillonario por Navidad: [Leer aquí](#)

Una canción millonaria por Navidad: [Leer aquí](#)

## **-Serie Royal**

Prohibido confiar en Blake Royal: [Leer aquí](#)

Prohibido soñar con Brooklyn Royal: [Leer aquí](#)

Prohibido besar a Dexter Royal: [Leer aquí](#)

Prohibido besar a Lucky Royal: [Leer aquí](#)



# Novelas Emma Winter

## **-Serie Millonario**

Un trato millonario: [leer aquí](#)

Un juego millonario: [leer aquí](#)

Un highlander millonario: [leer aquí](#)

Un highlander atormentado: [leer aquí](#)

## **-Serie Guardaespaldas**

Protegida por el diablo: [leer aquí](#)

# Novelas Ella Valentine

## **-Serie Multimillonario&**

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

## **-Serie Las chicas de Snow Bridge**

La chica que perseguía copos de nieve: [leer aquí](#)

La chica que cazaba estrellas fugaces: [leer aquí](#)

La chica que leía novelas de amor: [leer aquí](#)

## **-Serie Highlanders de Nueva York**

No te enamores del highlander: [leer aquí](#)

## **-Autoconclusivas**

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)